

REVISTA
DE LA
BIBLIOTECA
NACIONAL
JOSE MARTI

3



LA HABANA SEPTIEMBRE / DICIEMBRE 1970

Revista
de la Biblioteca Nacional "José Martí"

DIRECTOR: JUAN PÉREZ DE LA RIVA

CONSEJO DE DIRECCIÓN:

Salvador Bueno, Eliseo Diego, Gustavo Eguren, Carlos Fariñas, Fina García Marruz, Zoila Lapique, Graziella Pogolotti, Sidroc Ramos, Octavio Smith, Cintio Vitier.

Secretaria de la Redacción: Siomara Sánchez.

Canje: Biblioteca Nacional "José Martí"

Plaza de la Revolución

La Habana, Cuba.

Primera Epoca: 1909-1912

Segunda Epoca: 1949-1958

Tercera Epoca: 1959-.....

PORTADA: Grabado en metal. 14 x 8.9 cm. (Fragmento). En LOMEIRI, JOHANNIS. *Ecclesiastae Zutphanieufes de Biliotecis*. Ultrajecti, ex officina J. Ribbii, 1680.

Revista de la Biblioteca Nacional "José Martí"

3ra. época-vol XII

Número 3

Septiembre-Diciembre 1970

La Habana, Cuba.

Cada autor se responsabiliza
con sus opiniones

TABLA DE CONTENIDO

	PÁG.
<i>Bohumil Bad'ura</i>	
La Historia de Cuba durante el primer decenio socialista	5
<i>Zoila Lapique Becali, Juana Zurbarán y Guillermo Sánchez</i>	
La primera imprenta litográfica en Cuba	35
HISTORIA DE LA GENTE SIN HISTORIA	
<i>Pedro Deschamps Chapeaux</i>	
El Negro en la economía habanera del siglo XIX.	
Las comadronas o parteras	49
<i>José Cid</i>	
La Casa de las pulgas. ("Vida y obra de los poetas cubanos.")	63
<i>César García del Pino</i>	
José María Aurrecoechea: El caraqueño general del Ejército Libertador	87
<i>Hortensia Pichardo</i>	
Miguel Velázquez. Primer clérigo y primer maestro cubano	97
<i>Miguel Barnet</i>	
El Pueblo cubano tiene sus fábulas	107

	PÁG.
CRÓNICA	
<i>Octavio Smith</i>	
Confesiones a propósito de una poesía de confesiones	117
<i>Sigifredo Alvarez Conesa</i>	
Di Muerte, do lo escondes/ y los pones?	127
<i>Zoila Lapique Becali</i>	
Nota bibliográfica sobre el libro de <i>Los Ingenios</i>	131
<i>Angel Augier</i>	
La poesía de Fayad Jamís	139
<i>Salvador Bueno</i>	
Anuario Martiano	146
<i>Cintio Vitier</i>	
Presentación de Ernesto Cardenal en la Biblioteca Nacional José Martí	148
<i>Manuel Díaz Martínez</i>	
Los Oficios	151
MISCELÁNEA	
Por el 26 de Julio	155
Las experiencias de Sandú Darié	156
Presencia del Ballet de Cuba	158
INDICE DE ILUSTRACIONES	159

La historia de Cuba durante el primer decenio socialista

Bohumil Bad'ura

En la época anterior al año de 1960 existían en Cuba una serie de organismos que intervenían, de una u otra manera, en los estudios históricos. Según tengo entendido, una de las instituciones más activas e importantes era la *Academia de Historia* (fundada en 1910), asociación de historiadores que fueron admitiéndose en su seno por sus méritos individuales. Un lugar destacado lo ocupaba también el *Archivo Nacional* (establecido en 1840), cuya labor y organización denotaron un gran adelanto especialmente bajo la orientación de Joaquín Llaverías. Correspondía un papel notable igualmente a la *Oficina del Historiador de la Ciudad de la Habana*, dirigida por Emilio Roig de Leuchsenring, representante principal de la corriente antimperialista en la historiografía cubana. La *Sociedad Económica de Amigos del País* (fundada en 1793), néstor de los institutos culturales cubanos, pasó su edad de oro en el siglo XIX, pero seguía manteniendo su prestigio y publicando su admirable *Revista Bimestre Cubana*, y ejercía una honda influencia en el desenvolvimiento de la historiografía del país.

Entre otros establecimientos que fomentaban el interés científico por la historia no podemos prescindir de la *Junta Nacional de Arqueología y Etnografía* (fundada en 1937), encabezada por el ya citado Emilio Roig de Leuchsenring. El año 1942 los amigos y colaboradores de éste fundaron la *Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales* que fue encargada, junto con la Oficina del Historiador de la Ciudad de la Habana, de los preparativos inmediatos para el primer Congreso Nacional de Historia que se realizaría el mismo año. En la organización

de congresos históricos municipales interamericanos jugó papel muy activo el *Instituto Interamericano de Historia Municipal e Institucional* que contaba con algunos colaboradores de varios países iberoamericanos (Argentina, Chile, Perú, Haití, República Dominicana, México, Brasil), así como de España. El último cargo de secretario general del mencionado organismo lo desempeñó José Luciano Franco quien, además, presidía el *Grupo Bolivariano de Cuba*, otra de tantas asociaciones cubanas de historiadores. A partir de 1950 funcionaba asimismo el *Instituto Cubano de Genealogía y Heráldica* que amparaba a los profesionales e interesados en dichas disciplinas. La Universidad de la Habana se caracterizaba por el alto nivel de enseñanza de la historia, si bien es verdad que las clases no perseguían el objetivo de formar cuadros profesionales para la investigación. A pesar de ello, era meritorio su esfuerzo por divulgar la labor científica en las páginas de su propia revista. La *Biblioteca Nacional* constituía un centro importantísimo de la cultura que contaba con una amplia cooperación de historiadores cuyos estudios aparecían publicados en la *Revista de la Biblioteca Nacional*. En lo que se refiere a los estudios bibliográficos, indispensables para el historiador, prestaba atención ininterrumpida a los mismos la *Biblioteca Municipal de la Habana* y, en ella, su director Fermín Peraza Sarausa. Fuera de la capital había también ciudades en que funcionaban instituciones culturales que en cierto sentido ayudaban al estudio histórico acentuando, claro está, el interés por la historia nacional (por ej. la *Sociedad de Geografía e Historia de Oriente* o el *Museo Bacardí*, en Santiago de Cuba).

El cambio más profundo que originó la revolución en la estructura de las corporaciones y en la organización de la investigación histórica estriba en el hecho de haberse creado la *Comisión Nacional de la Academia de Ciencias*. La misma procedió a organizar nuevos institutos, sustituyendo o reestructurando algunos establecimientos y asociaciones anteriores. De acuerdo con la resolución No. 5 del 14 de mayo de 1962 quedó disuelta la Academia de Historia, estipulándose en las resoluciones No. 6 y 7 de la misma fecha la creación del *Instituto de Historia*, de cuya dirección se encargó al conocido historiador cubano Julio Le Rive-rend Brussone, a la cabeza de un consejo. Más tarde, el Archivo Nacional fue subordinado al Instituto de Historia (lo cual conviene a los dos organismos), al igual que la Oficina del Historiador de la Ciudad. En el Instituto recién creado comenzó a trabajar, al lado de investigadores de larga experiencia —como José Luciano Franco—, un grupo laboral

de jóvenes, entonces estudiantes de la Escuela de Historia de la Universidad habanera. Fue Julio Le Riverend quien advirtió la oportunidad para los jóvenes de iniciarse en las tareas de la investigación, organizando un "seminario" especial en que los jóvenes venían aprendiendo a trabajar en colectividad. El primer fruto de su labor fue la historia del gobierno de Batista, en dos tomos.¹ La nueva orientación científica y el carácter que distingue al Instituto de Historia de la Academia de Historia radica principalmente en las concepciones completamente diferentes de los objetivos. Mientras la Academia fue una corporación honoraria, el Instituto ha sido concebido como centro de investigación en que a cada uno de los trabajadores le corresponde una tarea por cuyo cumplimiento recibe una remuneración estipulada.

Puesto que la Academia de Ciencias ha suscrito varios convenios con las instituciones análogas existentes en los países socialistas, el Instituto de Historia aprovecha la posibilidad de mantener intensas relaciones internacionales, ofreciendo por su parte a los trabajadores extranjeros la oportunidad de investigar en Cuba y brindándoles toda clase de ayuda necesaria. Con el tiempo se han desarrollado especialmente los vínculos profesionales con los historiadores alemanes, entre ellos con el profesor Jürgen Kuczynski y sus alumnos de la Universidad Humboldt de Berlín. Es muestra de la estrecha colaboración cubano-alemana en el campo de la historia la fundación en el Instituto de Historia del *Grupo Cubano-Alemán*, que data de 1966, siendo encabezado por Julio Le Riverend y Jürgen Kuczynski. Dicho colectivo se dedica en la actualidad exclusivamente al estudio de los monopolios norteamericanos en Cuba.²

El Instituto de Historia dispone de una biblioteca común con el Archivo Nacional y dotada de obras indispensables para la historia de Cuba (en cuanto a las publicaciones históricas referentes a los demás países hispanoamericanos, parece que su selección y adquisición eran más bien ocasionales), así como de una buena colección de revistas históricas nor-

¹ Los jóvenes investigadores tienen también sus planes y tareas individuales. Nelson de los Ríos Cabrera elaboró la bibliografía de los trabajos históricos publicados en Cuba desde el año de 1959, Juan Losada está abordando el estudio sobre las primeras revistas culturales cubanas de la época republicana, Gloria García Rodríguez realiza la investigación sobre las sociedades anónimas de Cuba en los años 1850-1868, Salvador Morales estudia el problema de la crisis de 1920-1921.

² Gloria García Rodríguez está preparando la publicación de los trabajos que hizo el Grupo hasta los fines de 1967.

teamericanas, españolas e iberoamericanas. En los últimos años los fondos de la biblioteca acusan un constante aumento gracias, sobre todo, al intercambio de las publicaciones que se ve favorecido asimismo por el hecho de que la Academia de Ciencias y el Instituto de Historia deciden y cumplen la labor editorial.³

En resumen, el Instituto de Historia cuenta con buenas condiciones para el ulterior desenvolvimiento de su labor científica. Es innegable que su fundación ha sido paso positivo en vista de las perspectivas hacia las cuales se encamina la historiografía cubana.

En el seno de la Academia de Ciencias surgió aun el *Instituto de Etnología y Folklore* (dirigido por Argeliers León Pérez); y el *Departamento Científico de Antropología* (director Ernesto Tabío).⁴ Con la creación de estos centros perdió justificación la existencia de la anterior Junta Nacional de Arqueología y Etnografía. También la Sociedad Económica de Amigos del País dejó de cumplir su papel, por lo cual su biblioteca pasó a formar parte del *Instituto de Literatura y Lingüística*⁵ que trabaja bajo las instrucciones del eminente intelectual cubano José Antonio Portuondo. Hace falta aún citar entre los institutos contemporáneos de la Academia de Ciencias el *Grupo de Trabajo de Filosofía* que incorporó en su programa la tarea de preparar y elaborar un curso de historia de la filosofía cubana (concentrándose más bien en una historia de la enseñanza de la filosofía). Fue encargado de dirigir las labores

³ Aparte de los libros, el Instituto de Historia (junto con el Archivo Nacional) edita el *Boletín del Instituto de Historia y del Archivo Nacional*. El *Boletín* (hasta ahora sale con gran retraso) y la revista *Finlay* (para la historia de la medicina) son actualmente las únicas publicaciones periódicas dedicadas enteramente a los problemas históricos. Los trabajos históricos prevalecen en la *Revista de la Biblioteca Nacional "José Martí"* y a veces también en la revista *Universidad de la Habana*. Además, hay varias revistas que traen artículos dedicados a la historia: *Casa de las Américas*, bimestral, publicada por la institución del mismo nombre; *Teoría y Práctica*, editada mensualmente por la Dirección Nacional de las EIR del PCC; *Ciencias Sociales Contemporáneas*, publicación trimestral, editada por la Academia de Ciencias; *Pensamiento Crítico*, mensual, dirigido por Fernando Martínez; *Islas*, revista bimestral publicada por la Universidad Central de Las Villas; el semanario *Bohemia*, etc.

⁴ A base de los resultados de investigación realizados por el Departamento escribieron Ernesto Tabío y Estrella Rey la *Prehistoria de Cuba*. La Habana, Departamento de Antropología, 1966.

⁵ Después de la revolución cierta cantidad de libros que estaban en la Biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos del País pasó a la Biblioteca Nacional.

Luis Arce quien ya hace más de veinte años se está ocupando de estudiar dichos temas.⁶ La Academia de Ciencias administra también el *Museo Histórico de las Ciencias Médicas "Carlos J. Finlay"* que edita su propia revista *Finlay*. Su director José López Sánchez es autor de varias publicaciones históricas, entre las cuales se destaca la biografía de Tomás Romay.⁷

En las nuevas condiciones de desarrollo cultural continúa sus actividades la Biblioteca Nacional José Martí ampliando considerablemente sus servicios. Gracias a ellos, el historiador podrá apreciar mucho más que antes el esfuerzo con que la biblioteca le está ofreciendo valiosos resultados de la investigación bibliográfica⁸ y nuevas ediciones de las fuentes (de sus colecciones de manuscritos). La labor benéfica para el despliegue de la historiografía cubana tiene su centro en el *Departamento de Colección Cubana* que cuenta con un grupo laboral capacitado y entregado a los estudios bibliográficos e históricos.

Cuando he mencionado que la Biblioteca Nacional José Martí ha mejorado sus servicios al lector, no quiero decir con ello que ha alcanzado ya el máximo de sus posibilidades. Sus ficheros denotan numerosos claros ya que más de una mitad de los títulos esperan todavía su catalogación.

⁶ Algunos resultados de sus investigaciones los publicó Luis A. de Arce en los artículos *La enseñanza filosófica del siglo XVII en la Real y Pontificia Universidad de San Gerónimo*, el *Seminario de San Basilio el Magno de Santiago de Cuba*, *Apuntes exegeticos sobre el Seminario de San Carlos y San Ambrosio*, *Esbozo sinóptico de la Filosofía del siglo XVIII en los conventos*, en la revista *Universidad de la Habana*, 1966, no. 179, p. 39-56, no. 180, p. 165-191, no. 182, p. 7-56; 1967, no. 183, p. 21-53.

⁷ LÓPEZ SÁNCHEZ, JOSÉ. *Tomás Romay y el origen de la ciencia de Cuba*. Habana, Academia de Ciencias, Museo Histórico de las Ciencias Médicas, 1964.

⁸ Vid. p. e. TERESITA BATISTA VILLARREAL et al. *Catálogo de publicaciones periódicas cubanas de los siglos XVIII y XIX*. La Habana, Biblioteca Nacional "José Martí", 1965; Feliciano Menocal y A. García Carranza. *Indices analíticos de El Almendares, El Cesto de flores, Flor del siglo, Floresta cubana, Miscelánea de útil y agradable recreo, La Piragua, Revista de la Habana, El Rocío, Seminario cubano*. La Habana, Biblioteca Nacional José Martí, 1964; CELESTINO BLANCH Y BLANCO, *Bibliografía martiana*. La Habana, Biblioteca Nacional "José Martí", 1965; MARTA DULZAIDES SERRATE y MARTA BIDOT PÉREZ. *Bibliografía cubana 1963-1964*. La Habana, Biblioteca Nacional..., 1967; AMALIA RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ et al. *Bibliografía cubana 1965*. La Habana, Biblioteca Nacional ..., 1967. JESÚS SOTO ACOSTA. *Bibliografía de la prensa clandestina revolucionaria 1952-1958*. La Habana, Biblioteca Nacional..., 1965.

De entre las demás asociaciones enumeradas que se fundaron durante la época de los gobiernos burgueses, la Sociedad Cubana de Estudios Internacionales reanudó sus actividades con motivo del Congreso Mundial de Historia en Viena, y el Instituto de Genealogía y Heráldica sigue manteniendo su local con una pequeña biblioteca especializada, desde luego no desarrolla actividad profesional.⁹

El esfuerzo por elevar el estudio del pasado de Cuba a un nivel superior, es decir, el afán cuya manifestación expresa fue la fundación de la Academia de Ciencias y sus Institutos, Departamentos Científicos y Grupos de Trabajo, debió haber dejado su rastro en la modificación de los programas de enseñanza vigentes para las universidades. Para el arraigo y el ulterior desenvolvimiento de los nuevos centros de investigación era imprescindible que la enseñanza se adaptara a las exigencias de la época. He advertido en otro lugar¹⁰ que Cuba disponía y dispone de profesionales capaces que efectuaron una labor notable en la esfera de la historiografía nacional. A pesar de ello, si es que desea progresar a pasos más seguros, y no lo dudo, necesita forjarse muchos especialistas nuevos para aprovechar las fuentes históricas que se encuentran en los archivos de Cuba y que, en su mayoría, permanecen intactas. Aunque en Cuba había varias universidades que contaban con profesores eruditos, es interesante que no se haya impartido allí la enseñanza que preparase cuadros de investigadores "profesionales". Los que se sentían llamados a la carrera tenían que pasar estudios especiales en el extranjero o superar el diletantismo por su propia voluntad y abnegación. En las universidades cubanas no se enseñaba a los estudiantes de historia la metodología y las técnicas de investigación, no se les iniciaba en el trabajo con las fuentes. En Cuba ha quedado casi ignorada la influencia benemérita que

⁹ Su existencia formal la están manteniendo sólo dos personas: Jorge du Bouchet y Rafael J. García Barbón. El primero era secretario general del Instituto y dirigía la revista *Correo del Instituto Cubano de Genealogía y Heráldica*. Sus investigaciones se concentran en la historia de su familia y de las familias con ellas relacionadas, pero tratando de verla en un contexto más amplio de la sociedad cubana. Rafael J. García Barbón dedicó muchos años al estudio de los asturianos en Cuba. Sus ficheros constituyen una fuente riquísima de informes y la persona que busque datos sobre la genealogía de las familias asturianas perdería tiempo si no visitara primero a García Barbón. Desgraciadamente, él mismo aprovechó los resultados de sus largas investigaciones sólo en unos cuantos artículos.

¹⁰ BAD'URA, BOHUMIL. A propósito de fundamentos de la historia. *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, La Habana, no. 2, 1967. p. 5-24.

en los distintos países latinoamericanos fueron ejerciendo los intelectuales españoles que a fines de los años treinta buscaban refugio en Hispanoamérica. Así, mientras que México facilitó desarrollar a Agustín Millares Carlo sus dotes de científico y pedagogo, la Universidad de la Habana no supo estimar lo que para ella podría significar la labor docente del paleógrafo Jenaro Artiles, cuyas capacidades eran evidentes. A ese proceder se debe que hoy sabemos tan poco sobre las fuentes históricas en Cuba, que las ciencias históricas auxiliares no hayan excedido los límites de un *hobby* de unos cuantos aficionados y que numerosos egresados universitarios que cursaron la carrera histórica se llevaron un concepto bastante equivocado de la investigación, confundiéndola con mera recopilación de varios datos sacados de un par de libros.

El cambio que empezó a realizarse en la educación universitaria de la historia durante la revolución consistía, ante todo, en la organización de la enseñanza, comenzando por la Escuela de Historia, pasando por las Cátedras de Metodología y Técnica de Investigación Histórica y terminando por los programas de estudio. En la actualidad existen cátedras parecidas en la Universidad de la Habana y la de Oriente. Sin embargo, al juzgar la labor que tiene lugar en los nuevos centros universitarios partiendo desde el punto de vista europeo, fácilmente se descubrirán sus defectos. El más grave estriba en la insuficiente instrucción que se ofrece acerca de las fuentes y en que predomina el empirismo carente de una explicación más honda de los géneros que se encuentran en el país. El empirismo de esta índole es rasgo característico de la historiografía cubana, incluyendo la moderna. Se han escrito, por ejemplo, numerosos trabajos genealógicos, sin embargo ¿a qué se debe que nadie ha abordado un estudio detallado de los libros parroquiales u otras fuentes genealógicas? Si en estas condiciones un profesor desea brindar a sus alumnos informes correspondientes debe preparar sus clases estudiando los archivos. Para que la enseñanza basada en las fuentes pueda progresar a pasos más acelerados hay que reunir las experiencias de los peritos en historia, orientando de esta manera a la generación de jóvenes que demuestran un serio interés por el estudio de tipo parecido. Parece que las nuevas cátedras están conscientes de ello y tienen el mérito que las viejas costumbres van cediendo a las instrucciones indispensables que se imparten a los estudiantes sobre la bibliografía y sobre el valor de los documentos como fuente de la investigación histórica. No es menos significativa la tendencia a que los futuros historiadores se habitúen a

trabajar en los archivos. En la Universidad de Oriente, los estudiantes de la Escuela de Historia pasaron por primera vez en el año escolar de 1966-1967 un curso dedicado a las ciencias auxiliares de la historia.

En lo que respecta a los esfuerzos por convertir las universidades en centros de actividad científica, junto con la hegemonía docente, éstos no han producido los frutos deseables. Los alumnos sí que confeccionaron una que otra compilación que más bien les servía de aprendizaje aunque algunos reunieron material interesante, pero en su promedio los estudios no se pueden calificar sino de prometedores.¹¹ La mayoría de los profesores e instructores se satisfacía con la labor pedagógica, o mientras tanto, no dio a conocer los resultados de su investigación. Por otra parte, las facultades universitarias y las escuelas de Historia se incorporan en medida cada vez más decisiva en los proyectos de investigación elaborados por el gobierno. Dichos planes persiguen el objetivo de orientar la investigación de modo que se obtenga una visión más amplia de la historia, economía, condiciones sociales, etc. en un área determinada,¹² lo cual facilita a los estudiantes de historia conocer de cerca los métodos acostumbrados en otras ciencias, en especial los que emplea la sociología.¹³

En la tercera de las universidades cubanas, la Universidad Central de Las Villas, no se estudia la licenciatura de la historia, no obstante la Facultad de Humanidades ha elaborado también sus planes de investigación histórica. Ya se está realizando allí el estudio del movimiento obrero en las distintas regiones de la provincia y la recién constituida *Comisión de Estudios Latinoamericanos Universitaria* se propone "estu-

¹¹ En la Escuela de Historia de la Universidad de la Habana los alumnos hicieron la investigación sobre el movimiento obrero, de 1899 a 1924, habiéndose asignado un año a cada alumno. En la Escuela de Historia de la Universidad de Oriente los estudiantes emprendieron el estudio (basándose en protocolos y notariales) sobre los precios de esclavos en Santiago de Cuba durante la Guerra de los Diez Años. Por ahora está terminada sólo su primera parte, es decir, la recopilación de los datos. Andrés Cue Bada tiene ya muy adelantado el estudio biográfico de Vicente García, mientras que otros trabajos que comenzaron los estudiantes (referentes a la historia de salubridad, a la instrucción pública durante la época colonial, a los ingenios de azúcar en la región de Santiago de Cuba en el siglo XVIII, etc.) quedan todavía poco desarrollados.

¹² Los estudios de este tipo se efectuaron en el Municipal de San Andrés y en Guantánamo.

¹³ En Cuba, afortunadamente, el menosprecio de la sociología motivado por causas ideológicas no duró mucho tiempo. Ahora la sociología se enseña de nuevo en todas las universidades cubanas.

diar los problemas de los pueblos latinoamericanos, su realidad económica, su trasfondo histórico, sus hechos políticos y sociales del presente, su creación artística". Al igual que la Universidad de Rostock, un grupo laboral de la Universidad Central decidió emprender el estudio de la influencia que dejara Humboldt en los países de Hispanoamérica para así recordar el segundo centenario humboldtiano que se celebrará el año de 1969.¹⁴

Sería muy anticipado garantizar hoy que todos los proyectos y labores de investigación iniciados en las universidades cubanas surtan efectos deseados, mas no cabe duda que el porvenir de la historiografía de ese país depende, en gran medida, del grado de conocimientos que alcanzarán los futuros investigadores ya durante sus estudios.

La necesidad de cuadros capacitados salta a la vista si tomamos en consideración el deseo espontáneo que surgió en varios organismos por participar en la investigación histórica, aunque sus trabajadores no pueden ofrecer más que una escasa o mínima preparación y ninguna experiencia en las tareas de este género. Veamos cuáles son las nuevas corporaciones y sectores sociales creados para cumplir otras tareas pero decididos a incluir en sus programas de investigación algunos temas de la historia del país. Es en primer lugar el Partido Comunista Cubano, seguido de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y la Unión de Jóvenes Comunistas. El organismo que más progresó en la realización de su proyecto es, indudablemente, el Partido Comunista Cubano. Su dirección resolvió crear la *Comisión de Estudios e Investigaciones Históricas de las Escuelas de Instrucción Revolucionaria del P.C.C.* (encabezada por P. Serviat) que tiene su sede en la Habana y cuyas comisiones regionales funcionan en todas las provincias de la República. Estas últimas instituciones organizan equipos de colaboradores en distintos lugares dirigiendo su actividad. El tema principal a que se dedica el Partido Comunista en su investigación es la historia del movimiento obrero y campesino en el país, tarea en la que a las comisiones regionales les corresponde reunir documentos e informes respectivos. Los primeros resultados ya se han presentado en forma de un trabajo que, redactado por Pedro Serviat, trata sobre el movimiento revolucionario en Cuba

¹⁴ Cfr. RAMOS, SIDROC. Informe del año académico 1965-1966. *Islas*, Santa Clara, v. IX, no. 2, p. 307-322.

de 1899 a 1925.¹⁵ Todas las comisiones regionales participan en la elaboración del libro que ha de explicar la fundación del movimiento del 26 de Julio. Además de las tareas comunes de alcance nacional, las comisiones regionales tienen sus propios programas de investigación. Por ejemplo, la Comisión Regional de Santiago está trabajando en un estudio sobre la fundación y las actividades del Partido Socialista en Manzanillo. Lo que más obstaculiza el progreso de la labor es el hecho de que las comisiones regionales carecen de hombres eruditos en la historia y experimentados en la investigación y cuesta mucho esfuerzo, entusiasmo y estudio superar el inconveniente. A todo historiador, cubano o extranjero, que desee estudiar el movimiento obrero y campesino de Cuba le será muy útil el contacto con los trabajadores de las comisiones del Partido, pues a través de ellos se enterará mejor de las fuentes que busque.

También las Fuerzas Armadas Revolucionarias organizaron su comisión histórica. La figura más notable de la investigación realizada en el centro del ejército era Jorge Ibarra, cuya obra principal es la recién publicada *Historia de Cuba*.¹⁶ En la actualidad el talentoso autor está trabajando en el Instituto de Historia de la Academia de Ciencias.

En cuanto a la Unión de Jóvenes Comunistas que también decidió aportar su contribución al estudio de la historia, su Comité Central aprobó la creación de una *Comisión de Estudios Históricos del Movimiento Juvenil de Cuba* cuya misión radica en "el análisis del desarrollo histórico de las aspiraciones de las masas juveniles a lo largo de la historia y también de las luchas que han tenido que llevar a cabo para efectuar el logro de las mismas". Igualmente este organismo cuenta con la cooperación de comisiones provinciales (que forman parte del Frente de Propaganda de los Comités Provinciales). Las integran el responsable provincial, encargado de dirigir y supervisar las investigaciones a nivel de estudiantes secundarios, encargado de dirigir, coordinar, revisar, etc., la investigación de estos sectores estudiantiles; y el responsable del archivo provincial que tiene a su cargo la organización del archivo creado al respecto y en que se depositan todos los docu-

¹⁵ SERVIAT, PEDRO. *40 aniversario de la fundación del Partido Comunista*. La Habana, Dirección Nacional de EIR del PURSC, s. f.

¹⁶ [IBARRA, JORGE] *Historia de Cuba*. La Habana, Dirección Política de las F.A.R., 1967.

mentos encontrados en la provincia. De acuerdo con las orientaciones comunicadas a los jóvenes, la materia de su investigación queda dividida en siete períodos, considerándose dicha distribución como provisional y sujeta a las posibles modificaciones. El proyecto encontró una acogida espontánea entre los estudiantes, no obstante, resulta muy difícil anticipar la rapidez y la profundidad de su realización. A mi juicio, el logro más importante de esta acción radica en despertar el interés por la historia entre los jóvenes, al igual que en la probabilidad de localizar, salvar y concentrar los documentos de cierto valor para la elaboración del tema.¹⁷

También el *Instituto de Superación Educacional* se propuso emprender una vasta investigación histórica. A los profesores de historia en los Institutos Preuniversitarios y a los de enseñanza secundaria básica seleccionados por el inspector se les autorizó, el año 1966, la tarea de buscar y recopilar "con un verdadero espíritu de investigación" los datos relacionados con las publicaciones y documentos de la época de la Guerra de los Diez Años y, una vez terminada la tarea, proceder a un estudio minucioso de ese período. La primera etapa de la búsqueda debía de concentrarse en los acontecimientos referentes al año de 1866. La idea misma de la campaña da a conocer una convicción muy correcta de que sin conocimiento perfecto de las fuentes depositadas en los archivos y bibliotecas resulta imposible escribir una buena historia de la Guerra de los Diez Años. Sin embargo, las instrucciones que se han dado sobre la realización concreta del trabajo y de acuerdo con las cuales un equipo de profesores debía reunir los datos del mes de enero de 1868,¹⁸ otro buscaría documentos referentes al mes de febrero, etc., no me parecen del todo justificadas. Sería más racional y económico autorizar una o más personas la búsqueda profunda del fondo o archivo o biblioteca determinados, con lo cual se evitaría el derroche de las fuerzas y se llevaría a cabo una revisión amplia y sistemática de la bibliografía y los documentos.

¹⁷ Los informes sobre el trabajo y planes de la Comisión de Estudios e Investigaciones Históricas de las Escuelas de Instrucción Revolucionaria del P.C.C. y sobre la planeada actividad de la Unión de Jóvenes Comunistas me los facilitaron amablemente algunos de sus miembros.

¹⁸ Cfr. INSTITUTO DE SUPERACIÓN EDUCACIONAL. *Orientaciones a los profesores —guías de Historia— en relación con el trabajo de investigación sobre la Guerra de los Diez Años*. La Habana, Ciudad Libertad, 21 de noviembre, 1966.

Aunque es innegable la poca experiencia de varias instituciones y corporaciones que tratan de fomentar la investigación histórica, no cabe duda de que en distintas capas de la sociedad cubana empieza a echar raíces la convicción de lo importante que es la investigación histórica para un conocimiento más profundo del pasado nacional. Es de esperar, por tanto, que la misma se refleje en el desarrollo de la historiografía cubana. Indudablemente, no todos los que hoy se entusiasman por la historia producirán obras de cierto nivel e incluso es posible que algunos abandonen el trabajo cuando se den cuenta de su dificultad. Pero, aún cuando aceptamos esta suposición, nada nos impide expresar la convicción de que los mejores continuarán su esfuerzo hasta llegar a un nivel de confeccionar trabajos profesionales valiosos, pues cuando hay talento y perseverancia la erudición y la habilidad se lograrán también. Desde luego, además del problema de cuadros la historiografía cubana debe solucionar otras cuestiones, quizás más graves aún. Se trata de remediar la situación deplorable que sufren ya desde hace muchos decenios los archivos y que refrena el avance de la historiografía.

El estado de abandono en que se encontraban los archivos de Cuba, la escasez de bibliografía que toque sus fondos y la falta de ayudas que faciliten la búsqueda de los documentos parecen hasta inexplicables si consideramos la cantidad de estudios históricos que se deben a los autores cubanos. En realidad, no hay motivo de extrañarse. La situación precaria de las fuentes históricas en Cuba estaba relacionada con la concepción y métodos de trabajo acostumbrados entre los que se sentían llamados a tratar la historia nacional. Había entre ellos pocos historiadores que se preocupaban por buscar documentos para sus deducciones. Además, salvo algunas excepciones, los peritos acudían a las fuentes sólo en la relación con su propio trabajo, sin tratar de ofrecerlas al público, inconscientes de lo que significaría para las investigaciones efectuadas en el porvenir. Es natural que dicha actitud (a la cual se debe la escasa información de hoy) justificaba la opinión pública de que una gran porción de la historia del país se halla en los apolillados libros y documentos que se guardan en los almacenes de los ayuntamientos o de otras instituciones. Por consiguiente, se hacían más fuertes las voces exigiendo que no se perdiera la oportunidad de conocer la historia y, por el contrario, que ésta se hiciera más viable para todo el pueblo. Esta idea se abría paso sucesivamente pero tardaba mucho en imponerse en la práctica. Sólo así se explica que no se haya observado

el concepto moderno del archivo como institución que no sirve únicamente para almacenar documentos, sino asimismo para conservarlos, clasificar y facilitar el trabajo con ellos.

Ahora bien, la actividad archivística iba progresando y se anotó, ya en la época anterior a la revolución, algunos éxitos notables. El mayor de ellos fue la organización del Archivo Nacional¹⁹ que llegó a considerarse como uno de los mejores centros de América Latina. Gracias a la iniciativa y la perseverancia de Joaquín Llaverías y sus colaboradores se ordenaron varios fondos del archivo, observándose el principio del ordenamiento original. Fueron confeccionados los ficheros que facilitan la consulta de los fondos organizados. Más aún, para algunos fondos se publicaron catálogos completos. Apareció la guía del archivo elaborada por Felipe Zapata Casanova²⁰ ofreciendo informes principales sobre los fondos que se encontraban en el Archivo Nacional en vísperas de la revolución.

Por su larga tradición, su importancia y orientación que significaba para la investigación histórica²¹ gozaba de una condición privilegiada

¹⁹ Este es también el único que atrajo la atención satisfactoria como objeto de estudio o de instrucción. Vid. LLAVERÍAS, JOAQUÍN. *Historia de los archivos de Cuba*. La Habana, 1912 (2a. ed. en el año de 1949 y *Biografía del Archivo Nacional de Cuba*. La Habana, 1954. (Publicaciones del Archivo Nacional de Cuba, XXXIX); LE RIVEREND, JULIO. El Archivo Nacional. *Boletín del Archivo Nacional*, La Habana, no. XXXIX, 1940; HILL, ROSCOE R. *Los Archivos Nacionales de la América Latina*. La Habana, 1948. p. 76-95 (Publicaciones del Archivo Nacional de Cuba, XIX); GROPP, ARTHUR ERIC. *Guide to libraries and archives in Central America and the West Indies, Panama, Bermuda and British Guaiana, supplemented with information on private libraries book-binding, book-selling and printing*. New Orleans, The Tulane University of Louisiana, 1941. En la obra de Gropp hay también informes referentes a la Oficina del Historiador de la Ciudad de la Habana, al Museo Bacardí, al Museo Martí y las bibliotecas cubanas. Su lista de las bibliotecas cubanas ya no sirve para la orientación práctica. Para saber qué bibliotecas existen ahora en Cuba, recomiendo consultar la *Guía de Bibliotecas de la República de Cuba*. La Habana, Biblioteca Nacional "José Martí", 1966, 2da. ed. aumentada y corregida.

²⁰ ZAPATA CASANOVA, FELIPE. *Catálogo sumario de los fondos existentes en el Archivo Nacional*. La Habana, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1958.

²¹ El Archivo Nacional sobresalía a todos los demás en Cuba no solamente por sus adelantos técnicos (teniendo el equipo de fumigación, una planta de laminación de documentos, un departamento fotográfico y la imprenta) y por las investigaciones que realizaba, sino también por emprender el primer esfuerzo serio para aumentar los conocimientos de los archiveros habiendo organizado en 1945 un curso donde se explicaba la paleografía, diplomática y arquivonomía. Pero en los años siguientes esta iniciativa plausible no tuvo continuación. Después de la revolución funcionaba en la Habana la Escuela Nacional de Archiveros

entre los archivos cubanos (provinciales, municipales, judiciales y otros tantos), contando con personal calificado y disponiendo de suficientes recursos financieros que hacían posible llevar a cabo la organización de los documentos archivados. Los demás archivos se veían casi olvidados o difícilmente accesibles a los investigadores y hasta en la capital, a excepción del Archivo Nacional, la situación de los archivos resultaba poco favorable. Es verdad que Emilio Roig de Leuchsenring logró convertir la Oficina del Historiador y el Archivo Municipal en instituciones ejemplares, pero él mismo tuvo que satisfacerse con lo que se salvó ante las destrucciones, es decir, con las Actas de Cabildo²² y algunos libros municipales.

Los fondos de los archivos que se hallaban en los demás lugares de la isla quedaron casi ignorados por el público. Algunos de ellos vieron una visita y sirvieron a los investigadores, pero éstos rara vez dejaban constancia en sus obras de las fuentes consultadas. De esta manera, resulta difícil determinar el origen de los informes en las obras que carecen de aparato crítico (fenómeno muy corriente, y no sólo en Cuba) y se hace arbitraria la utilidad de las publicaciones. Según he podido comprobar, hasta la fecha a nadie se le ocurrió confeccionar una guía de las fuentes más importantes que se hallan en los archivos del país, a pesar de haberse manifestado vivo interés por conocer las fuentes extranjeras referentes a la historia cubana.²³

Además de no disponer de ayudas de consulta algunas, muchos archivos descuidaban incluso la preservación de los documentos (su mal estado se nota aun en el Archivo Nacional), dejándose campo libre a la polilla y a las consecuencias del clima tan perjudicial para el papel.

en la cual se dieron los cursos de técnica de la conservación y restauración de documentos (por Fermín Peraza Sarausa), de práctica y organización de las instituciones y oficinas públicas y privadas (por Hilda González Mateo), de técnica para la organización y reorganización de archivos (por Cosme R. García Jiménez), de tramitación de correspondencia y documentos y archivo por asuntos (por él mismo), y lecciones de historia de Cuba (por Elías Entralgo y Dolores Breuil). Tampoco esta escuela perduró.

²² *Actas de Cabildo de la Habana* van del año 1550 a 1909. Las que abarcan los años de 1550 a 1578 fueron editadas por Emilio Roig de Leuchsenring. *Actas capitulares del Ayuntamiento de la Habana*. Tomo I: 1550-1565, t. II: 1566-1574, t. III: 1575-1578. La Habana, 1937, 1939 y 1946. (Colección de Documentos para la Historia de Cuba dirigida por Roig de Leuchsenring).

²³ MORENO FRAGINALS, MANUEL. *Misiones cubanas en los archivos europeos*. México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1951.

Esta era, en grandes rasgos la situación heredada por la revolución. Los resultados de ésta encontraron su reflejo también en la esfera de las fuentes históricas. Algunos eran negativos como ocurre con todas las revoluciones que junto con las viejas instituciones barrían sus archivos. Así es que en Cuba desaparecieron documentos de valor para la historia del país. Claro está que ahora ya no tiene sentido condenar o justificar ese proceder que era producto de la ignorancia o de la reflexión cuya lógica consistía en el parecer a que llegaron las personas sin erudición adecuada y sin sentido del pasado de que sería imprudente guardar los montones de papeles polvorientos y roídos que sin motivo aparente ocupaban el espacio.

Por el contrario, es cierto que pronto se movilizaron los historiadores tratando de impedir la posible repetición de las manifestaciones nocivas a la historiografía, y fue precisamente Julio Le Riverend quien pasó a desempeñar el cargo de director del Archivo Nacional y quien se dio cuenta del peligro inminente. Mandó a sus colaboradores del Archivo a distintos lugares encargándoles la tarea de impedir la destrucción de los documentos y gestionar su traspaso al Archivo Nacional. Hizo circular por todo el país la orden que prohibía a cualquier organismo su liquidación arbitraria de la documentación que poseían exigiendo que los documentos de cierta índole fuesen enviados al Archivo Nacional. El último requisito no perseguía el objetivo de "acaparar todo el material importante en la capital" como pensaban y objetaban algunos, sino tendía a evitar la posible pérdida o deterioro del material único de su género. A los investigadores se abrieron los archivos de las empresas y los protocolos notariales. Estos hechos por sí solos significaban un enorme progreso y una promesa alentadora para la investigación histórica.

El Archivo Nacional fue enriqueciéndose en cuantiosas fuentes de distinta procedencia. Además, la dirección del Archivo Nacional procedió a fundar *Archivos Regionales Históricos* en Matanzas, Santiago de Cuba y Camagüey, en condición de dependencia del centro nacional. Esos, por su parte, no sólo reúnen los archivos de otros organismos, sino tienen por tarea protegerlos, ordenarlos y ponerlos a la disposición de los investigadores. Su creación muestra que la concepción moderna del archivo ha penetrado en las provincias. Es obvio el alcance de la decisión para la investigación. Las autoridades cederán los materiales innecesarios a los archivos, donde los mismos se clasificarán y se harán accesibles al público. Por desgracia, los frutos apetecidos no se han

presentado todavía. El funcionamiento de los archivos tropezaba con una serie de obstáculos, sobre todo, con la falta de un edificio o local adecuado. Por esta razón, hasta mi salida de Cuba (en julio de 1967) el Archivo Regional Histórico de Camagüey existía sólo teóricamente, el de Matanzas que guarda fondos riquísimos,²⁴ los tenía amontonados en un edificio inconveniente que hacía prácticamente imposible revisarlos. Sólo en el mes de agosto fue cuando recibió una casa a donde trasladaría los materiales. Únicamente el Archivo Regional Histórico de Santiago de Cuba, situado en el edificio de la Biblioteca de la Universidad de Oriente, estaba en condiciones de desarrollar una actividad viva, reuniendo los documentos de valor para la historia regional²⁵ y procediendo a su organización. Sin embargo, también este archivo se ve amenazado por la falta de espacio ya que su local universitario está lleno.

²⁴ Según los informes que obtuve del director Israel Moliner Rendón, el Archivo Histórico Regional de Matanzas posee estos fondos: Archivo del Gobierno Provincial de Matanzas (1738-1958), Archivo del Ayuntamiento de Matanzas (1693-1958), Archivo del Centro de Veteranos de las Guerras de Independencia, Archivo del Colegio de Periodistas de Cuba, Archivo de la Audiencia de Matanzas, Archivo del Juzgado Correccional de Matanzas, Archivo del Ayuntamiento de Guanacaro (Limonar), Archivo del Ayuntamiento de Santa Ana (Cidra), Archivo de la Sociedad de La Unión de Matanzas, Archivo de la Familia Guiteras. En Matanzas, pues, a diferencia de Santiago de Cuba los libros y documentos del Archivo del Ayuntamiento hasta el año 1958 pasaron al Archivo Regional. Las Actas capitulares de Matanzas se conservan desde el año 1693 (año de la fundación de la ciudad) y la edición del primer libro (1693-1702) preparada por Israel Moliner, será publicada probablemente por el Instituto de Historia.

²⁵ Tiene los ramos siguientes (según la clasificación provisional): *Cámara de Comercio de Santiago de Cuba*, *Gobierno Provincial de Oriente* (dividido en las secciones: Orden Público, Sociedades, Cárceles y Presidios, Ayuntamientos, Diputación Provincial, Fomento, Obras Públicas, Minas, Viajantes, Instrucción Pública, Beneficencia, Agricultura, Industria y Comercio, Policía Secreta), cuya documentación coherente va desde mediados del siglo XIX, *Protocolo de Santiago de Cuba* (de Calderón, año de 1686), del Cabildo de Guerra, de Unzueta, de Valverde, de Zayas, de Castillo, de Herrera, de Contreras, de Sierra, de Portuondo (todos del siglo XVIII), de la Hacienda (1800-1899), de la Marina (1800-1892), de Ramírez (1800-1899), de Caminero (1800-1899), de Regueiferos (1841-1893), de Giro (1800-1882), de Heraclio García (1840-1879), de Lasso (1840-1872), de Papeletas e Hipotecas (1840-1882), *Hospital Civil de Santiago de Cuba*, *Centrales* (Archivos de los centrales azucareros Manatí, Ermita, La Esperanza, Isabel, Los Caños y Soledad), *Empresas* (Archivos de las empresas Ron Bacardí y Cía., Fábrica de Cemento José Mercerón Allen (antigua Titán), Ron Albuerne, Alvarez Camps y Cía., Cervecería Hatuey), *Juzgados* (Municipal del Norte de Santiago de Cuba, Municipal del Sur de Santiago de Cuba, Instrucción del Norte de Santiago de Cuba, Instrucción de Bayamo, etc.), *Donativos* (archivo del Dr. Francisco Dellundé Mustelier y el archivo del general Francisco

Fuera del Archivo Nacional²⁶ y sus dependencias hay todavía en Cuba una serie de archivos que guardan la documentación de los organismos a que pertenecen. Son muchas veces más bien depósitos de papel que archivos. Se hallan en desorden y no disponen de las ayudas más primitivas que faciliten una orientación en sus fondos. A este resultado llegué en mi jira por la provincia de Oriente emprendida en compañía del profesor Francisco Ibarra Martín con el fin de reunir materiales informativos que nos permitiesen orientar a los estudiantes de la Escuela de Historia de la Universidad de Oriente en su elección de temas para las tesis de grado. Debido a las circunstancias mencionadas el resultado fue mínimo, ya que para hacer una lista de los distintos materiales, una relación de los años que comprenden y de la materia a que los mismos se refieren, haría falta pasar en el archivo semanas o meses, de acuerdo con el material y el estado en que éste se encuentra. A veces los documentos de apenas un siglo de edad están tan apolillados que parecen pegados uno con otro, de modo que para separarlos se requiere por lo menos tanto tiempo como el necesario para enterarse de qué tratan. Teniendo en cuenta que no existe en la actualidad una obra que informe sobre las condiciones en que se hallan los archivos cubanos y consciente, como dice el proverbio, de que poco siempre es más que nada, quisiera

Leyte Vidal) y *Depósitos* (Archivo de Pablo Hernández Balaguer y de Ramón Martínez y Martínez, pertenecientes al Departamento de Música de la Universidad de Oriente). Pablo Hernández Balaguer, perito en la historia de la música, uno de los mejores talentos de la historiografía cubana, murió prematuramente en el año de 1966. Su archivo se compone de los apuntes de Balaguer, de microfilms, de copias de documentos y de documentos originales y es muy importante para el estudio de la historia de la música en Santiago de Cuba. Otros materiales para el mismo tópico están en el Archivo de la Catedral de Santiago de Cuba y el Museo Bacardí. Vid. HERNÁNDEZ BALAGUER, PABLO. *Catálogo de música de los archivos de la Catedral de Santiago de Cuba y del Museo Bacardí*. La Habana, Biblioteca Nacional "José Martí", 1961.

²⁶ Además, éste tiene importancia también como sitio donde se facilitan informes de los trabajos que están preparando los investigadores cubanos. Durante mi estancia en el Archivo Nacional, José Luciano Franco preparaba allí la edición de fuentes para la historia de cimarrones en Cuba, Isidro Méndez investigaba la historia de Artemisa, Luis A. de Arce continuaba investigando la historia de la filosofía, Margarita Fundora estudiaba las fuentes para la historia del teatro en Cuba, Hermenegildo Portuondo y Linares buscaba más informes para su ambiciosa "Enciclopedia Bolivariana", Pedro Deschamps Chapeaux hacía la investigación de la parte económica de la "Conspiración de la Escalera", Juana Zurbarán y Zoila Lapique reunían los datos para el interesante estudio sobre "La marquilla de tabaco en el siglo XIX" y para la historia de la litografía en Cuba, y esta lista de personas y temas por ellas investigados podría hacerse aún más larga.

dar a conocer a los lectores mis experiencias de Santiago de Cuba, Baracoa, Manzanillo, Jiguaní, Victoria de las Tunas, Holguín, Puerto Padre, Gibara, Banes y Antilla, en la provincia de Oriente, y de Cienfuegos y Trinidad.

La mayoría de estos lugares (y no sólo ellos, pues creo que tiene vigencia la observación casi para toda la isla) cuenta con sus propios archivos de administración regional o municipal (los antiguos archivos municipales), parroquiales, notariales, de juzgados y del registro de la propiedad. En las ciudades con puertos hay, además, archivos de aduana.

De los archivos de aduana queda sólo un cuerpo de documentos en la provincia de Oriente y, que hay más, la mayor parte de ellos se remonta al siglo corriente. Es evidente que los mismos casi no tienen importancia para la historia del comercio anterior al siglo xx, ya que difícilmente se puede edificar un estudio histórico serio de las actividades de las aduanas partiendo de los restos que se han conservado del siglo xix. Una gran parte de la documentación se perdió durante los últimos años, siendo considerada como inútil (en Santiago de Cuba, Manzanillo, Gibara y Baracoa), o sea, habiéndose destruido por las calamidades naturales (como en Puerto Padre, donde el archivo sufrió grandes daños durante el ciclón de 1965). Indudablemente, la pérdida más sensible y deplorable es la del archivo de aduana en Santiago de Cuba, devorado en 1966 por la fábrica de tejas infinitas construida en Camagüey. Sin embargo, si se trata de averiguar las pérdidas que sufrieron los diferentes archivos, nadie está en condiciones de afirmar qué es lo que falta en realidad, dado que no había ninguna relación de los documentos, ni se sabía el estado en que se encontraba el material. Queda probado (según documentan algunos restos salvados) que por lo menos una buena parte de la documentación, destinada hace años "a la materia prima", se hallaba en condiciones pésimas.

Los archivos de administración regional o municipal, una de las fuentes básicas para la historia local, hasta la fecha no despertaron atención adecuada de las autoridades respectivas. Algunos ni siquiera disponen de empleados que los cuiden y traten de ponerlos en orden (Baracoa, Holguín). En algunos casos, se conservan de la documentación anterior al siglo xx las Actas de Cabildo (aunque incompletas), desde luego, no nos ha llegado nada o poco de otros materiales de la

administración regional o municipal que pude visitar, a excepción de Santiago de Cuba, en cuyo establecimiento se han ido imponiendo cambios saludables a partir del año de 1966. Hoy en día, aunque falta mucho para que el archivo esté en un estado perfecto, es indudablemente el centro mejor organizado en la provincia de Oriente. Es también el más rico en lo que se refiere a sus fondos.

Además de la abundante documentación procedente de la administración de la ciudad que remonta a la era republicana, el archivo posee Actas de Cabildo y otros libros que se llevaban en el Ayuntamiento de la ciudad²⁷ así como un conjunto de expedientes de distintas esferas de la administración municipal que proceden de la época colonial. Su ordenamiento primitivo ha sufrido en los traslados que se realizaron durante la república. Sin embargo, el señalamiento y el título de los expedientes permiten hacerse idea del arreglo antiguo, y los índices primitivos hechos por varios escribanos facilitan comparar el contenido anterior con el actual. Haciendo la comprobación se notan faltas de numerosos expedientes que, según se supone, han sido perdidos durante las mudanzas de un lugar a otro. Actualmente, el centro está administrado por dos empleados que, a decir verdad, no cumplen los requisitos para desempeñar su oficio, pero se dieron cuenta de la importancia histórica del archivo, por lo cual tratan de organizarlo y facilitar su consulta. A mediados del año 1965, cuando por primera vez llegué a Santiago, el material de la administración colonial (salvo libros municipales) representaba una mezcla heterogénea de documentos referentes a materias muy diversas. En 1967 ya se dividieron los documentos de acuerdo con la siguiente clasificación: Instrucción Pública, Alumbrado, Salubridad, Coliseo, Esclavos, Cimarrones, Sociedad Económica, etc., existiendo ya relaciones completas que indicaban el contenido de todos los paquetes. Estos índices son imperfectos, desde luego, pero por lo menos facilitan mucho la investigación. Para las Actas de Cabildo y otros libros municipales conviene más una orientación cronológica porque cada uno de los tomos lleva en su lomo los años que abarca. Los materiales más importantes de la época republicana están situados de

²⁷ El primer libro de *Actas de Cabildo* que se conservó en este archivo (pero no el original sino trasuntado), abarca los años de 1664 a 1672. De otros géneros de libros advierto las *Actas Consulares* (1821-1841) y los registros de comerciantes de la segunda mitad del siglo XIX. (Los registros anteriores, desde el año de 1833, están en el Archivo Nacional.)

modo que no se puedan usar (cosa muy rara, como se verá), a los demás archivos. Los trabajadores confeccionan las tarjetas para aquellos documentos que por motivos prácticos se piden y consultan más a menudo. Se tiene ya a disposición un tarjetero o fichero minucioso para los documentos que comprenden las construcciones y reparaciones de las casas.

Un cuadro completamente diferente lo ofrece el Archivo de Administración Regional de Holguín que, a su vez, reúne un conjunto considerablemente rico de libros y documentos que datan de la administración colonial. No obstante, la riqueza de este archivo más bien se supone por la cantidad de las fuentes que permanecen sin clasificar, no facilitando un juicio previo acerca del contenido o la importancia para la historia de la ciudad. Los expedientes de la administración municipal que se hallan empaquetados llevan un solo título "Colonial" y a veces la cifra del año, que siempre no corresponde al contenido real del paquete. Entre los libros de la época colonial además de las Actas de Cabildo²⁸ se encuentran libros de la jefatura de policía, del vivac municipal, de ventas y pases de animales, de contaduría municipal y otros tantos. En el archivo no trabaja ningún empleado,²⁹ en la distribución de los libros por los estantes hay poco orden y el centro no dispone de algo que proporcione una orientación en los fondos. Al investigador no le queda otro remedio que revisar los paquetes para enterarse de su contenido y hacerse una idea más concreta de lo que sea más importante para su investigación.

En Baracoa, el Archivo de Administración Regional no manifiesta en lo mínimo que la ciudad es la más vieja de Cuba. Las fuentes históricas que posee se remontan en su mayoría a decenios recién pasados, e incluso las Actas de Cabildo que conserva son relativamente moder-

²⁸ El libro más antiguo que encontré en el archivo era del año 1780, pero es posible que se encuentren anteriores cuando el archivo se ordene. Actas de Cabildo hay también en posesión de un historiador local.

²⁹ A diferencia del de Santiago de Cuba no tiene horas de trabajo. El visitante tiene que ponerse primero en contacto con el archivero "honorífico" Francisco García Benítez, persona culta, amable y aficionada a la historia pero que trabaja como periodista.

nas.³⁰ La serie de Actas de Cabildo que “descubrimos” comprende hasta el año de 1914. En otro local se halla el resto del archivo compuesto sobre todo de libros llevados por distintas oficinas del ayuntamiento y procedentes, al parecer, del siglo corriente. Todos ellos se hallan amontonados unos sobre otros, tanto en los estantes como en el suelo. Tampoco hay archivero. El Archivo de Administración Regional de Manzanillo, parcialmente quemado en el año 1933, conservó por lo menos las Actas de Cabildo,³¹ pero el resto de su documentación colonial se reduce a unos cuantos documentos que se guardan en una carpeta, sin constituir un todo orgánico. Podemos considerar como un cuerpo muy pobre el Archivo de Administración Regional de Victoria de las Tunas.³² Limitado al siglo xx; sin embargo, algo más rico que el de Victoria de las Tunas resulta el Archivo Municipal de Banes.³³ En Gibara el archivo municipal se guarda en los armarios que cuentan con anaqueles para las distintas materias y, según me dijeron había existido un inventario del archivo. Por desgracia, hace varios años los documentos fueron sacados de sus anaqueles, uniéndose “para ahorrar madera”. Además, una parte del archivo se trasladó al edificio de la Biblioteca Municipal (en que seguramente, hay mejores condiciones). Se trataba por ejemplo de Actas de Cabildo, de 1874 a 1901, y otros materiales de la segunda mitad del siglo xix hasta los más recientes. Peor aún fue la suerte que experimentó el Archivo de Puerto Padre. Allí se ha botado casi toda la documentación anterior al año de 1958, procedimiento que desvalorizó la importancia del archivo para la historia del lugar. Parece que también en otros lugares ya fuera de la provincia de Oriente (según comprueban los

³⁰ El libro que se refiere a los años de 1850 a 1855 está señalado como el tomo II. El primer tomo falta pero es muy probable que no se haya iniciado antes del año 40. De la numeración de los libros se desprende que cuando la misma se hacía, ya no se encontraban en el archivo las actas capitulares más antiguas.

³¹ Desde el año de 1832.

³² El vestigio más viejo de la época colonial en este archivo es el “Libro Diario de la Caja de la Depositaria Municipal” (1885-1889). Los libros de Actas de Ayuntamiento que se guardan en el archivo comienzan con el que lleva el número 2 y abarca los años de 1912 a 1913. Entre otros productos de la administración republicana hay libros de contabilidad, registros de fincas rústicas, etc.

³³ En Banes los libros de Actas de Ayuntamiento van desde el año de 1910 y lo mismo se puede decir de los libros de contabilidad, de impuesto territorial y del registro pecuario.

casos de Cienfuegos y de Trinidad),³⁴ se han acusado serias disminuciones en los archivos municipales durante los últimos años.

Experimentaron menos cambios que los archivos de las aduanas y de los municipios los protocolos notariales. Siendo fuente de ingresos para sus propietarios, los mismos siempre se guardaban con relativo cuidado, sin embargo, la atención que se les prestaba, nunca o casi nunca era suficiente para impedir su deterioro o destrucción paulatina originada por el proceso natural. Por esta razón, los libros de protocolos que datan de los siglos XVI, XVII y XVIII si se han conservado, en la actualidad se hallan muchos de ellos en estado muy precario, deshaciéndose a menudo sus hojas al tocarlas simplemente. En realidad, en la provincia de Oriente no abundan los protocolos anteriores al siglo XIX.

Los libros de protocolos ofrecen un complejo interesantísimo de escrituras (ventas de esclavos, de cafetales, de ingenios, de terrenos, de casas, etc., fundación de sociedades comerciales e industriales, libertades de esclavos, testamentos) que brindan materiales suficientes para penetrar en lo sustancial de la vida económica y social de las ciudades. El historiador puertorriqueño Adam Szadi dijo con acierto, refiriéndose a los archivos notariales, que "las polillas sabían aprovecharlos mejor que los historiadores".³⁵ En Cuba, la importancia histórica de los protocolos se hizo evidente con las ediciones preparadas por Ma. Teresa Rojas,³⁶ mas por otra parte es cierto que los archivos de protocolos no funcionaban como archivos históricos donde se acogiera a todo quien deseara estudiarlos. En los años sesenta se hizo un gran esfuerzo, inspirado por Julio Le Riverend, para que esta fuente valiosa no se echara a perder y, en general, que no desapareciera pero, por el contrario, que

³⁴ En Cienfuegos guarda el Archivo de la Administración Regional las Actas Capitulares desde el año de 1830. (La parte de las actas estaba en el almacén del teatro Terry). Otros materiales de la Administración Municipal anterior al siglo XX se redujo también a las Actas Capitulares (las que aún quedan van desde los años 30 del siglo XVIII, pero faltan algunos tomos). El Archivo de Administración Regional en Cienfuegos emplea como archivero a un viejo profesor (César Díaz Castellón) y está abierto al público. En Trinidad el cuidado del archivo fue confiado al director de la Biblioteca Municipal, Carlos J. Zerquera.

³⁵ *Hispanic American Historical Review*. North Carolina. v. XLIII no. 4, 1963. p. 602.

³⁶ ROJAS, MARÍA TERESA DE. *Indice y extractos del Archivo de Protocolos de la Habana*. I: 1578-1585, II: 1586-1587, III: 1588. La Habana, 1947-1957.

estuviera puesta a disposición de los investigadores. Se pensaba que la mejor medida para conseguirlo sería reunir todos los protocolos anteriores al año 1900 en el Archivo Nacional. Sin embargo, este propósito está realizado sólo en parte. Es verdad que al Archivo Nacional pasaron los protocolos de la Habana, Matanzas, Trinidad y hasta de otros lugares,³⁷ pero los archiveros de los protocolos (donde los hay), están dispuestos a cumplir la orden y es verdad que tratan de mantener los archivos respectivos en buenas condiciones.

En la provincia de Oriente, los protocolos de Santiago de Cuba, de Cobre y de Caney se trasladaron al Archivo Regional Histórico. De otros lugares, la colección más impresionante de libros de protocolos se encuentra en Holguín, donde los mismos se guardan en una serie ininterrumpida desde el año 1752, siendo la escritura más vieja la que lleva la fecha de 1737, escrita por la mano de Diego de la Torre Hechavarría. En el archivo de protocolos se puede consultar la lista de protocolos. En Bayamo, la importancia de los protocolos que datan del año 1781³⁸ aumenta si consideramos que el incendio del archivo municipal que tuvo lugar en 1868 destruyó gran parte de la documentación que hoy serviría para la investigación sobre la historia de la ciudad.³⁹ Los archivos de Manzanillo, Baracoa, Victoria de las Tunas y Gibara comprenden volúmenes de documentos que remontan a la segunda mitad del siglo XIX, en Puerto Padre y Banes comienzan los protocolos con el siglo XX. Una colección muy valiosa de documentos notariales se encuentra en Cienfuegos, donde los mismos datan del año de 1825 ofreciendo así la posibilidad de seguir paso a paso la formación económica y social de la ciudad casi desde los tiempos de su fundación.

Relativamente bien conservados y dispuestos a la investigación científica son los archivos parroquiales. También ellos denotaron varias pérdidas que a veces tuvieron su origen en un incendio, pero el motivo más frecuente fue los efectos del clima. La tendencia conservatista de la Iglesia, muy propicia para los archivos, rara vez emprendía el esfuerzo por mantener o proteger los libros parroquiales mediante la

³⁷ Vid. *Guía del Archivo Nacional*. La Habana, Academia de Ciencias, 1967. p. 15. (Serie Archivos, 1).

³⁸ El historiador de la ciudad Enrique Orlando Lacalle y Zauguest hizo ya selección (no publicada hasta ahora) de varios libros de protocolos.

³⁹ Por lo tanto, las Actas de Cabildo existen sólo desde el año de 1869.

laminación u otro procedimiento especial.⁴⁰ Es por ello que en muchas parroquias los libros más antiguos desaparecieron y siguen desapareciendo pues sus hojas se convierten en pedacitos. En algunas parroquias la búsqueda en los libros está facilitada por los índices confeccionados posteriormente, sin embargo, los más perfectos de ellos cuentan sólo varios decenios de vida (como el fichero en Victoria de las Tunas), ya que se comprenderá que deben haber servido para fines prácticos.

Los libros de bautismos, matrimonios y defunciones quedan divididos en Cuba de acuerdo con la raza, llevándose unos para los blancos y otros para la gente de color, en el pasado. Esta distribución no surgió repentinamente, pero en cambio, fue paulatina y varía según las parroquias. Tampoco la ulterior reunión de las inscripciones de los blancos y los de color en un libro común para las dos razas no se efectuó en todos los lugares en la misma época.⁴¹ La separación mencionada ocasiona problemas especiales en el proceso de investigación porque hay casos en que las personas blancas vienen inscritas en los libros destinados para la gente de color y viceversa.

A pesar de constituir una de las fuentes más antiguas y más completas de las que se conservan en Cuba, los archivos parroquiales no han despertado, hasta el momento, el grado de atención necesario y merecido entre los investigadores, ni se han aprovechado para los estudios históricos en la medida que sería de esperar. Es verdad que la genealogía cubana ostenta unas cuantas obras dignas de mención, que varios representantes suyos llegaron a la convicción de que no son únicamente los nobles y los ricos quienes merecen la atención de la ciencia,⁴² sino que

⁴⁰ Esto vale no solamente para las parroquias pequeñas. Es verdad que el libro más viejo en la Catedral de la Habana está laminado, pero en el Archivo de la Catedral de Santiago de Cuba algunos libros parroquiales están en condiciones muy malas y en el Archivo del Arzobispado de la Habana se puede notar la deterioración considerable de documentos importantes (v.g. de los expedientes de Ultramarinos).

⁴¹ Por ejemplo, en Baracoa hay índice moderno del "Libro de entierros de Blancos y de Color que corresponde a los años de 1686 a 1788". Ya por el índice es evidente que el libro estaba deteriorado (el índice indica: "comido todo, se lee sólo: natural de Canarias" etc.). Ahora el libro ya no existe, pero el párroco todavía recuerda que estaba hecho pedazos y guardado en una caja. Este destino amenaza a muchos otros libros en los archivos parroquiales.

⁴² Mientras que en algunos lugares (Baracoa, Victoria de las Tunas, Manzanillo, Bayamo y otros) la división de los libros de bautismos termina en el año de 1881, en la iglesia parroquial de San Carlos de Matanzas el primer libro general de bautismos empieza el 1o. de enero de 1906.

además de los blancos debía de considerarse también la gente de color.⁴³ Pero son escasos los trabajos que convierten la tesis en una realidad. Sería por tanto, muy útil aprovechar los archivos parroquiales para el análisis de los cambios que tenían lugar en la estructura racial de los pueblos de Cuba y para seguir qué elementos étnicos (salvo los españoles y considerando las leyes dictadas contra los extranjeros) participaban en la vida social y en el aumento de la población. Es de esperar que los mismos puedan decir palabra útil sobre la perduración del elemento indígena en varios lugares durante la época colonial. Es de conocimiento general que no todos los indígenas perecieron durante los primeros decenios de la colonización española, pues figuran en los censos del siglo xvii. Incluso a principios del siglo xviii se fundó la Comunidad de los Indios de Jiguaní.⁴⁴ Hasta el xix la legislación española suponía la existencia de la propiedad comunal indígena y los cargos de protectores de indios, aunque según los hacendados, ávidos de las tierras comunales, los indios habían dejado de existir.

En algunas parroquias se llevaban libros en que se asentaban las partidas de nacimiento, de matrimonio y de defunción de los indios. En el archivo de la iglesia de Victoria de las Tunas se halla un "Libro de matrimonios en que se asientan las partidas de indios, negros, mulatos..." (1787-1788); en Manzanillo, el libro No. 12 de bautismos de la gente de color está designado expresamente como el "de indios, pardos y morenos" (1868-1870) y es probable que las inscripciones de nacimientos de los indios estén señaladas también en otros libros de esta serie aunque el título del libro no lo diga. En el mismo archivo se guardan asimismo los libros de la parroquia de Jara, entre los cuales el "Libro 3o. donde se asientan las partidas de bautismo de indios, mulatos y negros, así libres como esclavos que se hacen en esta Iglesia Parroquial de mi Sr. San Joseph y Sta. Rita de Jara" (1794-1809). Algo parecido se ve en Holguín, cuya parroquia de San José guarda el "Libro de asiento de los matrimonios de los indios, negros y mulatos..." (1819-1859), el "Libro de asiento de bautismos de indios, negros y mulatos

⁴³ Vid. acertadas observaciones de José Manuel de Ximeno en el artículo "Genealogía y Heráldica" publicado en *El Siglo*, La Habana, 20-IX, 30-IX, y 10-X, 1951.

⁴⁴ Cfr. GARCÍA LAVÍN, ARTURO. Familia del pintor habanero don Vicente Escobar. *Revista de la Biblioteca Nacional*. La Habana, t. IV, no. 4, 1953, p. 154-159.

que se hacen en esta iglesia auxiliar de S. José" (1819-1831), el "Libro de entierros de negros, indios y mulatos..." (1819-1839). La parroquia denominada según su iglesia de San Isidro es más generosa aún en este aspecto. Los indios se mencionan en los títulos de cinco libros (que abarcan los años 1765-1774, 1803-1819, 1824-1835, 1836-1838, 1853-1860) de bautismos de la gente de color. Hay allí también "Libro 1o. donde se anotan las partidas de matrimonios de mulatos, negros e indios" (1783-1856) y un "Libro en que se asientan las partidas de entierros de indios, mulatos y blancos" (1783-1857). Es de suponer que en alguna de las parroquias que no tuve oportunidad de visitar⁴⁵ haya también libros que traen informes sobre los indios. Naturalmente, hace falta revisar detenidamente todos los libros de este género para poder determinar su importancia. Sin embargo, en vista de que las fuentes históricas para la vida de los indígenas cubanos en la época colonial llegan a un número muy reducido, me parece que los libros parroquiales podrán arrojar luz sobre algunos problemas que surgen en relación con este tema.

Los archivos que pertenecen al Registro de la Propiedad en la provincia de Oriente se encuentran, de ordinario, en buenas condiciones. Antes, la importancia práctica requería que se cuidasen y es por eso que la costumbre se observa aun cuando las actividades del Registro disminuyeron debido a las transformaciones revolucionarias. El Registro de la Propiedad se originó de las antiguas Anotadurías de Hipotecas y en su forma moderna existe desde el año de 1880. Por lo tanto, en las ciudades en que el registro creado después de promulgada la ley hipotecaria de 1880 es continuación de la oficina anterior, el archivo comprende los libros del "registro viejo", así como del "registro nuevo".⁴⁶ La búsqueda de los materiales más antiguos guardados en la sección "vieja" resulta más complicada, pero el investigador tiene la posibilidad de servirse con los libros auxiliares (índices) que han confeccionado los empleados para el uso de la oficina.

Se encontraría en una situación incomparablemente peor aquel investigador que quisiera consultar los archivos de los juzgados. Allí

⁴⁵ Vid. PICHARDO, HORTENSIA. Los orígenes de Jiguaní *Boletín del Instituto de Historia y del Archivo Nacional*. La Habana, 1964. t. LXIV, p. 85-112.

⁴⁶ Tengo en cuenta sobre todo los libros parroquiales de Caney que están ahora en la iglesia de Vista Alegre (Santiago de Cuba).

ya el carácter de la documentación favorece el desorden. Mientras que en el Registro de la Propiedad el archivo se compone de libros, en los juzgados más bien se trata de expedientes o legajos fáciles de extraviarse o de materiales más variados por su contenido. También el esfuerzo de proteger estos documentos ante la polilla y las contrariedades del clima resulta más costoso y penoso y, por otro lado, no se siente tanto la necesidad de llevar la evidencia de los documentos, una vez terminado el asunto. Así se explica que en los almacenes de los juzgados se haya acumulado el material histórico por excelencia para la historia de la vida social de una época y lugar determinados, sin embargo que queda sin utilizar y pudriéndose. El testimonio de valor histórico, así como del abandono de la documentación lo constituye una parte del archivo que la Audiencia de Santiago entregó, el año 1967, al Archivo Histórico Regional. Se hallan en ella testamentarías voluminosas que nos permiten conocer varios aspectos de la vida de los habitantes comenzando por las relaciones comerciales mantenidas con el extranjero y terminando por la vida íntima de los mismos. Los expedientes que abarca facilitan muchos informes sobre la extensión de las fincas rústicas y urbanas, sobre los cultivos, los contratos concluidos entre los mayores y los dueños, sobre las relaciones que existían entre los comerciantes y los hacendados, sobre los distintos problemas que presentaba la esclavitud y otros asuntos de interés para el historiador. La documentación (que data de la segunda mitad del siglo XVIII) llenaba, si no me falla la memoria, tres piezas enteras, pero por desgracia no se tenía a disposición ningún índice ni nada que permitiera examinar su contenido. Ahora está ordenada por lo menos cronológicamente. Claro está, en la provincia de Oriente no hay otro lugar en que los archivos de juzgados sean tan ricos, pero a pesar de ello los pequeños centros no pierden su importancia. Por ejemplo, en Baracoa donde no se puede vanagloriar el Archivo de Administración Regional de muchos documentos del siglo pasado, los archivos de los juzgados cobran una importancia especial. Por esta razón urge la salvación más rápida posible de los documentos allí almacenados.

Todas las ciudades cubanas son sede del juzgado de 1.ª instancia, el juzgado municipal, el de instrucción y el correccional, correspondiendo los dos primeros a los asuntos y pleitos civiles y los demás a las causas criminales. Los juzgados municipales, instituidos en el año 1885, llevan los libros de nacimiento, matrimonio, defunción y ciudadanía. El pro-

blema más grave de los archivos de juzgado, lo mismo que de tantos organismos más, consiste en la falta de empleados que los ordenen y cuiden. Por consiguiente, sólo en los lugares en que uno de los empleados del juzgado era aficionado a los "papeles viejos", como en Manzanillo o Bayamo, se tienen a disposición índices de asuntos y causas.⁴⁷

Además de los archivos mencionados valdría la pena hablar de otros existentes (archivos de instituciones culturales, p. e. el de la Universidad de la Habana, aprovechado debidamente por Luis F. Le Roy,⁴⁸ los de comercio, p.e. el Archivo de la Cámara de Comercio en la Habana; los ministeriales, aunque buena parte de ellos se ha entregado al Archivo Nacional; los de las distintas empresas; etc.). Su importancia depende del papel que jugaba la respectiva autoridad y del estado en que se encuentran los documentos. Tengo a mano pocos informes acerca del último punto. Por tanto, me limitaré a resumir las experiencias personales de la provincia de Oriente en que he podido pasar varios archivos de empresas. Allí la mayor parte de los archivos de dicha índole no desaparecieron (aunque, claro, no faltaban imprudencias como documenta el caso del central Baltony en que el archivo se quemó en las calderas) y, en cambio, los archivos han mantenido con frecuencia su estado original de organización, lo cual contribuye a su estudio más ordenado y fácil. Varios archivos de las empresas se trasladaron al Archivo Histórico Regional de Santiago de Cuba y otros han de pasar allí cuando el Archivo disponga de un local adecuado. Hasta la actualidad no se ha desarrollado la investigación de los archivos de empresas en la provincia de Oriente, sin embargo los estudiantes de la Escuela de Historia piensan aprovecharlos para sus tesis de grado.

Al resumir las observaciones apuntadas en el presente trabajo, quisiera advertir que en Cuba se presenta, en la actualidad, una contradicción entre el esfuerzo por profundizar la investigación histórica y la escasez

⁴⁷ En Holguín y Santiago de Cuba se guardan los libros de la antigua Anotaduría de Hipotecas desde los años 80 del siglo XVIII, en Guantánamo desde el año de 1846, en Baracoa y Manzanillo la primer inscripción en el Registro de la Propiedad territorial proviene del año de 1880.

⁴⁸ Especialmente en su extensa Historia de la Universidad de la Habana, la cual publicó en forma sintetizada en la *Revista de la Biblioteca Nacional "José Martí"*, La Habana, año 56, no. 1 y 2, 1965, p. 81-109, y en los cuatro números siguientes.

de cuadros calificados, entre la tendencia a elevar el nivel de la enseñanza de historia y las posibilidades de asentarla en la base documental del país y, finalmente, entre el interés cada día más profundo por la investigación histórica y las condiciones que experimentan los archivos. Por lo que se refiere a la última observación, es evidente que muchos de los archivos sólo con dificultad se prestan a un aprovechamiento deseable, su estudio requiere mucho tiempo y encierra un riesgo más que habitual en cuanto a los resultados. El investigador que viene a Cuba e incluso el investigador cubano debe tener presentes los factores mencionados. Todavía existe una gran diferencia entre la capital y la mayoría de las ciudades provinciales. A veces el extranjero, cuyos primeros pasos se dirigen siempre a la Habana, cuenta con condiciones mejores que el cubano trabajando en una provincia. Si el investigador se ocupa de los problemas relativos a la época colonial, resulta casi utópico que pueda prescindir de la investigación en el Archivo Nacional. Diremos que en el Archivo Nacional hasta se encontrará con materiales imprescindibles para la historia local. ¿Cómo se puede estudiar detalladamente por ejemplo la historia de Santiago de Cuba sin prestar atención al fondo de Asuntos Políticos, la Audiencia de Santiago de Cuba, el Tribunal de Comercio, el Gobierno Superior Civil, Miscelánea (libros), Misceláneas (documentos) si todos se guardan en ese centro? Y no es sólo Santiago, ya que el Archivo Nacional posee muchas fuentes de importancia primordial para la historia de otras ciudades. Pero en Cuba el material no se intercambia entre los archivos (cosa comprensible debido al estado de las fuentes) como en Checoslovaquia. En ese país el único modo de conocer la fuente que se guarda en otro lugar es pedir la confección del microfilm. Por desgracia, las bibliotecas y los archivos provinciales (a excepción de los centros universitarios) no disponían nunca de aparatos para leer los microfilms. Esta situación aún perdura. Actualmente no se sienten mucho sus consecuencias, porque en las provincias no abundan investigadores que estudien problemas de mayor alcance. No obstante, el asunto requiere una rápida solución, ya que de otro modo las personas preparadas por las universidades y cuyo número va en constante aumento no podrían sobrepasar, sin grandes dificultades, el reducido marco de los problemas locales en la investigación histórica.

El presente artículo ha tenido por objetivo presentar un cuadro aproximado de las transformaciones y las dificultades que experimenta

la investigación histórica en Cuba. Al terminar las observaciones considero apropiado advertir que las ideas expresadas en estas líneas no constituyen sino una visión limitada de un período transitorio. Estoy convencido de que su efímera validez se acabará con los logros de la ciencia histórica en Cuba y la creación de las condiciones para su desarrollo que es de esperar dentro de poco. Cuando estos supuestos se realicen, mis apuntes dejarán de ser comentarios de una realidad viva.



Historia de la gente sin historia

*El negro en la economía habanera del siglo XIX:
Las comadronas o parteras*

Pedro Deschamps Chapeaux

La profesión de partera, en la etapa de 1820-1845, la ejercían en la Habana, en proporción mayoritaria, mujeres de la raza de color, principalmente, las denominadas "pardas", de condición libres. Este hecho, debido a la división social del trabajo, impuesta por el régimen esclavista imperante en la Isla, motivó el comentario del periódico *Diario de la Habana*, que en su edición del 6 de febrero de 1828, en un artículo titulado *Bien Público*, expresaba:

Era a la verdad muy doloroso el saber que en todas partes del globo civilizado el arte de partear estaba considerado entre las profesiones honrosas, y que solamente en la isla de Cuba por una inveterada costumbre, originada tal vez de la escasez de personas blancas en las poblaciones nacientes, estuviese degradada y abandonada del todo a las mujeres de color más miserables y desvalidas de la ciudad.

Días antes, el periódico había participado a sus lectores la instalación de la Academia de Parteras en el Hospital de Mujeres de San Francisco de Paula y exhortaba a ingresar en la misma, que si bien no establecía limitaciones por razón del color, mantenía la política separatista de las escuelas de instrucción primaria y fijaba diferentes días para las alumnas blancas y de color.

En el Reglamento de la institución, que tenía por patrona a Santa Lutgarda, se exigía para el ingreso:

Art. 2. Toda la que pretenda ser alumna de la referida escuela debe probar que es mayor de 30 años, y de buenas costumbres, trayendo al efecto una certificación de su cura párroco o juez pedáneo.

Y en cuanto a la duración del curso y la asistencia a las aulas:

Art. 4. La enseñanza será teórica y práctica; 2 años en cursos de a seis meses cada año. Los días de lección para las blancas serán los miércoles y para las de color los sábados de todas las semanas.

Cartilla para parteras

El aumento de la población habanera y el crecido número de mujeres dedicadas al arte de partear sin los conocimientos adecuados para su tarea, favorecieron la redacción de un manual titulado *Examen y cartilla de parteras teórica-práctica*, obra del Dr. Domingo Rosaín, editada en 1824, en cuyo prólogo se insistía en la necesidad de incorporar a la profesión de partera a las mujeres de la raza blanca. Preguntaba el autor:

...¿Por qué razón las mujeres blancas de esta ciudad no se dedican a ejercer este Arte? ¿Acaso creerán que esta profesión las degrade? ¡Ah! Si consideramos que no hay ramo de la facultad en que tan inmediatamente se interese la salud y la vida de las de su propio sexo, se apresurarían a socorrer a la humanidad afligida con sus conocimientos.

Puntos a seguir

Según la cartilla, las parteras, para el mejor desempeño de su profesión, debían observar tres puntos, los cuales estaban relacionados con la moral de la sociedad esclavista y la religión.

Primero: Cómo deben portarse en los partos clandestinos, o con las mujeres que reciben en sus casas para parir en secreto.

Segundo: El cuidado que han de tener en hacerles recibir los Santos Sacramentos en caso de peligro.

Tercero. La grande atención en hacer administrar el bautismo a los niños que nacen con poca esperanza de vida, circunstancias sin las cuales no cumplirán con su obligación y quedarán estrecha cuenta a Dios.

Secreto profesional

Además de la exigencia de ser buena cristiana, aseada, caritativa, cuidadosa, agradable; la partera, a cuya discreción se confiaba la honra de “las mujeres que reciben en sus casas para parir en secreto”; habría de ser reservada con respecto a sus pacientes.

...observando el mayor sigilo en los casos necesarios, procurando olvidar hasta sus nombres; pues suele muchas veces por falta de esta precaución descubrirse alguna que goza de buena reputación; de lo que también será responsable...

Examen y habilitación

Una vez organizada la Academia, con el propósito de limitar o impedir el ejercicio de la profesión a mujeres no examinadas o autorizadas, el Real Protomedicato, procedió, mediante tribunal examinador, a calificar a las que ejercían con anterioridad al mes de Junio de 1828, con el resultado siguiente:

Parteras examinadas y aprobadas: Dña. Juana Guerin y Petrona Saavedra.

Parteras matriculadas y habilitadas provisionalmente por el término de un año: Dña. Ubalda Chávez, Dña. Benita Buret, María de la Luz Aparicio, María del Carmen Alfonso, María Fermina de la Merced Tudor, María Manuela Alfonso, María de Jesús Lugo, María del Rosario Navarrete, María del Rosario de la Cerda, María de Regla Inufio Valdés, Mariana Sánchez, María Concepción Enrique, María de Jesús Aldana, María Tomasa Pérez y María Inés Alarcón.¹

La mayoría —14 de 17— pertenecía a la llamada clase de color. Esta proporción se mantuvo durante largos años, dando nacimiento a una profesión que fue tradicionalmente desempeñada por mujeres de la raza de color, tanto en la etapa colonial como en la republicana.

Algunos meses después, en Octubre de 1828, María Fermina de la Merced Tudor, habilitada para ejercer provisionalmente, acreditaba públicamente, por medio de la prensa, el examen realizado ante el

¹ *Diario de la Habana*. La Habana, junio de 1828.

Real Tribunal de Protomedicato, reconociendo al mismo tiempo, la antigüedad y pericia de Petrona Saavedra, su maestra en el arte de partear.

María de la Merced Tudor, partera examinada por el Real Protomedicato, y discípula de Petrona Saavedra, antigua maestra revalidada por el mismo tribunal, se ofrece al público en la calle de Jesús María n. 29.

Diario de la Habana, Octubre 12 de 1828.

En 1834, la *Guía de Forasteros*, registraba los nombres de 5 parteras, de las cuales, pertenecían a la raza de color: Petrona Saavedra, María del Pilar Poveda, María del Carmen Alfonso y María Vicenta Carmona. En 1837, de un total de 9, correspondían a las de color 5: Rosalía Portuondo, María del Carmen Hernández, María Vicenta Carmona, Merced de la Luz Hernández y Petrona del Pozo. En el 1840 su número se elevaba a 8 de un total de 12. En 1841, anota González del Valle,² la Habana contaba con 12 parteras, pertenecientes 5 a la raza blanca; y en 1845, de 13, registradas en la *Guía de Forasteros*, correspondían a la raza de color 8, entre ellas: María de la Luz Hernández, con 11 años de ejercicio; Rosalía Portuondo con 8 años, María Vicenta Carmona con 7 años y otras con cinco, seis y siete años de labor profesional.

Publicidad

Entre los profesionales que utilizaban la prensa para anunciarse, se encontraban también las parteras. A través del anuncio, insertado con cierta periodicidad, llegaban a una clientela formada por todas las clases sociales de la población. En la etapa ya citada, aparecían frecuentemente en *Diario de la Habana*, anuncios como los siguientes, —con trece años de diferencia entre el primero y el último— demostrativos de la permanencia de esta clase profesional.

MARIA DEL CARMEN ALFONSO habiendo obtenido del Real Protomedicato, el título de maestra en el arte de partear, se ofrece a las personas que la necesiten: en la calle de la Obrapía casa n. 30 contigua a la del Sr. Dr. Tomás Romay.

Diario de la Habana, Agosto 11 de 1828.

² GONZÁLEZ DEL VALLE, FRANCISCO. *La Habana en 1841*. La Habana, 1952.

MARIA VICENTA CARMONA, partera examinada y aprobada por el Tribunal Real del Protomedicato, ha pasado su habitación a la calle de Jesús María n. 64 donde ofrece al público sus servicios sin reservas de horas.

(*Ibid.*, Diciembre 1 de 1833)

MERCED DE LA LUZ HERNANDEZ, partera recibida, ofrece sus servicios en el arte de obtectris al respetable público de la Habana, prometiendo acudir lo más pronto posible tan luego como sea avisada, a casa de las Señoras que dignen ocuparle, vive intramuros, calle de Jesús María n. 66, penúltima cuadra por la Muralla.

(*Ibid.*, Octubre 30 de 1839)

PETRONA SANTANA partera recibida por el Real Protomedicato de esta ciudad, anuncia al público en general, estar expedita para cualquier clase de operación de su arte: vive en la calle Cerrada de los Sitios de San José 1ra. cuadra n. 153.

(*Ibid.*, Julio 5 de 1841)

Los anuncios de las parteras de raza blanca, se distinguían por anteponer al nombre, el equivalente femenino del Don, lo que facilitaba la selección por parte de la posible paciente, de la partera de igual clase, si así lo prefería.

DA. DOLORES DOMINGUEZ partera de Sevilla, ha pasado de la Loma del Angel a la calle del Campanario de la Salud, de la calle de S. Miguel para el mar n. 21.

(*Ibid.*, Febrero 26 de 1839)

Estadísticas

Diario de la Habana, en su edición del 21 de Enero de 1827, dio a conocer el número de nacimientos, defunciones y matrimonios ocurridos en la Habana en los años de 1825 y 1826. Reveló el periódico:

En todo el año pasado de 1826, han nacido en esta ciudad y en las parroquias de Ntra. Sra. de Guadalupe y de Jesús María extramuros 3468 personas, han muerto 2946, y se han contraído 560 matrimonios. En el de 1825 nacieron 3329, murieron 2932 y se contraieron 450 matrimonios, deduciéndose de todo,

que en el año de 26 ha habido 139 nacidos, 110 matrimonios y 14 muertos más que en el de 1825.

Aceptando como válida la cifra relativa a los nacimientos ocurridos en 1826 y fijando el número de parteras en 17, o sea las registradas en 1828, podemos calcularles unos 204 partos al año y un posible ingreso per cápita de 800 pesos por ese concepto, anualmente, teniendo en cuenta la tarifa vigente en 1824, de 4 pesos por parto.

Honorarios

Las parteras o comadronas, estaban en la obligación de prestar sus servicios gratis, a los carentes de recursos, a los denominados "pobres de solemnidad". Para los que se sostenían "de su trabajo personal sin tener fincas ni otros auxilios para su mantenimiento, se les haría una rebaja en los justos derechos, según las circunstancias del caso. En 1844, estaba en vigor la siguiente escala:

Por un parto pronto y feliz, recibir la criatura, cortar el cordón y asearlo y vestirlo, de día y hasta las 10 de la noche, 4 pesos. Por idem hasta el amanecer 8 pesos. Por curar el ombligo una vez al día 4 reales. Por la permanencia de la partera en casa de la parturienta toda una mañana, además de lo que está asignado por el parto, 4 pesos. Por idem, toda una tarde, 4 pesos.³

Veinte años antes, en 1824, la Cartilla para parteras, daba a conocer que los honorarios se fijaban en 4 pesos, sin establecer diferencias entre los partos diurnos y los nocturnos.

Clase auxiliar

Cabe señalar aquí, que paralelamente a la clase de las parteras, se desarrollaba, aunque no profesionalmente, una clase que podemos llamar auxiliar, dedicada al cuidado de enfermos, formada también en gran parte por mujeres de la raza de color.

Los siguientes anuncios, publicados en *Diario de la Habana*, en distintas fechas, reconocen la existencia de un personal capacitado para tal menester.

³ *Diario de la Habana*. La Habana, 5 de marzo, 1844.

Se solicita una mujer de color y de razón que se acomode a servir inmediatamente a una señora enferma: en la sastrería que está en una de las accesorias de D. Luis Soto,

Diario de la Habana, Febrero 26 de 1820

Se solicita una enfermera para un ingenio, bien sea alquilada o comprada, si se presentase alguna se le harán proposiciones ventajosas para su libertad: en la calle de Cuba n. 41.

(*Ibid.*, Octubre 19 de 1828)

Se solicita una parda o morena de razón que tenga persona que abone su conducta, que sepa asistir enfermos y el manejo económico de una casa, a quien se le dará la cuota que se convenga, que no tenga familia: en esta imprenta impondrán.

(*Ibid.*, Enero 20 de 1831)

Una parda solicita acomodarse de enfermera, también para el cuidado doméstico de una casa o para lo que quieran aplicarla: calle de Acosta n. 96.

(*Ibid.*, Enero 9 de 1836)

Pleito por honorarios

Un caso ilustrativo de la existencia de esta clase, lo constituye la demanda presentada en Mayo de 1833, por María Antonia Albear, morena libre, natural y vecina de la Habana, contra D. Juan Granados, heredero de Dña. Inés Hernández, a la cual había asistido en calidad de enfermera desde el 7 de Abril de 1831 hasta el 29 de Noviembre de 1832. Al rechazar el pago de 102 pesos con que Granados pretendió liquidar sus servicios, la Albear expresó que su pericia en el cuidado de enfermos, la situaba en una escala superior a los otros sirvientes domésticos que carecían de sus conocimientos.

... en el servicio doméstico, la división del trabajo y la habilidad que requieren algunas labores van creando categorías: la nodriza, el calesero, la costurera...⁴

Demandó pues la Albear, el pago de 4 reales diarios para su manutención, además de los 10 pesos mensuales del sueldo, lo que hacía

⁴ LE RIVEREND, JULIO. *La Habana. Biografía de una provincia*. La Habana, 1960.

un total aproximado de unos 25 pesos al mes. Después de varias reclamaciones ante los Tribunales, María Antonia Albear obtuvo la cantidad de 406 pesos por sus servicios, o sea unos 21 pesos mensuales; muy superior a lo que habitualmente se pagaba a los trabajadores del servicio doméstico, cuyo sueldo promedio era de 12 a 14 pesos mensuales.

La aceptación de la demanda establecida por la Albear, reconocía de hecho, oficialmente, una diferencia entre sus servicios como cuidadora de enfermos, para lo que se requería cierta experiencia, y los prestados por un sirviente dedicado a labores puramente domésticas, como lavar, planchar, cocinar o limpiar.⁵

Economía

Aunque la profesión de partera no ofrecía grandes posibilidades económicas, dada la obligación de prestar sus servicios gratuitamente a los carentes de recursos, significaba un ascenso social en la escala de valores que normaba las relaciones de la sociedad esclavista; facilitando la obtención de modestos ingresos que permitían la compra de una pequeña casa de embarrado y tejas o la adquisición de algún esclavo, cuyo alquiler mejoraba la situación económica de su poseedora.

Las parteras, como las maestras de color, autorizadas para impartir la enseñanza de las primeras letras, carecían de significación económica; aunque algunas, muy contadas, dejaron constancia de su presencia en el progreso económico de la clase más humilde del sector profesional del período esclavista.

María del Rosario Navarrete

María del Rosario Navarrete, parda libre, casada con Facundo Sánchez, subteniente de bandera del batallón de Pardos Leales de la Habana, ejercía su profesión desde el 1828. De sus operaciones económicas, aparecen dos reclamaciones, por préstamos realizados en 1839 y 1843, ascendentes a la suma de \$819. La primera, establecida contra Agustín Ceballos, subteniente del batallón de Pardos y uno de los capataces de muelle, más rico de la Habana; al que había facilitado 378 pesos en dos partidas: la primera, con fecha 27 de Septiembre de

⁵ ARCHIVO NACIONAL. *Escribanía de Galletti*. Leg. 355, no. 20.

1839 por \$276 y la segunda por \$102, entregados el 21 de Diciembre del mismo año.⁶ Préstamos debido, seguramente, a las relaciones socio-económicas que existían en la clase militar, ya que su esposo y Ceballos, pertenecían al mismo batallón. La reclamación, presentada el 19 de Julio de 1840, ante el Tribunal de Guerra, pues Ceballos estaba amparado por el fuero militar, aún seguía pendiente de solución en 1841, a pesar de la solvencia económica de Ceballos, al que se le reconocía públicamente un capital superior a \$25,000.

La segunda reclamación, la presentó la Navarrete, contra la de igual condición, Rosalía Bernabé, demandando el pago de \$441 que le había facilitado el 10 de Mayo de 1842, con el compromiso de reintegrarle dicha cantidad el 10 de Enero de 1843. La demanda presentada al vencimiento del plazo fijado, fue liquidada, mediante el traspaso de una esclava nombrada Merced, de nación macuá, propiedad de la Bernabé, la que fue tasada en el valor de la deuda.⁷ En esta operación, la esclava, la "pieza de ébano", cumplió una función de "moneda viva". Así giraba dentro del régimen esclavista la propiedad humana.

María de Regla Inufio Valdés

Parda libre, viuda del moreno Francisco de Paula Zayas, que ejerció por más de catorce años; dejó, a su fallecimiento ocurrido el 9 de Enero de 1843, los siguientes bienes: una casa de tablas y tejas, situada en la calle de los Corrales n. 34 entre Factoría y Suárez, valorada en \$1,166; la mitad de la casa Antón Moco n. 7 entre la calle de la Bomba y la Calzada de Guadalupe, tasada en \$512; una parda esclava, habanera, nombrada María Josefa de Soto, coartada en 200 pesos y "los trastes de mi servicio que se encontraren al tiempo de mi fallecimiento".⁸ Sus bienes totalizaron la cantidad de \$1,878.

Petrona del Pozo

Como la anterior, parda libre, también viuda, vecina del barrio de San Lázaro, contó entre sus propiedades, una pequeña casa de tablas

⁶ ARCH. NACIONAL. *Escribanía de Guerra*. Leg. 146, no. 2458.

⁷ ARCH. NACIONAL. *Escribanía de Pontón*. Leg. 328, no. 1.

⁸ ARCH. NACIONAL. *Escribanía de Rodríguez Pérez*. Leg. 141, no. 2.

y tejas, situada en la Calzada de San Lázaro, calle Ancha del Norte, tasada en la suma de \$479, la que hubieron de rematarle en 1834.

Convocatoria.

Por auto proveído por el Sr. Alcalde ordinario de primera elección con consulta del Lcdo. D. Manuel Martínez Serrano, y por ante D. Gabriel Ramírez, a consecuencia de la causa criminal seguida contra Petrona del Pozo por faltas, se ha de verificar el día 29 del corriente, el cuarto pregón de una casa de tablas y teja, situada en la calzada de S. Lázaro, calle Ancha del Norte, tasada en 479 pesos medio real: el que quiera hacer posturas ocurra el día señalado.

Diario de la Habana, Enero 28 de 1834.

Además de ejercer su profesión de partera, Petrona del Pozo, se dedicaba al cuidado de enfermos, corriendo de su cuenta los gastos de médicos, medicinas, alimentación y en ocasiones de habitación, como se deduce de la reclamación que presentó en 1831, ante la administración de la Marina. Demandaba, debido al fallecimiento del marinero Manuel Ferra, perteneciente a la tripulación del bergantín *Negrito*, el pago de 112 pesos, que éste había reconocido deberle por "casa, botica y alimento en mi enfermedad", mediante documento firmado en 24 de Agosto de 1830.⁹

Una acción similar, establecida en 1843, contra los herederos de la morena libre María de C. Molina, reafirma esta dedicación de la Pozo. La reclamación estaba respaldada por la firma de la Molina, que reconocía deberle

...la suma de 600 pesos fuertes, procedentes de alimentos, efectivos que me ha entregado en diversas partidas, asistencia personal y asiduo trabajo y extremo con que me ha asistido en la dilatada enfermedad de que adolezco; cuya cantidad le pagaré tan luego como me restablezca de mis males y si por cierto falleciere los cobraría de mis bienes, pues en conciencia los debo...¹⁰

La Molina, fallecida el 3 de Febrero de 1843, en el barrio de la Nueva Cárcel extramuros, dejaba dos casas en Guanabacoa, calle del Palo Blanco, con un valor de \$1,292 y una casa en la calle de Jesús

⁹ ARCH. NACIONAL. *Escribanía de Marina*. Leg. 266, no. 2202:

¹⁰ ARCH. NACIONAL. *Escribanía de Galletti*. Leg. 360, no. 8.

María n. 83 entre Compostela y Picota, en la Habana, conocida como la ciudadela de Pedraja, tasada en \$5,973 y “entre otros muebles, una urna, de colocar imágenes de santo, no de muy poco valor por la plata que contenía”.¹¹ El valor de sus casas ascendía a \$7,265.

María del Pilar Poveda

Sin duda alguna, la figura más destacada entre las parteras en el período de 1820-1845, es la de María del Pilar Poveda, parda libre, habanera (1776-1866), que si bien económicamente no ofrece relieves de importancia, políticamente sí, y más aún, por lo que su encausamiento en 1844, representó para el ejercicio de partera, por las mujeres de color.

Ya en 1834, ejercía en la Habana, aunque sin el título correspondiente, pues no obstante haberse presentado a examen en 1831, ante el Real Protomedicato, éste no pudo expedirle el título, al abandonar Pilar Poveda la Habana, por causas ajenas a su voluntad. En 1841, contando con más de diez años de labor profesional, la Real Junta Superior Gubernativa de Medicina y Cirugía, atendiendo a su expediente, le otorgaba el título acreditativo, firmado por el Dr. Tomás Romay, integrante de dicho organismo.

En el título se pedía

... a todas las autoridades dejen y consientan usar su facultad sin ponerle ni consentir que se le ponga impedimento alguno, antes bien le guarden y hagan guardar y cumplir todas las exenciones, privilegios e inmunidades que a semejantes Comadronas suelen y deben ser guardadas con arreglo a las leyes...¹²

El proceso de La Escalera

La Poveda que ejercía su profesión en la Habana y Matanzas, al igual que otros profesionales, fue involucrada en la conspiración del 1844, por sus relaciones con el poeta Gabriel de la Concepción Valdés “Plácido”, casado con María Gila Morales, su hija. La Comisión Militar que la juzgó en Matanzas, dictó con fecha 10 de Julio de 1844, la siguiente sentencia:

¹¹ ARCH. NACIONAL. *Escribanía de Galletti*. Leg. 360, no. 7.

¹² ARCH. NACIONAL. *Instrucción Pública*. Leg. 1027, no. 67567.

A la parda Pilar Poveda un año al servicio del hospital de Paula en la Habana, con prohibición de volver a esta ciudad ni de ejercer su profesión de comadrona, bajo pena de encierro perpetuo, oficiándose lo conveniente a las autoridades a quien corresponde este particular, por cuanto está probado que en su casa se celebraban Juntas que presidía su hijo político el mulato Gabriel de la Concepción Valdés (a) Plácido el Poeta, y madre de José Magdaleno Morales, uno de los cómplices en la conjuración, relegado ya por los méritos de otro cuaderno; por cuyas circunstancias no podía Pilar Poveda ignorar el plan y sus ramificaciones, reputándola por tanto como abrigadora, cooperadora y en cierto modo fautora de este crimen y sus consecuencias, a que contribuye la opinión pública por su libertad en el modo de expresarse: el Consejo recela, con graves fundamentos, que esta mujer podría abusar de su oficio en daño de las madres y de los niños de la clase blanca en auxilio de cuyo nacimiento se le llamase, no haciendo mención de su marido, que como tal es el jefe de la familia, porque es notorio que ella se había abrogado, por sus relaciones, el gobierno de la casa, permaneciendo aquel con una autoridad muy pasiva.¹³

El procesamiento y condena de Pilar Poveda significó una amenaza potencial para las parteras de color, contra cuyo ejercicio se esgrimió el mismo argumento que se utilizó contra los dentistas de igual condición racial, a los que se trató de impedir su labor profesional, en clientes de la raza blanca.

Cumplida la condena, pero impedida de reanudar sus labores profesionales, por la sentencia dictada por la Comisión Militar, Pilar Poveda, solicitó en Septiembre 27 de 1845, por escrito dirigido al Capitán General, la correspondiente autorización para reiniciar sus actividades como partera titular.

... en esta ciudad (la Habana) con una larga familia, compuesta de su marido anciano y achacoso, y de tres hijos de estado honesto que siempre subsistieron de su trabajo como tal comadrona...

Agregando, que contaba con mucho crédito en Matanzas, donde

... era llamada a auxiliar en sus partos, a las primeras señoras del pueblo, sin que diese jamás motivo para que se criticaran sus operaciones en ningún concepto: muy lejos de eso estaban muy contentas con su manejo las familias que servía, que no

¹³ ARCH. NACIONAL. *Colección de Fallos de la Comisión Militar.*

se limitaban a pagarle los derechos que por arancel se hallan designados, sino que usaban con ella de generosidad; y de ese estado brillante, ha venido a parar en el extremo contrario, que habría acabado con su existencia, y la de su familia si no fuese por la caridad cristiana que desde que fue encausada la socorriera . . .¹⁴

La solicitud, tuvo sin duda, una respuesta favorable, pues en 1847, la *Guía de Forasteros* la registra ejerciendo en la Habana, permaneciendo en activo hasta el 1859.

Economía

A su fallecimiento, ocurrido el 15 de Febrero de 1866, después de haber ejercido su profesión durante más de veinte años, dejaba como herencia un solar en la calle Gelabert esquina a Isabel II, en la ciudad de Matanzas, valorado en la cantidad de \$1,000.¹⁵

¹⁴ ARCH. NACIONAL. *Instrucción Pública*. Leg. 40, no. 2114.

¹⁵ ARCH. NACIONAL. *Escribanía de Portocarrero*. Leg. 79 no. 3.



La Casa de las pulgas *

José Cid

A mi maestro don Feliciano Sánchez Saura, que me enseñó a caminar por el mundo, y a cantar la vida a mi manera.

IN MEMORIAM

I

La niñez

Si hay una etapa de mi vida que merece calificarse de feliz; un momento de mi pasado al que puede regresar la memoria sin tristeza y sin miedo, se trata de mi infancia. Y, sin embargo, es muy raro encontrar en mi literatura alusiones directas a esos primeros pasos inolvidables. A veces pienso que mi silencio de tantos años en torno a la niñez, se debía a una especie de temor; como si la conciencia me avisara de que cualquier intento de despertar esos recuerdos, estaba condenado al fracaso.

Mi poemario inédito *Regreso a la poesía* es, en parte, un retorno al pasado; mi primer intento serio de reconstruir ciertos pasajes de mi historia. Pero en él son muy pocas las incursiones a esa zona remota de mi vida; a ese paraíso perdido donde todas las aventuras eran posibles y todos los prodigios realizables. Una de estas escasas remembranzas es mi poema "En la colina":

*Para soñar,
nada mejor que la colina.
De niño, yo guardaba en su cumbre redonda
los atributos mágicos*

* Conferencia pronunciada en la Biblioteca Nacional José Martí dentro del ciclo "Vida y obra de los poetas cubanos".

*para jugar mi juego favorito
de soñar,
de ser y de no ser:*

*Mi cofre del tesoro,
mi trono y mi corona,
mi espada deslumbrante,
mi copa de veneno,
mi laud
y mis alas de cóndor.*

*A la hora de la siesta, me escapaba del pueblo
donde yo no era más que un insecto asustado
o una piedra minúscula que todos
pisan deliberada o ciegamente.*

*Y me trepaba a la colina
y empezaba mi juego:*

*“Alza tu techo rojo, casita,
para verte por dentro.*

*Desnúdate, mi linda labradora,
para admirar tu cuerpo.*

*Préstame tus caballos desbocados,
domador de los vientos.*

*Colúmpiamme en tus hilos invisibles,
azul titiritero.*

*Vela del horizonte: seré tu timonel.
Gaviota indecisa: yo ordenaré tu vuelo”.*

*Terminada la tarde,
terminaba mi juego.*

*Y antes de que la noche pasara el borrador
por la enorme pizarra verde y ocre
donde el sol se pasaba las horas dibujando caminos
flores, aves, masías,
norias, trigales, huertos, algarrobos,
perros, carretas, mozas,
barcos, trenes, ovejas, pastores y burritos enanos;*

*antes de que una lluvia de luciérnagas
cayera sobre el pueblo, abandonaba
sin prisa la colina.*

*Y silbando despreocupadamente
para que nadie sorprendiera mi secreto,
volvía al llano, a las calles
donde yo no era más que un insecto asustado
o una piedra minúscula que todos
pisan deliberada o ciegamente.*

Aunque en otros poemas de mi libro abordo la misma temática, no ha sido la poesía, sin embargo, la que me ha facilitado el acceso a ese tiempo perdido. Mi novela *Tres días de marzo* es el segundo intento de apresar por la palabra la parte más reciente de un pasado obsesivo: su lado más dramático. Se refiere al decenio que media entre la terminación de nuestra guerra civil y mi exilio de España. Pero también esta incursión seguía dejando inédita la zona más preciosa y querida para mí de ese pasado: la niñez. Y no es hasta fecha muy cercana que me decido a intentar lo que me parecía, y aún sigue pareciéndome, la prueba más difícil para mi habilidad de escritor.

El fragmento siguiente corresponde a mi novela recién comenzada *La Casa de las Pulgas* en la que me propongo reflejar aquel mundo maravilloso y feliz que tuvo como espacio la geografía de España, y como tiempo, ese período de paz y bienestar que medió entre las dos guerras mundiales: el mundo de mi infancia.

DOCE AÑOS

Como siempre, Soledad me esperaba en la puerta de su casa, con la cara pegada al quicio, sonriéndome. Al verme salir me dijo espera, y ella también salió y vino hasta la verja del jardín.

—Voy a la escuela —le dije— ¿Y tú?

—Yo tengo que ayudar a mi hermana.

—Entonces... ¿nos vemos por la tarde?

—Como tú quieras.

Se va para la casa y yo me quedo un momento esperando. A mitad de camino se agacha para coger una flor de geranio. La falda del vestido es tan corta que se le encarama y deja al descubierto sus pantalones amarillos. Soledad tiene unas nalgas redonditas y duras que me hacen pensar en un gran melocotón envuelto en papel de china.

Ahora sí me voy para el colegio.

Sentado a mi pupitre, en el aula fresca y amplia que abría sus ventanas sobre el tramo de patio sombreado por una higuera, preparaba mi enciclopedia por la lección del día, y sin dejar de mirar alternativamente a mi maestro y a las invisibles páginas del libro, me ponía a soñar. Eran sueños de caminos interminables que reverberaban al sol o se tornaban de marfil bajo la luna; de vías férreas tendidas sobre los terraplenes, como gigantescas escaleras abandonadas; de ríos que ondulaban, perezosos, entre una doble hilera de encinas, algarrobos, cipreses, abedules...; de playas solitarias donde el mar se echaba a descansar entre suaves ronquidos... Caminos de montañas, de barrancos, de boscajes umbríos...

Esto era así todas las tardes. Pero hoy llegaba con retraso y no quise aguantar el palmetazo del maestro y las sonrisas crueles de Albarracín de Saura, de Cisneros...

Pegado al tronco de la enorme morera que sombreaba la acequia de la noria, vigilé el movimiento del patio de la escuela. Don Francisco salió de la Cuarta para su clase, y la voz de don Jerónimo, reconviniendo a un mocosito de la Primera, me ayudó a decidirme. Trepé al árbol y colgué la maleta de una rama bien alta, disimulada por la urdimbre de hojas y racimos. Luego bajé y hundí la cabeza en el cristal helado de la balsa, conteniendo un escalofrío ante el recuerdo de las ramas del fondo. Me restregué con fuerza los brazos, hasta sacarles el color natural, y quitándome las alpargatas sumergí con deleite los pies en el agua negra de tan honda. Me sentía otro distinto. La carretera, desierta, se extendía ante mí como una invitación del misterio. Pensé que era tan larga que si me decidía a recorrerla alguna vez, cumpliría cien años de edad sin encontrarle el fin. Yo sabía que el primer pueblo que atravesaba era La Palma, a unos nueve kilómetros, y que, más allá, quedaba el resto de España, de Europa, y quién sabe si también de Calcuta, con su río de aguas milagrosas, sus elefantes, y sus vacas sagradas. Sólo hacía dos años que les había leído a mi madre y mis tías, cuaderno por cuaderno, *El soldado desconocido*, y recordaba perfectamente las aventuras en la

India, los templos antiquísimos, la secta de los adoradores de Siva, con sus terribles estranguladores. Claro que yo no podía, en lo que restaba de jornada, llegar tan lejos. Algún día tendría que intentarlo, ya estaba decidido. Pero ahora, por lo menos, podía aprovechar estas horas para estirar las piernas. Y, de paso, descubrir algunas cosas interesantes. Después de La Palma tenía que haber, necesariamente, otros pueblos que yo no conocía, y que no podía continuar ignorando por más tiempo. En definitiva, todos los pueblos tienen granjas y casas de labor con viejos pastores que aman a los niños y les cuentan historias tremendas de aparecidos y de crímenes; y muchachas bonitas que cuidan las gallinas y los conejos y les regalan a los chicos onzas de chocolate y membrillos asados y pan con arropo y nísperos y almendras. Sonreí, pensando que una de esas muchachas podía enamorarse de mí. Después de todo, yo no era un muchacho feo, como Antuña; ni gordinflón, como Albarracín; ni raquíto, como Saura; ni cabezón, como Cisneros. Y a lo mejor me pasaba lo mismo que a ese niño de la novela verde, Pedrito, que iba a casa de una vecina muy joven y muy guapa, que tenía unos pechos enormes y unas caderas monumentales, y ella le decía que se acostara a dormir la siesta un ratico, porque afuera, en la calle, hacía mucho calor, y que después de que descansaran, y el aire refrescara un poco, irían a pasear por el pueblo, y comerían barquillos y chochos y castañas pilongas, y tomarían horchata, y hasta se meterían en el cine si él lo deseaba. Y luego, cuando ella creía que Pedrito estaba dormido, empezaba a acariciarlo, y lo besaba, y le quitaba poco a poco la ropa, y ella se desnudaba también.

Me miré el pantalón y sentí una vergüenza enorme de que alguien pasara y me viese en aquel estado. De pronto recordé que a la salida de Los Molinos había una casa grande llena de muchachas a las que yo veía pasear todas las tardes por el centro del pueblo. Eran muy guapas y mayores que yo. Pero, a lo mejor, alguna de ellas se sentía esta tarde como la vecina de Pedrito, y me llamaba para darme alguna golosina, y finalmente me llevaba a su cuarto. Como al llegar frente a la casa viera que no había nadie en el jardín, pensé esperar, escondido tras una tapia, a que saliera alguna de las chicas; también podía pasar alguna niña del colegio de doña Carmen, y si no era de las que se daban tanto pisto porque eran estudiantes de pago, podía invitarla a que me acompañara a dar un paseo. Pero era muy temprano; no pasaba ni aparecía nadie, y la hinchazón del pantalón era tan grande como cuando me daba

por llenarme los bolsillos con *palmitos* o zanahorias. Además, la posibilidad de aquel viaje por la carretera, sin prisa y sin rumbo, me seguía tentando más que nunca. Me alisé el pelo, me amarré bien las cintas de las alpargatas, y empecé a caminar con aire decidido, carretera adelante.

Tres años después de aquel viaje a la ventura, cuya culminación fue el regreso a mi casa a media noche, en la humillante compañía de una pareja de la guardia civil, escribí dos poemas. El primero una larga elegía a mi escuela, me valió como recompensa el cargo de bibliotecario, nombramiento al que debo mis primeros contactos, inolvidables, con algunas obras maestras de la literatura universal. Como estoy convencido de que aquellas lecturas, un tanto anárquicas, conformaron en cierta medida mi sensibilidad, citaré algunos títulos que todavía recuerdo: *Los Cuentos* de Grim, de Perrault y de Andersen, *Ivanhoe*, *Oliverio Twist*, *El Músico ciego*, *La Mano encantada*, *Los Viajes de Gulliver*, *Robinson Crusoe*, *Colomba*, *El Lazarillo de Tormes*, *El Último mohicano*, *Quo Vadis*, *Las Cuitas del joven Werther*, *Los Novios*, *La Odisea*... y, naturalmente, *Don Quijote*. Entre los muchos autores que me apasionaron por aquella época, hay dos, sobre todo, que han ejercido una influencia determinante en mi formación de escritor: Chejov y Allan Poe. A este último solía disfrutarlo por la noche, en un cuarto trastero aislado de la casa, a la luz de una vela. No hay mejor forma de leerlo.

El otro poema a que me referí, tenía dos características curiosas: estaba escrito en verso libre (forma que no volvería a utilizar hasta treinta años después) y dedicado a una niña cubana de doce años con la que acababa de iniciar, por mediación de un semanario infantil, unas relaciones amistosas e inocentes que dos años más tarde habrían de verse interrumpidas por causa de la guerra. Si alguna satisfacción grande debo a la poesía —y no me refiero ya a la poesía escrita, sino a esa fuerza misteriosa e indestructible que es la esencia misma de la vida—, es la de haber hecho posible el milagro de que la inspiradora de ese poema, mi pequeña corresponsal y amiga cubana, sea ahora mi esposa.

I I

“Mi vista se tiende ahora hacia el confuso perfil urbano que aparece a lo lejos, como emergiendo de un río de aguas ocras, y que, de pronto,

no sé por qué curiosa alquimia de la imaginación, se me muestra distinto al de siempre, casi bello, como si una mano piadosa hubiera cubierto con un velo las cicatrices que la guerra dejó en su vieja piel.

Ya en la ciudad, modero la marcha y trato de liberar mi ánimo de esta ansiedad indefinible que lo domina siempre que la noche me sorprende en medio de estas calles, estremecidas tantas veces por el sordo estruendo de los bombardeos. Ya dejé atrás La Serreta, anchurosa y tranquila, en una de cuyas casas vine al mundo hace unos veinte años. Ahora estoy en las puertas de Murcia y tengo a mi derecha el edificio de la Capitanía General, al que, de niño, vine tantas veces acompañando a mi padre.

Mientras la recorro sin prisa, mis ojos van captando con avidez detalles de una época en que mi patria disfrutaba de paz después de muchos siglos de inexplicable y necio belicismo; en que sus hijos empezaban a convalecer de un hambre milenaria; a liberarse de una vejaminosa tradición de monarcas absolutistas o pseudo liberales, por gobernarse a sí mismos; a emerger, en fin, de los rezagos del oscurantismo a la luz de un progreso rápido y general. Ese pasado tan próximo en el tiempo que pudiera tocarse con las manos, y, no obstante, tan remoto para nuestra angustia presente, que la razón se pregunta, desconcertada, si es cierto que existió alguna vez. La nostalgia me grita que sí, que no fue un espejismo. Y pienso con dolor y rabia en la mañana en que un siniestro pajarraco cargado de muerte se cernió sobre la ciudad confiada y ajena a la traición; sobre tanta felicidad.

Fue el fin del paraíso y el tránsito al infierno”.

Ni siquiera en mi novela autobiográfica *Tres días de marzo*, a la que pertenece este fragmento, me refiero con extensión a ese período de tres años incorporado ya a nuestra historia como una de sus páginas más luminosas y sombrías a la vez. Luminosa, por lo que tuvo de heroísmo; y sombría, por lo que representó como frustración. Tampoco es éste el momento de recordar esa página. No hay herida, por rebelde que sea, que resista la terapéutica del tiempo. Y treinta y un años han bastado para que las heridas, del cuerpo y del espíritu, dejaran de dolerme. Sería un error, sin duda, remover esas cicatrices; agitar el agua turbia de unos recuerdos donde el amor y el odio, la justicia y la infamia, la esperanza y el desencanto, el heroísmo y la cobardía, se confunden en la memoria; volver a transitar por los viejos caminos donde las dos mitades del Viz-

conde hicieron de las suyas. Como diría nuestro viejo y sabio hidalgo manchego: "Mejor no meneallo".

I I I

La postguerra

"Pero hay algo en mi conciencia que me avisa continuamente de nuevos peligros, de interminables horas de sufrimiento que el reloj no ha marcado todavía y que adivino incubándose como larvas en la oscuridad de la noche fascista que acaba de descender sobre mi patria. Y ahora, mi querida y lejana amiga, disponte a acompañarme en el largo viaje de que te hablé; a penetrar conmigo en la etapa que acaba de empezar para la España traicionada y vencida cuyos mejores hijos, de no sobrevenir algún milagro, *habrán de alimentarse hasta la cuarta generación con la corteza de los árboles.*"

Es el fragmento de una carta que no llegué a escribir. Y una visión profética del futuro inmediato que me esperaba. A partir de ese instante, los acontecimientos se precipitan sobre mí con tal violencia, que sólo gracias a mi juventud y a mi fe, evito que me aplasten. Es cierto que dependió de mí cambiar el curso de las cosas, al menos en lo que se refería a mi propio destino. Pero el precio de este privilegio me pareció tan alto que no quise pagarlo. La respuesta a esta negativa no se hizo esperar. Primero fue el registro y la quema de libros. Luego, el despertar a media noche, con la brocha y el cubo de cal, para limpiar los muros de consignas republicanas. A continuación, la cárcel, el destierro, el campo de concentración. De todas estas experiencias, la más dura fue la prisión. Comencé a sufrirla a los veinte años, y a ella debo, en mayor grado que a la guerra, la percepción de un mundo de violencia y miserias que, aunque tan viejo como la historia misma del hombre, yo había ignorado siempre, o, a lo sumo, entrevisto de una manera vaga e impersonal, como una simple referencia literaria ajena por completo a mi propio mundo. Fue una revelación brutal que sacudió mi espíritu hasta la raíz y arrasó definitivamente con los últimos vestigios de felicidad salvados de la guerra. Si hay en el fondo de mi literatura un poso amargo, una sombra de escepticismo, una mueca de humor negro, se deben a ese choque.

—Entonces... ¿niegas que durante todo ese tiempo tuviste una pistola?

—Lo niego.

Era la escena clásica, sin otra variante que el cuarto personaje. La recuerdo muy bien, a pesar de los años.

Al fondo, ellos tres: Villena y los dos agentes. El primero, sentado frente a mí, con los brazos desnudos apoyados sobre la reluciente superficie de la mesa, sin otros objetos que el cenicero de cristal lleno de colillas, mi expediente abierto por el acta de la declaración, y la pistola al alcance de su mano.

Los agentes, de pie, a ambos lados del jefe; rígidos, atentos, vigiándome. A la derecha, el falangista; a la izquierda, el requeté. Uniformados. Con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, armados con las temibles porras. Las piernas abiertas. El rostro impassible. Dos estatuas.

Recuerdo bien ese momento.

Era la escena clásica.

Navarro me había hablado de ella con terror, lo mismo que Prado, Soler, Villamil, y tantos otros. Pero en ese momento decisivo me acordé solamente de Navarro. Su testimonio era el más válido. El más fuerte. No en vano se apoyaba en sus costillas rotas, en su recia voz de marinero reducida a un sonido apagado y sibilante, y en el final que todos conocíamos: la despedida a media noche.

Para ti, el cinturón: sé que te gusta. La petaca, para Garcés, pero no lo despierten ahora. Tú, muchacho, quédate con la comida; no hay mucho, pero te vendrá bien: estás muy flaco. Mi manta, para ti, que eres el más friolento... (Y así, cosa a cosa, hasta el más miserable de sus objetos personales. Había querido darle sus botas, nuevecitas, a Durán, que llevaba dos años en alpargatas y tenía los pies reventados de sabañones. Pero el cabo de escolta se había opuesto),

los paseos en círculo en el siniestro "segundo patio", durante todo el día siguiente; y, por último, también a media noche, la arrancada del camión, cargado hasta los topes, rumbo a la madrugada fría y sin regreso del Arsenal. Nuestra nave se enteró de esta "saca" por el grito salvaje de Vivanco, que despertó a todo el mundo y nos hizo mantenernos un largo rato incorporados sobre los petates, esperando algo más:

"¡Viva la República!"

Las dos estatuas se animaron. Su estatura, disminuida por la penumbra del fondo, cobró, de repente, proporciones desmesuradas. Luego razoné que no había sido la penumbra, sino el miedo, el autor de aquel súbito agigantamiento de los dos sicarios. Mi propio miedo.

Se detuvieron a dos pasos de mí, flanqueándome. Observé que sus brazos armados pendían aún, flácidos, descansando sobre sus piernas.

—¿Quieres decir que no vas a firmar?

Es la voz del Jefe.

“No puedo firmar una mentira”, contestó mi cerebro maquinalmente, a través de la bruma que empezaba a invadirlo. Pero mis labios continuaban cerrados, apretados convulsivamente para que ellos no descubrieran su temblor.

Fue entonces cuando recordé las palabras de Navarro, aconsejándome, en seguida que supo que el camión de Villena iba a venir a recogerlos para llevarnos al Castillo de Mestre.

—Hazme caso, muchacho. Firma lo que ellos quieran.

Lo miré con asombro.

—¿Y si me acusan de algo falso; de algo grave que yo no hice?

Me puso trabajosamente una mano sobre el hombro, haciendo una mueca de dolor.

—Firma lo que sea: que usabas armas, que fuiste del Partido... que mataste a tu padre. ¡Firma! Ya luego verás por dónde sales.

Recuerdo sus palabras.

—Está bien —dije—. Firmaré.

Y me acerqué a la mesa.

La pistola se movió sobre el papel y señaló un lugar en blanco bajo un compacto bloque mecanografiado.

—¡Aquí!

Cogí la pluma y miré de soslayo a los mastines. Luego, al jefe.

—¿Puedo leerlo?

Las dos porras negras se alzaron a la altura de mi cabeza.

—Después. Primero, firme.

Media hora más tarde, la puerta de la Tercera Nave se cerraba protectoramente a mis espaldas. Todos ellos me estaban esperando. Los míos. Todavía recuerdo la expresión de sus rostros. Hay momentos así que la memoria defiende a sangre y fuego del olvido. Son como los oasis en el desierto: nos ayudan a seguir avanzando, contra viento y marea.

Guardiola fue el primero en hablar, desde la cama. Lo habían traído del Castillo el día anterior, descoyuntado, pero aún no lo habíamos oído quejarse una sola vez. Era un tipo estupendo, estalinista furibundo.

Los otros me rodearon en seguida.

—¿Firmaste?

—Sí, claro. Aunque estuve a punto de negarme. Pero me acordé del consejo.

—¿Algo gordo? —preguntó Guardiola.

—No sé... Sólo me dio tiempo a echar una ojeada. Eran bastantes cargos.

—¿Por ejemplo?

—Filiación al Partido. Propaganda. Uso de armas. Ingreso en las milicias... ¡Ah!, y los dos famosos artículos en "Cartagena Nueva".

—Escapaste muy bien —dijo Prado.

Desde la cama, llegó la sentencia de Guardiola:

—Auxilio a la rebelión. Doce años y un día.

—¿Tú crees? —preguntó Soler.

—¡Felicidades! —dijo Villamil.

Todos me dieron la mano.

—Esto hay que celebrarlo —fue la propuesta del Comandante. La guitarra, "Gafitas".

Tomás descolgó el instrumento.

—¿Qué va a ser? —preguntó.

—Un tango, desde luego —propuso el Comandante—. ¿Te acuerdas de "Yira"?

—¡Vete a hacer puñetas! —gritó Soler. Esto pide algo fuerte.

—Creí que te gustaban los tangos —se excusó el otro.

—Claro que me gustan; pero me hacen soñar con mi mujer. Y no me conviene. Siempre acabo corriéndome.

Guardiola cortó la discusión:

—Yo estoy con Soler. Quiero algo más violento.

Tomás templaba la guitarra. Preguntó:

—¿Se deciden, o qué?

Villamil se acercó a él y le pasó un brazo por los hombros, con ademán conspirativo.

—¿Te atreverías con La Marsellesa?

Lo dijo en un susurro, pero todos le oímos. Soler se le encaró, hecho un basilisco:

—¡A la mierda con tus franceses! gritó. Todavía no se han cansado de jodernos.

—No me negarás que es un gran himno.

Guardiola asintió desde la cama:

—Cierto; pero yo conozco otro mejor —hizo una pausa y todos lo miramos con expectación un tanto burlona. Quiero oír “A las barricadas”. Es mucho más solemne.

Tomás dejó de rasguear las cuerdas.

—¡Estás loco! ¡Si nos oyen nos pelan!

El abucheo fue general. El único que no lo insultó fue Guardiola.

—“El Gafitas” tiene razón, camaradas —dijo. Si nos oyen, nos fríen.

—Pero entonces, ¿qué coño cantamos? —se impacientó Villamil.

Guardiola se acomodó con cuidado en el petate, ayudado por el Comandante. Luego nos hizo señas de que nos acercáramos a él. Sonrió.

—“A las barricadas” —dijo. Pero bien bajito, para que no se entere ni Dios.

Guardiola acaba de regresar del juicio. Pena de muerte. Tiene la cara cenicienta, y el pelo, lacio, se le pega a la frente sudorosa.

Nos acercamos a él y tratamos de animarlo como buenamente podemos.

Esa tarde no come. Yo me encargo de su ración.

Por la noche, ya más tranquilo, nos cuenta cómo fue la cosa. Oyéndole hablar de los cargos acumulados contra él, me asalta una sospecha terrible. Sin embargo, no digo nada por el momento. Espero a que Guardiola se acueste y me acerco al rincón donde duermen Villamil y Soler.

Los dos están despiertos, fumando. Me siento en el suelo, entre los dos petates.

—Oye, Soler...

—Dime, muchacho. ¿No tienes sueño?

—No puedo dormir. Estaba pensando...

—¿Qué cosa?

—En lo de ése... —y señalé hacia Guardiola. ¿Tú crees que lo maten también, como a Navarro?

—¿Y si a mí me imputaron algo por el estilo? —insistí. Después de todo, yo no vi bien la acusación.

—No creo que tengas más de lo que viste —me tranquiliza Villamil, pasándome la colilla encendida. Pero es tan chiquita que me quemo los dedos y tengo que tirarla. Lo de "Estalin" es cosa aparte.

—¿Por qué? ¿Quieres decir que él... que Guardiola... mató a alguien?

—No hace falta. Bastó con que montara aquella guardia en la patana.

—¿Qué patana?

—Siempre estás en las nubes. La poesía te tiene medio lelo. ¿Cuál tiene que ser? La que hundieron en la bocana del puerto.

—¿Y eso es algo tan grave?

—Parece que sí. La patana estaba cargada hasta los topes.

—¿Qué clase de carga?

Villamil y Soler intercambiaron gestos de extrañeza. Luego, el primero se encogió de hombros y se volvió a mirarme. Dijo:

—Peces gordos. Varias toneladas de peces gordos. Tú tienes que acordarte del asunto, porque estabas aquí. Fue por el treinta y seis. La gente se negó a comer pescado durante mucho tiempo.

—Sigo sin entender.

—Este chico es estúpido —comentó Soler.

Villamil sonrió con indulgencia y terminó su explicación sobre la patana:

—Verás... La gente se abstuvo de comer pescado por temor a tragarse unas estrellas de oficial del ejército, los entorchados de un marino, o las credenciales de un político. ¿Comprendiste por fin?

Ahora sí había comprendido.

Señalé a Guardiola con un gesto

—¿Y él, qué hizo?

—Nada. Custodiar la carga. Le tocó guardia a bordo esa noche. ¡El pobre!

Ese día no pude dormir. Ni el siguiente. Esta vez por “la saca”. Lo que nadie sabía era que Guardiola, al que ni siquiera se habían molestado en llevar al “segundo patio”, formaba parte de ella.

Nos enteramos cuando los camiones arrancaron. Su grito fue el más fuerte de todos:

“¡Viva Rusia!”

A la experiencia de la cárcel siguió la del destierro. Fue una etapa muy dura, aunque atemperada por el disfrute de cierta libertad. Se caracterizó, sobre todo, por el hambre —que sirve de tema a uno de mis primeros cuentos escritos en Cuba: “El robo”— y por un sentimiento casi constante de inseguridad y de miedo. En su fase inicial conocí la angustia de los largos días sin empleo, y mitigué mi hambre con el pan de la caridad. Para acallar la voz de mi conciencia, que no podía aceptar aquella situación, cargué sobre los hombros muchos huacales de naranjas y albaricoques, como vendedor ambulante en un mercado callejero. Fue una experiencia tan amarga como inútil. Pero Valencia es la tercera capital de España; posee una industria importantísima, y yo guardaba en mi bolsillo la constancia de mi graduación en una escuela de Comercio. Pese a mi filiación política y a mi condición de desterrado, a los pocos meses de mi salida de la cárcel empecé a trabajar en la firma sidero-metalúrgica más importante de la región. Y allí estuve ocho años.

En 1943, el Ejército me llamó a filas, olvidando mi servicio militar voluntario durante la guerra. Fui destinado a un Batallón Disciplinario,

eufemismo con que oficialmente se denominaba a los campos de concentración. A esta época se refiere el siguiente pasaje de *Tres días de marzo*:

La primera visión auténtica del hombre la tuvimos el domingo siguiente a su llegada, después de la Misa. Llevábamos tanto tiempo en posición de firmes sobre la tierra fangosa, que el frío de la nieve derretida nos helaba los pies y nos entumecía todo el cuerpo. Uno de los muchachos, aprovechando que el teniente Sobral, "el loco", se encontraba de espaldas a la tropa, empezó a dar saltitos para entrar en calor. Y en aquel preciso momento, para su desgracia, el oficial lo sorprendió. Se acercó a él.

—¿Qué te pasa? ¿Has olvidado dónde estás?

Su voz era tan suave, tan amable, que el infeliz se confió.

—Tengo los pies helados, mi teniente.

—Comprendo... ¿Hace frío, eh?

—Bastante, mi teniente.

—Está bien. Recuérdamelo cuando acabe la Misa. Y ahora, procura estarte quieto, ¿eh?

—¡A sus órdenes, mi teniente!

El "loco" regresó a su puesto y el muchacho lanzó un suspiro de alivio y se puso más tieso que un poste. Nosotros empezamos a temer que la Misa terminara.

—¡Rompan filas!

El Batallón perdió su inmovilidad de media hora y la gente comenzó a dispersarse por el patio, en busca de las tibias manchas de sol.

El recluta de los saltitos se nos acercó y dijo:

—Voy a verlo ahora mismo. Y luego, recorriendo los rostros con una mirada aprensiva. —¿Para qué me querrá?

Hermida abrió la boca para decir algo, pero ya el teniente Sobral se aproximaba a nuestro grupo, y no le dio tiempo. Nos pusimos en posición de firmes. El muchacho se adelantó hacia el oficial y se cuadró de un taconazo.

—¡A sus órdenes, mi teniente!

—Descansa. ¿Ya se te pasó el frío?

—La verdad, mi teniente, todavía...

—Sí, claro... Tenemos un día malo. Pero bien... Todo tiene remedio. Se llevó una mano a la boca y se estiró el labio inferior.

—¿Qué te parece si te pongo a correr un poquito, ¿eh? —Hizo una pausa, para que su interlocutor comprendiera lo que le estaba sugiriendo, y, de paso, nos miró a los demás con expresión malévola. —Creo que lo necesitas. Verás que pronto entras en calor —se volvió hacia un escolta— . . .enta vueltas a la pista a paso de antílope, ¿entendido?

—¡A sus órdenes, mi teniente!

“El loco” se marchó. El soldado, perplejo, nos miraba alternativamente al escolta y a nosotros, con un aire entre incrédulo e indignado.

—¿Ustedes oyeron? —Y al ver que nadie contestaba— ¡Pero esto es una... esto es una...!

Parecía a punto de echarse a llorar. El escolta lo agarró por un brazo.

—¡Ya oíste al teniente. ¡Andando!

Nos quedamos allí hasta que le vimos comenzar la última vuelta ordenada por el oficial. Pero la espera era demasiado larga para nuestra paciencia y hubo que sostenerla con un poco de actividad; una especie de simulacro para que nuestros nervios, peligrosamente tensos (había que ver la expresión concentrada y hosca de “Espartaco”), no fueran a estallar complicando la cosa más de lo que estaba.

Como los días nublados se habían venido sucediendo casi ininterrumpidamente durante todo el mes, y nadie se atrevía a lavar la ropa que llevaba puesta —la única disponible, en la mayoría de los casos—, por temor a que el sol paliducho del mediodía no llegara a secarla, nos pusimos a expurgar las costuras de los tabardos, cuajadas de liendres y piojos.

Prescindiendo de su valor profiláctico, la ocupación nos convenía en aquel momento como una válvula de escape. La búsqueda de liendres, sobre todo, exige gran concentración. Y el acto repulsivo, de chafar un piojo bien cebado adquiría en aquel instante preciso, para todos nosotros, un carácter simbólico particularmente concreto y reconfortante. Bastaba oír las imprecaciones aisladas; ver las sonrisas perversas y el brillo sádico de los ojos, y asociarlo al “¡crac!” repetido de cada nueva víctima, para comprender que en la consumación de aquella ceremonia rutinaria hasta entonces, nuestra conciencia veía algo más que la simple eliminación de un insecto molesto y repugnante. Era, sencillamente, la venganza.

El desquite brutal del ofendido contra su prepotente humillador. El piojo se había trasmutado, por voluntad del odio, en el cuerpo normal de un enemigo, y era el brote abundante de sangre humana —no la gota minúscula del parásito— el que otorgaba a la perversidad de aquellas imprecaciones, de aquellas sonrisas y aquellas miradas, el sentido secreto y reparador de un auténtico acto de justicia.

Todos observábamos a “Espartaco”.

Sin abandonar su faena, se le notaba, sin embargo, menos absorto en la captura y matanza de piojos que en el “paso de antílope” que continuaba resonando, cada vez con menos ímpetu, sobre la senda circular de la enorme pista enfangada.

De vez en cuando, Carlos se detenía y trazaba sobre la costra húmeda del suelo una señal profunda con la uña sanguinolenta del pulgar. Eran las vueltas del muchacho.

Cuando las marcas llegaron a treinta, “Espartaco” viró al derecho su tabardo, ya libre de insectos, y se lo puso. Luego se levantó. Los demás le imitamos.

El viejo miró furtivamente hacia la pista y después a nuestro compañero. Por último, con un estruendoso bostezo de hambre, rompió la marcha hacia el comedor. Era la hora del rancho.

“Espartaco” se había quedado atrás, y nos llamó cuando estábamos a punto de incorporarnos a la cola.

Volvimos a su lado.

—¿Qué pasa?, preguntó Hermida.

Carlos se volvió hacia el muchacho, que aún seguía corriendo.

—Miren eso —dijo.

El muchacho se acercaba a nosotros. Ya no corría. Tenía la cabeza doblada sobre el pecho, los brazos caídos y el cuerpo tan inclinado hacia delante que daba la impresión angustiosa de que en el próximo segundo se desplomaría sin remedio sobre el fango. Pero no era así. Los segundos se sucedían, y las piernas, dobladas, a punto de ceder bajo el peso del cuerpo, seguían moviéndose impulsadas por una fuerza misteriosa que lo mismo podía ser la voluntad que el terror. Cuando

pasó frente a nosotros se tambaleaba de tal modo que “Espartaco” tendió los brazos hacia él.

—¡Eh, tú! ¿Qué vas a hacer?

Era el escolta. Se había descolgado el “naranjero” del hombro y avanzaba hacia Carlos en actitud amenazadora. El manchego bajó los brazos y dejó pasar al muchacho. Se encaró con el arma.

—Ya dio las treinta vueltas —dijo— yo las conté. Mándalo parar.

—¿Y quién coño eres tú para decirme lo que tengo que hacer? ¡Vamos, lárgate, o te pongo a correr a su lado!

“Espartaco” dió un paso hacia el escolta.

— Te he dicho que he contado las vueltas, una a una. Ha dado treinta y dos, y el teniente...

—El teniente mandó cincuenta. No estoy sordo. ¡Conque lárgate! ¡Pronto!

La boca del “naranjero” descansaba ahora sobre el torso ciclópeo del forastero, pero éste no se movió. Fue preciso que Hermida lo cogiera de un brazo y le obligara a dar la vuelta.

—¡Estás loco! —masculló el viejo cuando calculó que el escolta ya no podía oírlo—. ¡Cualquiera diría que no conoces a esta gente!

Empezamos a caminar hacia el comedor. Pero cuando nos disponíamos a entrar en él —ya la cola se había disuelto—, “Espartaco” se desasíó con suavidad de la mano de Hermida y pasó de largo ante la puerta.

—¡Eh, Carlos! —le gritó el viejo al darse cuenta de la maniobra. Era el único que lo llamaba por su nombre —¿Dónde vas ahora? ¿No quieres comer?

—Luego —contestó el manchego sin volverse—. Voy a ver al teniente.

Nos quedamos mirándolo con las bocas abiertas.

—¡Vamos entra! ¡Ya está bueno de locuras!

Era el viejo, de nuevo. Nosotros sabíamos que “Espartaco” lo respetaba. Pero esta vez no le hizo caso.

—Voy a ver al teniente —repitió, sin detenerse—. No puedo permitir que revienten a ese infeliz.

Y se fue para la Jefatura.

Nosotros entramos en el comedor. Pero comimos de mala gana, a pesar del hambre que hacía un momento nos retorció el estómago. Y nadie abrió la boca para decir una palabra. No hacía falta ningún comentario.

Conocíamos muy bien al teniente.

Y a “Espartaco”.

IV

El exilio

Cumplido ya mi destierro, hacia fines de los años 40, la posibilidad del exilio empieza a perfilarse en mi ánimo frente a la grave situación por que atraviesa mi país, y, sobre todo, ante el peligro constante que representa mi filiación política. Naturalmente, Cuba fue, desde el primer momento, la meta secreta de aquel proyecto fascinante. Había muchas razones que abonaban esta preferencia. Desde muy niños, mi madre nos venía hablando de un hermano emigrante que había estado en la Isla, y nos había enseñado multitud de “habaneras” que todavía recuerdo y a las cuales se debe la enorme simpatía que siempre tuve hacia este país. Otra de las razones, por supuesto, fue el recuerdo de Helena, mi pequeña corresponsal y amiga, cuya pista habíase perdido entre los avatares de la guerra. Una serie de pesquisas afortunadas me condujo de nuevo hasta ella, y desde este momento, mi salida de España y mi residencia en Cuba quedaron decididas. Pero aún tuve que esperar casi tres años para que las autoridades españolas autorizaran el viaje. Mi partida, por Bilbao, tuvo lugar un día tormentoso de enero de 1950. El viejo “Magallanes” no recordaba un éxodo tan grande. Tras un viaje inolvidable cuya duración normal casi se duplicó, con escalas inesperadas en Curaçao, Puerto Rico, Haití, Santo Domingo y Venezuela, llegué a Cuba a mediodía de un espléndido domingo del mes de febrero, con la cabeza rebotante de planes y una peseta cubana por todo capital. En el muelle, esperándome, estaba Helena.

La historia de mis primeras andanzas en Cuba, a cuya ciudadanía no tardé en acogirme, es una sucesión de episodios amables en la que no faltaron, sin embargo, momentos muy amargos. Por lo pronto, la

bonanza del clima, la exuberante belleza del paisaje, el carácter risueño y efusivo de la gente, la aparente facilidad de la vida, el espectáculo circense de la campaña electoral en plena efervescencia (eran los tiempos de "Castellanos Alcalde" y de la furibunda escoba ortodoxa); mis primeros meses de hospedaje entre estudiantes jaraneros, muchachas sin sombra de prejuicios y viajantes de comercio más atentos al lance amoroso que a la venta de sus productos; el bullicio fenomenal y constante de las calles, la abundancia de bienes de consumo; todo aquel escenario deslumbrante y bullanguero que caracterizó la vida capitalina en los inicios de los años cincuenta, y tras cuyas bambalinas se ocultaba el espectro de la bancarrota económica nacional puesta al desnudo por el triunfo revolucionario, me aturdió enormemente y mantuvo mi ánimo, durante mucho tiempo, en un estado de sorpresa constante.

Mi primer trabajo fue en una compañía de seguros. Estaba muy mal retribuido y duró poco tiempo. Siguió una temporada de paro forzoso que aproveché para enrolarme en un barco mercante noruego, el "ASKILD", como camarero de oficiales. Este viaje repentino me deparó la oportunidad de conocer Nueva York y de visitar nuevamente los países de las Antillas. Al mes de enrolado, y aprovechando una escala en la Habana, a la que debería seguir una larga navegación por los mares de Europa, deserté del barco y me casé con Helena. Por esa fecha ya estaba trabajando en una compañía de financiamientos que resultó ser un fraude colosal y fue disuelta pocos meses después. Cuando nació mi primer hijo, Armando, en enero del 52, era día de Reyes y yo acababa de quedar sin empleo. Siguiéron unas semanas angustiosas, hasta que un anuncio en la prensa me dio la oportunidad de elegir entre varias ofertas de trabajo. Me decidí por una firma de Contadores Públicos, y en ella permanecí durante siete años. Fue éste, para mí, el tiempo de las vacas gordas. En 1957, preocupado por la tensa situación política creada por la dictadura, salí para Méjico con mi familia, pensando establecerme en aquel país. Pero la enfermedad de Armandito nos asustó y nos hizo regresar. Trabajé, entonces, como vendedor de ferretería gruesa a comisión, lo que me obligó a viajar por Matanzas y Las Villas. En esta provincia me di cuenta de la realidad de los rumores que llenaban la capital. Los rebeldes avanzaban sobre Santa Clara. Pocos días después, Batista huía del país, y Fidel entraba en La Habana.

El triunfo de la Revolución constituyó para mí una vivencia inolvidable. Era, en cierta forma, el triunfo de la causa cuya defensa me llevara a la cárcel hacía exactamente veinte años; la victoria del pueblo contra un tirano, y el advenimiento de la soñada libertad.

No quiero cerrar esta breve y apresurada panorámica de mi vida sin hacer referencia a los hechos que reanimaron mi vieja vocación y me condujeron, tras un silencio de más de quince años, al ejercicio activo de la literatura. En 1964 hice mi primera visita a la UNEAC y conocí a Onelio Jorge Cardoso. Su actitud amistosa y cordial me animó a nuevas visitas que propiciaron mi amistad con Félix Contreras, Helio Orovio, Rafael Escobar, Sigifredo Álvarez, Crescencio Mesa y otros jóvenes de la Brigada Hermanos Saíz y mi incorporación a la misma. Poco tiempo después, a raíz de un recital de Nicanor Parra, siento, de pronto, la necesidad de volver a expresarme en un lenguaje que desde mi salida de España no había utilizado: la poesía. Aquella misma noche, de regreso a mi casa, escribo *El lobo*. Y en días sucesivos, *Pequeña biografía*, *Tiempo inmóvil*, *En la colina*. De todos los poemas correspondientes a esta segunda etapa, creo que el que marca más ostensiblemente la diferencia que separa a mi poesía actual de la de ayer, es el titulado

POEMA AL ANGEL DE LA GUARDA

*Hace ya muchos años
mi madre te colgó sobre mi cuna
y desde entonces no abrigó
la menor inquietud sobre mi suerte.*

*Crecí bajo tu sombra protectora.
Fui tu amigo.
Pagué
con largas oraciones tu silente vigilia.
No permití que el polvo te cubriera,
que las moscas, irreverentes,
se cagaran en ti.*

*Cuando niño, colgabas de mi cuello
un cencerro mudo,
y más tarde habitaste mis bolsillos
entre muchos poemas y muy pocos billetes.*

*Confieso que tus ojos inocentes,
tus dos alas inmensas
y tu dulce sonrisa, me engañaron.*

*Yo creía en tu fuerza,
en el tremendo poder de tu familia.
Sin embargo,
desde hace mucho tiempo, no han dejado
de ofenderme, mentirme, golpearme
en tus propias narices,
y aún estoy esperando por tu famosa ayuda.*

*Francamente, con todo
el respeto que siempre me inspiraste,
con toda
la gratitud que debo a los desvelos
de mi madre,
debo decir que tu actuación
de guardaespaldas celestial, fue mala.*

*Y aunque, posiblemente, tu intención
no fue ésta,
me jodiste, angelito,
me jodiste.*

Otros de los acontecimientos a que me referí, fue mi amistad con el poeta y pintor Manuel Vidal, que arranca de esa misma época, y a la que debo mi incorporación a la tertulia del escritor Angel Arango. Aunque considero que estas reuniones literarias ejercieron una influencia decisiva en la formación de muchos de los integrantes de nuestro grupo —el propio Arango, David Buzzi, Miguel Collazo, Manuel Vidal, Germán Piniella, y yo, entre otros— no voy a referirme a ellas con la extensión que merece. Mis impresiones sobre estos encuentros, que ya han sido escritas, ocupan un espacio que justificaría otra conferencia. Solamente diré de ellos que en su transcurso de tres años fue escrita la casi totalidad de mi obra cuentística y poética —cinco libros—, de la que sólo se ha editado hasta hoy *El Pasajero del autobús*. Mis dos novelas, aunque corresponden a una etapa posterior, están conformadas, asimismo, por la valiosas experiencias nacidas de esa tertulia.

Soldado, oficinista, vendedor de frutas, perito mercantil, picapedrero, marino de guerra, experto en estadística, albañil, comerciante, agente de seguros, corrector de pruebas, agricultor, poeta, profesor particular, corista religioso, inventor de juegos con patente, viceadministrador, agitador político, desempleado, corrector de originales, camarero, dibujante, jefe de claque, actor, viajante de comercio, cuentista, fabricante de juguetes, presidiario, turista, vendedor callejero del superlavante de los trópicos "Lola", carpintero, pintor, chofer de segunda, traductor, aspirante a monje, novelista y recadero.

No se trata del anuncio de una agencia de colocaciones. Es, sencillamente, la relación de profesiones, oficios y menesteres que recuerdo entre los muchos que he desempeñado desde aquel mes de abril de 1939 que dividió mi vida en dos mitades.

Acaban de cumplirse treinta y un años de aquel día, y aunque nunca me he detenido a pasar el balance de mi vida de adulto, creo poder asegurar honestamente que ha sido favorable. Sobre todo, me satisface pensar que he vivido esos años intensa y apasionadamente, y esto basta para justificar cuanto ha habido en ellos de zozobra y de sufrimiento.

Un poema reciente, el último que he escrito, se refiere a este sentimiento. En realidad, no es otra cosa que el balance de esta azarosa vida de medio siglo cuya misión más importante está aún por cumplir.

Sea, pues, la poesía, una vez más, la que diga la última palabra.

PENSANDOLO BIEN

A mis padres

*A veces, cuando pienso
que es a vosotros
a quienes debo la gracia discutible
de ser y estar
(de ser de esta manera y estar en este trance),
confieso que me invade
un pequeño rencor.*

*Pero, en seguida,
la nostalgia de un barco,*

*el sabor de una fruta,
la memoria de un beso,
el humo de un cigarro,
un poema,
irrumper en mi angustia como una risa fresca
o un apretón de manos.*

*Y comprendo que, pensándolo bien.
no tengo más remedio
que agradecer lo que, en definitiva,
puedo llamar
una experiencia interesante.*

La Habana, junio de 1970.



José María Aurrecochea:

El caraqueño general del Ejército Libertador.

César García del Pino

En las luchas libertadoras de América Latina, ha sido característico que hombres de unas regiones hayan marchado a otras a combatir por su liberación; así lo hicieron Bolívar y San Martín; y así lo hizo quien ha sido la expresión cimera del combatiente latinoamericano, quien se alzó por encima de las fronteras artificiales con que intereses foráneos han dividido *nuestra América*: el Comandante Ernesto (Che) Guevara.

No fueron excepción nuestras guerras de ese fenómeno, y durante la década heroica numerosos combatientes de países hermanos, dieron su vida lidiando por liberarnos del poder colonial. Entre aquella pléyade de valerosos soldados, brilló con luz propia el venezolano José María Aurrecochea.

José María Aurrecochea e Irigoyen, nació en Caracas, Venezuela, hacia 1842, era hijo del Dr. Fernando Aurrecochea¹ y desde joven participó, con distinción, en las luchas políticas y guerras civiles que, en aquel período, sacudían a Venezuela.² Siendo ya Capitán del Batallón "Convención", se enfrentó a un cuartelazo, y trató de arrastrar a sus hombres contra el mismo, pero abandonado por éstos, fue reducido

¹ ARCHIVO NACIONAL. *Academia de la Historia*, Leg. 36, No. 10.

² MORALES Y MORALES, VIDAL. *Hombres del 68: Rafael Morales y González*, La Habana, 1904, p. 264.

a prisión “y hubiese sido fusilado de no contar con amigos decididos que le facilitaron la evasión”³ viniendo a establecerse a Cuba. Pronto entró en relación Aurrecoechea con los conspiradores habaneros, pues se sabe que participó en la llamada *Conspiración de las centurias*, figurando en una que mandaba José de Armas y Céspedes, y en la que también militaban los hermanos Ignacio y Enrique Agramonte, y otros conocidos patriotas.⁴ Esto ocurría poco después de que *El Siglo* hiciese “su declaración famosa de español y católico, apostólico romano”,⁵ lo que significa que ya desde 1865, Aurrecoechea se encuentra vinculado al grupo independentista que, totalmente separado políticamente de los reformistas, les disputaba la dirección del movimiento cubano, llegando, en ocasiones, a provocar violentos incidentes.⁶

Posteriormente, Aurrecoechea trabajó, como Mayordomo, en el Ferrocarril del Oeste, hasta el 31 de agosto de 1867, según parece, quedándole adeudando dicha empresa la suma de \$440.18; cantidad que se vio obligado a reclamar mediante un juicio declarativo de menor cuantía, por lo cual otorgó amplio poder, para que lo representara como letrado, a Ignacio Agramonte, el 29 de octubre de ese año.⁷

Algún tiempo después, marchó a Remedios, donde se encontraba al iniciarse la guerra de los Diez Años, y desde donde volvió a La Habana, para hacerse cargo de la jefatura de las fuerzas que debían operar en Vuelta Abajo.⁸

Todo este episodio del levantamiento de Vuelta Abajo no ha sido aún debidamente estudiado. Este movimiento —que de haberse producido habría propagado la guerra hasta los confines de occidente— parece haber estado sincronizado con el levantamiento de Las Villas, y haber sido denunciado por Antonio Fernández Bramosio.⁹ Su fracaso, es indudable que incidió negativamente, en el curso de aquella contienda.

³ *Bohemia*, La Habana, diciembre 14 de 1952, p. 138.

⁴ *La Patria*, Nueva Orleans, marzo 20 de 1871, p. 4, col. 1.

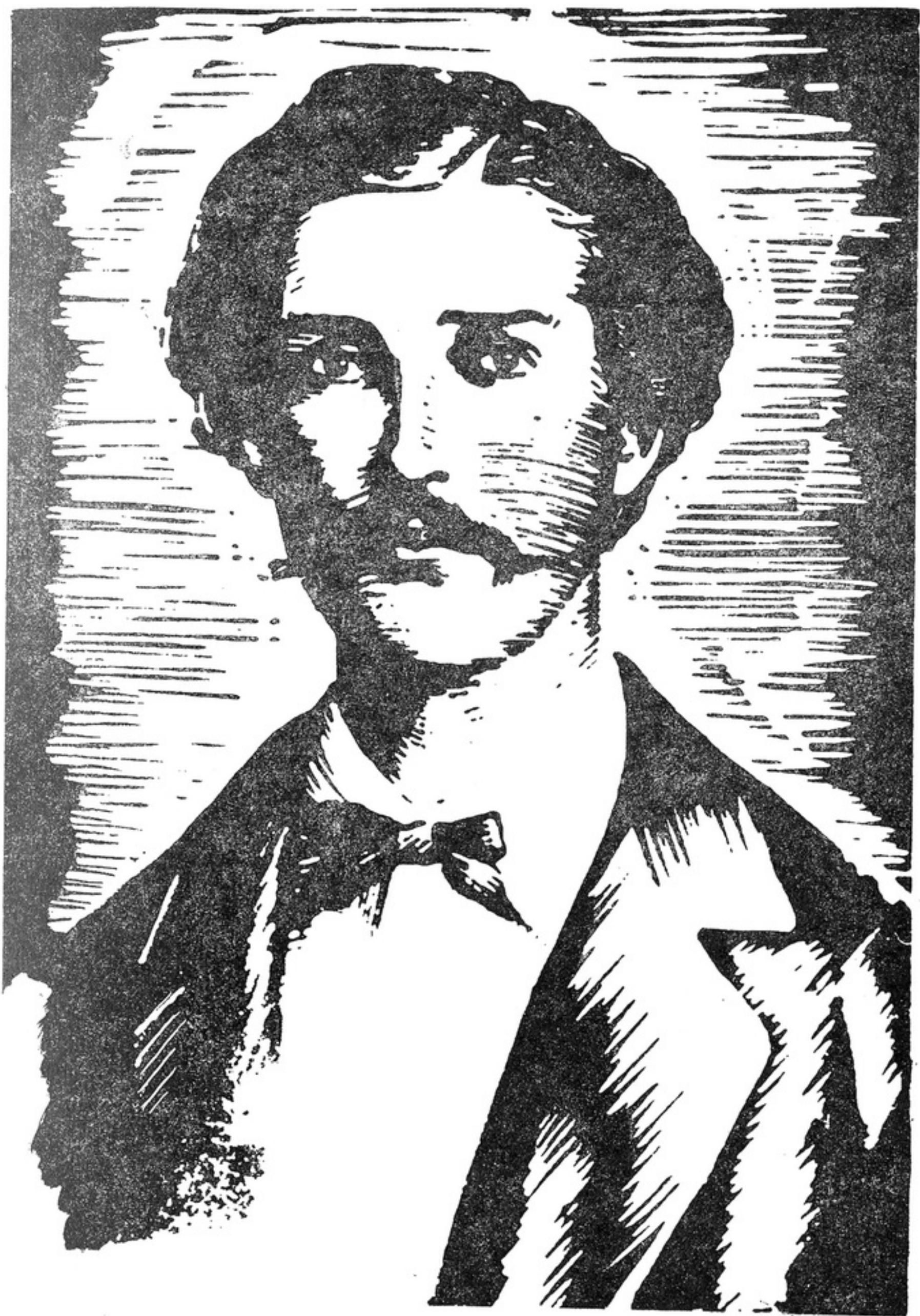
⁵ *El Siglo*, La Habana, marzo 24 de 1865, p. 2, col. 2.

⁶ Véase Nota 4.

⁷ ARCHIVO NACIONAL. *Escribanía de Galletti*, Leg. 179, No. 29.

⁸ BIBLIOTECA NACIONAL “JOSÉ MARTÍ”. *C. M. Ponce*, No. 1414.

⁹ GARCÍA DEL PINO, CÉSAR. *El Primer Invasor: Luis de la Maza Arredondo*. *Revista de la Biblioteca Nacional “José Martí”*, La Habana, enero-abril 1970, p. 51.



Aunque en un documento de la Junta de La Habana, ésta reclama la paternidad de la sublevación de Aurrecoechea¹⁰ es dudosa esta afirmación, ya que la posición contemporalizadora y entreguista de este organismo es bien conocida y llama la atención que los dos únicos grupos que logran levantarse en las comarcas occidentales, sean éste y el de Gabriel García Menocal, en Jagüey Grande, —el cual también se atribuye la Junta— ambos evidentemente vinculados al de los patriotas de Las Villas, de donde, debemos tener en cuenta, viene Aurrecoechea, para alzarse.

Dadas sus relaciones con Pepe de Armas, Agramonte y el “grupo de conspiradores de la capital, que conocían bien la doblez de los reformistas” nos “es fácil comprender que Aurrecoechea no trabajaba en colaboración con los junteros y fue esto lo que lo puso a salvo de las delaciones; sin contar con la experiencia que poseía el caraqueño en estas lides, por su participación en las luchas civiles de su patria”.¹¹

Aurrecoechea, acompañado del Coronel Mariano Loño¹² —a ambos los califica el historiador español Pirala, de “distinguidos oficiales de ilustración y pericia”¹³— y de Carlos García y de Sosa,¹⁴ como práctico, salió de La Habana, en la tarde del 3 de febrero de 1869, hacia la Salud¹⁵ y desde allí con 12 hombres se encaminó hacia el Mogote de Candelaria (Soroa); allí debía encontrarse con un gran contingente de hombres al mando de Carlos Baliño y Piloto, quien tenía un depósito de armas, en una cueva de aquellos alrededores.¹⁶ Pero Baliño, igual que decenas de otros conspiradores, había sido arrestado por las autoridades, no pudiendo, por tanto, cumplir sus compromisos.

Llama la atención que el documento de la Junta de La Habana, en que se habla de estos hechos, y en el que la misma —como ya dijimos—

¹⁰ Véase Nota 8.

¹¹ Véase Nota 9, p. 52 y 53.

¹² GARCÍA DEL PINO, C. Un documento inédito sobre la Guerra de los Diez Años en Occidente: El testimonio de Gonzalo Castillo. *Revista de la Biblioteca Nacional “José Martí”*. La Habana, septiembre-diciembre, 1968, p. 48.

¹³ PIRALA, ANTONIO. *Anales de la Guerra de Cuba*, Madrid, 1895, t. I, p. 514.

¹⁴ Véase Nota 12, p. 55.

¹⁵ Véase Nota 8.

¹⁶ Véase Nota 12, p. 46.

se atribuye la dirección de este movimiento, silencie esta ola de prisiones y diga que Aurrecoechea “no encontró acogida” en la población.¹⁷ Ya comienza el proceso de distorsión de la historia, se silencia las delaciones —salidas de la propia Junta— y se les sustituye por una supuesta apatía o enemistad de la población de Occidente, colaborando así, con las autoridades coloniales. Afortunadamente los hechos se encargarían de desvirtuar esa falsedad.

En Soroa, Aurrecoechea y Loño enarbolaron la bandera, e hicieron que sus seguidores la jurasen y con ellos se lanzaron hacia el llano, con el propósito de poner en conmoción la región, pero ese mismo día chocaban —entre Itabo y Las Mangas— con la Columna de Operaciones de Vuelta Abajo —esta fuerza estaba formada por “la segunda, tercera y cuarta compañías del regimiento de España No. 5 de infantería, y de una sección del regimiento de lanceros de la Reina”¹⁸ y por los voluntarios de la zona en que operaban. Sin embargo, en esta ocasión sólo constaba de 300 infantes y 50 jinetes¹⁹— que mandaba el Comandante D. Adolfo Sánchez Arcilla, pudiendo el pequeño grupo de libertadores escapar del copo que intentara el jefe enemigo.

Dejando su gente en Los Chivos, Partido de Las Mangas, Aurrecoechea partió hacia La Habana en busca de recursos, dejando al Coronel Loño al frente, y viendo la imposibilidad de movilizar nuevos elementos en Occidente, embarcó para New York.

En esa ciudad participó en la organización de la expedición del “Perrit” y el 11 de mayo, desembarcaba en la Península del Ramón, Nipe, al frente del contingente cubano, que venía en aquella expedición.²⁰ Días más tarde participaba en la fase final de la acción de “Canalito”, en la que fueron totalmente derrotadas las fuerzas españolas desembarcadas con el propósito de embotellar la expedición, en la mencionada península.²¹

¹⁷ Véase Nota 8.

¹⁸ LLOFRIÚ Y SAGRERA, ELEUTERIO. *Historia de la Insurrección y Guerra de la Isla de Cuba*, Madrid, 1870, t. I, p. 62.

¹⁹ Véase Nota 13, p. 41.

²⁰ CISNEROS, FRANCISCO JAVIER. *Relación Documentada de Cinco Expediciones*, Nueva York, 1870, p. 66.

²¹ *Ibidem*, p. 15 y 16.

En julio de 1869, el Presidente Céspedes le confirió el grado de General de Brigada, y se le destinó a Oriente, como segundo al mando de la División de Cuba, a las órdenes de Donato del Mármol.²²

El General del Mármol, dice en carta fecha 29 de octubre: “Salgo mañana para el Centro; volveré dentro de pocos días, lo más 15; queda al frente de todas mis fuerzas mi segundo en el mando el C. Brigadier General José María Aurrecoechea, valiente venezolano que viene sirviendo a mi lado hace algún tiempo”.²³ Y en otra, de 6 de diciembre, agrega: “El mes pasado escribió a Ud. el Brigadier José María Aurrecoechea, (que quedó interinamente encargado del mando de esta División) enviándole comunicaciones importantes que sentiría mucho que sufriesen extravío.”²⁴

En los últimos días de 1869, o primeros de 1870 se reportaba que, “el Brigadier General J. M. Aurrecoechea, de la división de Cuba, ha llegado al Gobierno Central en comisión del General Donato del Mármol”.²⁵

Reincorporado a la División, dirigió exitosamente los combates efectuados, entre el 2 y el 5 de febrero, en las proximidades del ingenio “Tempú”, causando numerosas bajas al enemigo.²⁶

El 16 de febrero, los españoles, exasperados por el acoso incesante a que los tenía sometidos la División de Cuba, lanzaron un ataque con tres columnas, en combinación, contra el Cuartel General de la misma, siendo rechazadas después de sufrir medio centenar de bajas; en esta acción el valeroso comportamiento de Aurrecoechea, mereció que, una vez más, se le mencionase en los partes.²⁷

El 24 de febrero de 1870, la Cámara de Representantes, sesionaba, para ratificar o no, los grados militares conferidos por el Ejecutivo— de Coronel en adelante— según señalaba la ley. Entre los confirmados se encontraba el General de Brigada José María Aurrecoechea.²⁸

²² Véase Nota 12.

²³ *La Revolución*, New York, enero 4 de 1870, p. 3, col. 4.

²⁴ *Ibidem*, enero 15 de 1870, p. 2, col. 3.

²⁵ *El Cubano Libre*, abril 21 de 1870, p. 4, col. 4.

²⁶ *La Revolución*, New York, junio 23 de 1870, p. 2, col. 3.

²⁷ *El Cubano Libre*, mayo 27 de 1870, p. 1, col. 1.

²⁸ *Ibidem*, marzo 4 de 1870, p. 1, col. 1 y p. 4, col. 1.

El 2 de mayo de 1870, al frente de las fuerzas de los Tenientes Coroneles Pacheco y Antonio Maceo, atacó y tomó el ingenio "Armonía", poniendo en fuga a su guarnición, a la que causó 14 muertos y capturó dos prisioneros, ocho fusiles, dos machetes, un botiquín, víveres y otros efectos. Tras ocupar el ingenio durante dos horas, se retiró incendiándolo.²⁹ Fue en esta acción donde Maceo recibió la segunda, de su extensa colección de heridas.³⁰

Los éxitos militares de Aurrecoechea, le granjearon popularidad que se refleja en el poema "Cuba Libre" que le dedica Julio Calcaño³¹ y en su selección por el Gobierno de la República en Armas, para el mando de la División de Holguín.

Sobre esta medida, el Secretario del Presidente Céspedes, Carlos Pérez, anotó en su diario el 12 de julio: "El mal estado de la jurisdicción de Holguín, ha hecho que el Gobierno nombre a Aurrecoechea en lugar de Peralta, que está visto no hace nada que merezca aplauso."³²

Ya en los primeros días de agosto se empieza a dejar sentir la presencia de Aurrecoechea al frente de las fuerzas holguineras, y el día 3 bate —con cuatro compañías— una columna enemiga, a la que obliga a retirarse, después de sufrir ligeras pérdidas. El día 11 los españoles atacan su campamento y "solo bastaron 25 minutos de fuego" para que tuvieran que retirarse.³³

Las victorias de Aurrecoechea en su nuevo destino, dan lugar a que Máximo Gómez —siempre parco en elogios— en su proclama a los "Hijos de Santiago de Cuba", fecha septiembre 10 de 1870, diga que Aurrecoechea en Holguín tiene "a los españoles en grande aprieto".³⁴

En los primeros días de diciembre el hábil venezolano infligía una aplastante derrota al General Ferrer, causándole varios cientos de

²⁹ *La Revolución*, New York, junio 25 de 1870, p. 3, col. 2.

³⁰ LE ROY Y GÁLVEZ, LUIS F., Las heridas de Maceo en la Guerra de 1868. *Revista de la Biblioteca Nacional "José Martí"*. La Habana, septiembre-diciembre, 1968, p. 64.

³¹ *New York Democrat*, New York, junio 4 de 1870, p. 1, col. 5.

³² ARCHIVO NACIONAL. *Academia de la Historia*, Leg. 378, No. 201.

³³ *El Cubano Libre*, diciembre 15 de 1870, p. 2, col. 1.

³⁴ *El Demócrata*, New York, noviembre 16 de 1870, p. 2, col. 1.

bajas,³⁵ pero ya su suerte estaba sellada, al no poder vencerlo en el campo de batalla, el enemigo apeló a otros recursos y mediante la traición del Sargento Antonio Balta,³⁶ una fuerza española —mandada por el Comandante José Gallo— desechando las guardias, pudo asaltar la casa ocupada por su Cuartel General, el 9 de diciembre de 1870, en los montes de “la Faja”. Tras recia lucha es hecho prisionero Aurrecoechea, después de recibir un culatazo en la cabeza, en unión de su Jefe de Estado Mayor, el holguinero Don Facundo Cable.³⁷

Conducidos a Holguín, llegaron a esta ciudad el día 10, y sometidos a Consejo de Guerra Verbal, fueron condenados a muerte y fusilados “en el lugar de costumbre” el 11 de diciembre a las 4 de la tarde, mandando el cuadro de fusilamiento el Capitán Antonio Pumariega.

Comentando la ejecución del bravo caraqueño, el periódico de Holguín *El Periquero*, fecha 15 de diciembre, dijo que era “de simpático aspecto, de finos modales, y demostró hasta el último momento serenidad sin cínicos alardes”.³⁸

No fue el General el único de los Aurrecoechea en dar su vida por Cuba. En la expedición del “*Virginus*”, que partió de las costas de Venezuela en junio de 1871, venía su hermano Enrique, al que por su corta edad, su padre llama “este niño”, en carta a Ramón de Céspedes.³⁹

El joven Aurrecoechea, ostentaba el grado de Comandante, y el diploma acreditativo fue firmado por el General Manuel de Quesada en Puerto Cabello, en junio 12 de 1871;⁴⁰ al desembarcar en Cuba, el Presidente Céspedes, que “había distinguido mucho al Gral., su difunto hermano”, le tomó como Ayudante. Enfermo de una úlcera en un pie, tuvo que separarse del Gobierno en el Camagüey, donde quedó bien recomendado a las autoridades mambisas, falleciendo posteriormente a consecuencia de “fiebre de mal carácter”.

³⁵ Véase Nota 3.

³⁶ IRAIZOS, ANTONIO, Los Generales del Sesenta y Ocho, *Diario de la Marina*, La Habana, octubre 10 de 1942, p. 4.

³⁷ *Diario de la Marina*, La Habana, diciembre 17 de 1870, p. 2. col. 4.

³⁸ *Ibidem*, diciembre 22 de 1870, p. 3, col. 3.

³⁹ ARCHIVO NACIONAL. *Donativos*, Leg. 150, No. 10-67.

⁴⁰ ARCHIVO NACIONAL. *Academia de la Historia*, Leg. 373, No. 133.

En carta al padre de los jóvenes revolucionarios, Carlos Manuel de Céspedes, le afirmaba que sus hijos habían caído “por servir generosamente la causa de un pueblo hermano que en los días de su prosperidad indudablemente no echará en olvido su abnegación y sus servicios”.⁴¹

⁴¹ CÉSPEDES, CARLOS M. DE, *Carta a F. Aurrecoechea*, julio 21 de 1873. Colección de Documentos de la Biblioteca Coronado, t. 2. Biblioteca Central “Chiqui Gómez Lubián”. Universidad de Las Villas.

NOTA: El traidor Antonio Balta, recibió el merecido castigo en las postrimerías de aquella contienda, ya que fue ejecutado, el 28 de mayo de 1878, en cumplimiento de la sentencia del Consejo de Guerra que le mandó a formar el Mayor General Vicente García. V. PRATS LERMA, ARMANDO. *Biografía del Mayor General Vicente García y González*, La Habana, 1915, p. 51.





Miguel Velázquez: *Primer clérigo y primer maestro cubano*

Hortensia Pichardo

1. *Un criollo que honró el clero de Cuba el primer siglo de la colonización.*

Figura interesante del siglo XVI es la del mestizo Miguel Velázquez, primer clérigo y primer maestro cubano, miembro de una de las familias de la clase dominante en Cuba en los inicios de nuestra historia.

Muy pocas noticias existen sobre este criollo, el primero que sale del anónimo y cuyo nombre ocupa un puesto en la complicada vida cubana de mediados del siglo XVI.

Del clérigo criollo sólo se conservan dos cartas escritas al obispo fray Diego Sarmiento, al que le unieron estrechas relaciones, y las referencias que sobre su persona hacen en otras misivas el propio obispo, el cabildo de Santiago de Cuba y el contador Juan de Agramonte. En una de sus epístolas, fechada en Santiago en febrero de 1547, Miguel Velázquez se revela ya como hombre preocupado y dolido por los problemas de su tierra.

Al llegar a Cuba el obispo fray Diego Sarmiento conoció al joven mestizo, clérigo de la catedral, y pronto apreció las cualidades que le adornaban. A partir de entonces todas las noticias que existen de él se deben a sus relaciones con este obispo que llenó por sí solo unos cuantos años de la vida de la colonia durante la tercera y cuarta décadas del siglo XVI.

Sarmiento fue nombrado obispo por real cédula de 27 de marzo de 1536 en la vacante que había dejado fray Miguel Ramírez.¹ Llegó a Cuba en el mes de junio de 1538, diez o doce días después que el adelantado y gobernador Hernando de Soto.²

A su elevada jerarquía eclesiástica unió los cargos de protector de los indios³ e inquisidor de la Isla. Era hombre ambicioso, de carácter enérgico y con extraordinario afán de dominio; su labor desde el obispado se caracterizó por el abuso que hizo del poder que le daban sus cargos.

Poco aficionado a pasar trabajos, después de cinco años de residir en Cuba, no había realizado una sola visita a las iglesias de su diócesis como era su obligación. Por lo cual en junio de 1543 el Emperador le envió una cédula para que informara del “estado de la isla e indios y españoles, así en lo temporal como en lo espiritual”; y en septiembre del mismo año otra en que le mandaba “visitar personalmente las villas de Bayamo, Puerto del Príncipe, Habana y Trinidad” en ese año, y al mismo tiempo ordenaba que los oficiales reales no le pagaran su cuarta sin testimonio de haber cumplido.⁴

Conminado en esta forma, el Obispo, ante el temor de no cobrar sus rentas, partió a realizar su visita pastoral, primera realizada en Cuba, a pesar de los

“peligros de viajes por despoblados y costas bravas en canoas”, y llegó a La Habana, desde donde, en julio de 1544, escribió al Rey:

...con más facilidad se va a Sevilla de aquí que se vuelve a Santiago, a do, hasta el marzo venidero no se puede comunicar por mar ni tierra.⁵

Para conocer el estado de la Isla a mediados del siglo XVI es de gran utilidad el informe que el Obispo rindió después de este dificultoso viaje, como lo son los dados en distintas épocas por otros obispos; tales el de Juan del Castillo, en 1570 y el de Agustín Morell de Santa Cruz, en 1757.

¹ *Colección de Documentos Inéditos*. 2a. s., t. VI, p. 22.

² *Ibid.* p. 36-37.

³ *Ibid.* p. 119.

⁴ *Ibid.* p. 197 y 221.

⁵ *Ibid.* p. 221-232.

De este informe de Sarmiento son las primeras y más exactas noticias que se tienen de Miguel Velázquez, al que se refiere al dar cuenta del estado de la catedral de Santiago, de la que dice:

para su servicio hay tres curas, uno predicador, otro bachiller y un mestizo, natural desta, que estudió en Sevilla y Alcalá de Henares; sabe el canto llano, tañe los órganos, enseña gramática, y es de vida ejemplarísima, y le llevo siempre conmigo.⁶

Es singular el aprecio que a Velázquez mostraba el Obispo al preferir la compañía del joven criollo a la del predicador y el bachiller.

Acabada la visita de la Isla, Sarmiento decidió ir a España "a dar cuenta personalmente de todo".

Desde el año 1541 el Rey le había concedido licencia por año y medio para ir a la Península.

...atendiendo a estar muy falto de salud y no haber allí [Santiago de Cuba] médico, cirujano ni botica.⁷

En el momento en que recibió el permiso, al Obispo le interesaba más atender sus negocios en la Isla que a su salud; pero al terminar su visita pastoral resolvió hacer el viaje que tres años antes había proyectado. Redactó su testamento en La Habana, el 22 de agosto de 1544 y se embarcó para la Península.⁸

En diciembre se encontraba en el monasterio de las Cuevas, en Sevilla, de donde procedía.

El joven Velázquez se hallaba entonces en España a donde posiblemente lo había llevado el deseo de completar sus estudios y donde siguió cultivando sus relaciones con su superior, como lo prueba el hecho de que necesitado Sarmiento de cobrar unas deudas en Sevilla, otorgó un poder a dos vecinos de dicha ciudad y a

Miguel Velázquez, clérigo presbítero, que también se hallaba allí...⁹

para hacerlo en su nombre.

⁶ *Ibid.*

⁷ *Ibid.* p. 161.

⁸ *Ibid.* p. 232.

⁹ *Anales y Memorias de la Real Junta de Fomento de la Habana.* Sección de Historia. Habana. 1854.

Algún tiempo después, posiblemente en 1546, al terminar sus estudios, Miguel Velázquez regresó a Cuba, pues a principios de 1547 ya se encontraba en Santiago de Cuba, de cuya catedral era canónigo, cargo al que había sido presentado por el Rey. Hacía una vida tan ejemplar como años antes, cuando mereció los elogios del Obispo. Fue ahora un funcionario real, el contador Juan de Agramonte, quien, al rendir cuentas de su cargo al Emperador —febrero de 1547— ofreció algunos informes del estado de la Isla y de sus necesidades. Al tratar de la catedral de Santiago hace mención del joven clérigo cubano:

En esta iglesia sirven: de provisor Francisco Vergara, bueno, pero no letrado; Miguel Velázquez, canónigo, mozo en edad, arcediano en doctrina y ejemplo, hijo de un vecino desta por cuya diligencia está bien servida la iglesia.¹⁰

Este mismo Juan de Agramonte, que alababa la forma en que estaba servida la iglesia de la capital, en el mes de abril de 1540 había rendido un informe en unión de otro oficial real, el factor y veedor Hernando de Castro, en que daban cuenta del estado desastroso de la catedral, de la que decían que tenía gran falta de clérigos,

...porque las denidades que vuestra Magestad tiene proveydas, dean, maestrescuela, canónigo, nenguno dellos reside ni está en la isla.¹¹

A pesar de las órdenes reales para que regresara a su diócesis, el obispo Sarmiento permaneció en el monasterio de las Cuevas, en Sevilla, hasta su muerte, ocurrida el 30 de mayo de 1547.¹²

Como había tomado singular afecto al joven criollo, quiso tenerlo junto a sí, para lo cual le escribió que se trasladara a España a residir en el monasterio en que él vivía. Pero el cabildo de Santiago se opuso a ese propósito. Con fecha 17 de febrero de 1547 comunicó al Obispo que no había permitido el viaje del joven Velázquez porque

...siendo cuaresma, y no habiendo allí más sacerdote que el cura Carbajal, y el P. Fray Antonio de San Francisco, el Cabildo le rogó que se quedase; él, con deseo del servicio del Obispo,

¹⁰ *Colección de Documentos Inéditos*. t. VI. p. 292-294.

¹¹ *Ibid.* p. 112.

¹² *Ibid.* p. 294-297.

quiso partir, y el Cabildo mandó a Corzo, maestro del navío que partía, que no lo llevase, y no fue. Le escriben suplicándole lo lleve a bien, y les favorezca en cuanto se ofreciese.¹³

Como se ve por la carta del cabildo de Santiago, el joven clérigo, que debía sentirse halagado por la predilección de que era objeto, deseaba partir, y, posiblemente a la idea de complacer y servir al Obispo, se unía la de ir a residir a Sevilla, a la que conocía por su estancia anterior en ella.

Posiblemente Velázquez tenía formado ese propósito con anterioridad a la carta de Sarmiento, pues a su llegada a Cuba, después de su segunda estancia en España, traía un poder real para ocupar una canongía en la catedral de Santiago, pero

...no quiso usarlo persuadido que habría de volver presto a España no dijese que dejaba la iglesia...

según le informó al Obispo.¹⁴

Como todos le temían al carácter de Sarmiento, y esperaban que había de volver a ocupar la silla episcopal de un momento a otro, trataron de que no se ofendiera por la negativa. El padre del joven Velázquez le escribió exponiendo las mismas razones que el cabildo para no complacerlo, a las que añadía "que su hijo tampoco estaba con entera salud".

Por su parte Miguel Velázquez también escribió a Sarmiento explicándole

...que ni su salud, ni el cabildo, ni su padre lo dejaron ser el mensajero de esta carta.

Añadía otras noticias de interés para el Obispo, respecto a su hacienda, sus pleitos con doña Guiomar de Guzmán, y otros asuntos de la iglesia y sus servidores; también le comunicaba que con el maestro Corzo le enviaba novecientos treinta pesos de sus rentas y se lamentaba de que fuera tan poco.¹⁵

Todavía, antes de la partida del barco, volvió a escribir Velázquez otra carta, ahora en unión de Juan de Rabanal, criado del prelado, que acababa de ser elegido alcalde de Santiago de Cuba. Insistía en los

¹³ *Anales citados*. p. 131.

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ *Anales...* op. cit.

asuntos que más podían interesar al Obispo, trataba de las residencias a que había sido sometido el gobernador Juanes Dávila, enemigo de Sarmiento, y opinaba que de la última que le tomaba el nuevo gobernador Chávez “no podrá salir bien”; de doña Guiomar, otra temible enemiga del Obispo, le decía:

...con el nuevo gobernador no ha conservado su autoridad, pues no la deja de puta vieja y otras palabras feas.

Todas estas intrigas, rencillas y enredos le inspiran una frase amarga:

Triste tierra, como tierra tiranizada y de señorío.¹⁶

Así el primer criollo de cuyo pensamiento se tiene noticia, piensa con tristeza en su tierra, campo de batalla donde se debatían los intereses de obispos, gobernadores, funcionarios y vecinos, quienes, en su loco afán de enriquecerse y obtener ventajas sobre los demás, desdeñaban todo cuanto se refería al progreso de la Isla y al bienestar de sus pobladores.

2. *Cuando de veras Cuba fue tierra tiranizada y de señorío.*

A Miguel Velázquez le tocó vivir en uno de los períodos más agitados del siglo XVI en Cuba, en el cual camparon pasiones y rencores, en que la correspondencia oficial no es más que un largo relato de quejas, de chismes y de acusaciones de unos funcionarios contra otros.

Lo que no sabía Miguel Velázquez es que lo que a él le parecía “tierra tiranizada y de señorío” era edén de libertades comparada con lo que fue después bajo Tacón, O’Donnell y Weyler, gobernadores que hicieron sentir a Cuba todo el horror del coloniaje y la llevaron a buscar la independencia como única forma de obtener libertad.

En esa época de nuestra historia, Miguel Velázquez, criollo y mestizo, pudo ir a España, educarse en Sevilla y Alcalá, y pudo escribir lo que pensaba de Cuba. Y siendo criollo y mestizo, fue canónigo de la iglesia catedral de la Isla y apreciado y distinguido por su Obispo.

Sólo un siglo más tarde el obispo Pedro de Reina Maldonado (1658-1660), en el poco tiempo que sirvió la diócesis de Cuba, salió en defensa de los criollos a quienes se les negaba el derecho de ejercer el sacerdocio en su propia patria y explicaba las razones de esa negativa:

¹⁶ Véase el Apéndice.

...porque los prelados no salgan de entre los que vienen de España, [...] han negado y niegan a los hijos de esta ciudad y de otras de las Indias al darles el hábito, siendo así que los que hoy florecen en letras, santidad y prudencia en la dicha religión [...] en los naturales de esta ciudad, hijos de padres honrados y nobles, y no, como mal han querido dar a entender los Comisarios que de esta ciudad han ido a estos Reinos de que son mulatos e indios incapaces.¹⁷

Un cuarto de siglo después, el licenciado Manuel de Murguía y Mena, —un gobernador interino de la Isla de 1685 a 1687— escribió a Su Majestad:

...los eclesiásticos son muchos y los que cada día se ordenan, muchos más, exceso que debieran los obispos poner mucha atención en atajarlo, así en no aumentar los ordenantes como en inquirir la calidad de los que ordenan con mucha vigilancia y cautela, para evitar lo que hoy se experimenta de ser sacerdotes *hijos y nietos de mulatos*, y uno llamado Juan del Rosario *hijo de una negra bozal esclava* no sólo mulato mas de *color tan obscuro que causa irreverencia*, y a los que se hallan con estas calidades de obligaciones con el estado de sacerdotes exentos de la jurisdicción R1. con la congrua de capellanías impuestas sobre las haciendas *se hacen intolerables con la altivez* que tienen causando ocasiones de inquietudes que no imaginaran si fueran seculares...

seguía diciendo el gobernador

...hoy se ven estudiar muchos mulatos [...] *se debiera prohibir que fueran admitidos en los estudios.*¹⁸

Poco después otro gobernador, Severino de Manzaneda, pedía autorización al Rey para *expulsar* a los “naturales criollos” de las dotaciones de los castillos de La Habana, aunque para cubrirlos tuviera que

...recoger los reclutas que necesitare de los españoles que se hallan en ella divertidos y perdidos en el campo, alimentándose de lo que él les da, y retirados por su mucha necesidad y mala inclinación...¹⁹

Durante el siglo xvi los pobladores de Cuba tuvieron el derecho, y lo ejercieron a plenitud, de enviar procuradores a la Corte, a exponer las necesidades de la Isla y la mejor forma de resolver sus problemas.

¹⁷ ARCHIVO NACIONAL. *Academia de la historia*. Caja 89, sig. 510.

¹⁸ *Ibid.* Caja 90, sig. 606. El subrayado es de la autora.

¹⁹ *Ibid.* Caja 91, sig. 673.

En el año 1528, Manuel de Rojas, procurador de la villa de San Salvador pidió en junta de procuradores

...quel gobernador o tenyente general sea su Magestad servido de le mandar proveer que sea vecino desta Ysla, pues en ellos hay personas en quien quepa.²⁰

Diez años más tarde, Bernardino de Quesada, uno de los vecinos más antiguos de la Isla, procurador de Santiago, en forma desenvuelta se dirigía al Rey para decirle:

Vuestra Magestad encomiende y encargue la governación desta ysla a persona o caballero natural della.²¹

3. *El enigma del origen de Miguel Velázquez.*

Al considerar la figura de Miguel Velázquez, a los historiadores siempre les surgía la interrogación: ¿de quién sería hijo el joven mestizo? ¿De cuál de los muchos Velázquez que vivieron en Cuba en la primera mitad del siglo XVI? ¿Quién se ocupó de enviarlo a España a estudiar?

De la madre india no había que preguntar, porque... ¿quién conserva los nombres de aquellas mujeres indígenas que fueron las madres de los primeros criollos?... Y, sin embargo, ellas fueron raíces de las primeras familias cubanas.

De Diego Velázquez se sabía que no podía ser hijo, porque es conocido que el conquistador de Cuba no tuvo descendencia; su testamento no deja lugar a dudas. Pero quedaban otros muchos Velázquez, parientes del conquistador de Cuba, alguno de los cuales tenía que ser el padre del clérigo criollo.

Al igual que otros investigadores, hace algunos años nos sentimos intrigados por el enigma de Miguel Velázquez. Buscando con interés entre los documentos del siglo XVI que se conservan en nuestro Archivo Nacional nos pareció que la incógnita se había despejado, y que la figura del padre de Miguel Velázquez surgía de un documento inédito del Archivo de Indias, pero estudios posteriores nos convencieron de nuestro error.

²⁰ *C. D. I.* t. VI, p. 18.

²¹ *Ibid.* t. VI p. 41.

Al padre de Miguel Velázquez hay que buscarlo entre los españoles de ese apellido que residían en Santiago de Cuba en el año 1547, puesto que así lo afirman el cabildo, y el propio canónigo, y entre los documentos conocidos de esa época no se encuentra el nombre de un solo Velázquez.

El erudito investigador Manuel Pérez Beato en su *Catálogo genealógico de apellidos cubanos* al tratar de los Velázquez de Cuéllar cita un Miguel Velázquez regidor de Santiago de Cuba en 1547; y agrega que también existía un canónigo de este apellido en aquella localidad, pero no ofrece ninguna fuente para verificar su afirmación. En el único documento que nosotros conocemos del cabildo de Santiago de febrero del año 1547 (*Anales citados*) firman como miembros del mismo Francisco Vallejo, alcalde; Hernando de Castro, Joaquín de Agramonte y Gonzalo Fernández, regidores. No figura ningún Velázquez.²²

La única persona de ese apellido que aparecía como vecino de Santiago al mediar el siglo XVI era Juan Velázquez de Ledesma, que en el año 1550 era pastor y regidor del cabildo.²³ Pero es demasiado aventurado con este solo dato achacarle la paternidad del primer sacerdote y maestro cubano.

En cuanto a la segunda pregunta, se sabe que desde el principio de la conquista fue preocupación de los reyes la evangelización de los indios; los pobladores no se preocupaban ni mucho ni poco de ello, pero los reyes insistían. En 9 de noviembre de 1526 fue dada en Granada una real cédula por la que se ordenaba al gobernador y oficiales de la isla Fernandina:

...que se traygan desas partes a estos Reynos algunos niños indios de los más principales y de más habilidad y capacidad para que los mandareis criar en monasterios y colegios...²⁴

Miguel Velázquez, aunque no era indio puro, pudo ser uno de estos niños. Si no, hay que pensar que el padre se preocupó por la educación de su hijo y le proporcionó una profesión que desde época temprana

²² Tampoco se encuentra ese apellido entre los regidores de los años 1543 y 1544 cuyos miembros se conocen.

²³ *C. D.* 2, 2a. s., t. VI. p. 315.

²⁴ *Papeles existentes en el Archivo General de Indias*. La Habana, 1931. t. I. p. 108.

fue de las más ambicionadas por los criollos, pues a más de las ventajas que ofrecía el pertenecer a la clase privilegiada que constituía el clero, era de las pocas a que podían aspirar los hijos del país, no sin la oposición de muchos miembros del propio clero y de algunos gobernadores.

Y nada más mientras no aparezcan nuevos documentos sobre Miguel Velázquez, mestizo de español y de india, los dos grupos humanos que dieron origen a los primeros criollos y contribuyeron, con los africanos llegados a poco de iniciada la conquista, a formar la nacionalidad cubana; primer clérigo y primer maestro nativo, primer criollo que piensa en su tierra y se duele de su destino.

A P E N D I C E

El documento que se transcribe a continuación no es exacto ni completo. Es un extracto hecho por el erudito español Juan Bautista Muñoz, de una carta escrita por Miguel Velázquez. Pero sus pocas líneas permiten conocer el panorama que presentaba Cuba a mediados del siglo XVI con sus intrigas, ambiciones, odios, —de los que no estaban exentos obispos ni gobernadores, ni funcionarios— descrito por un criollo, el primero que escribió sobre su patria, y el juicio amargo que tal situación le provoca.

He aquí dicho documento:

(Año de 1547 —Febrero 18, Santiago) Carta del canónigo Miguel Velázquez al Obispo diciendo no ha podido venir a España, ni Rabanal puede, que es alcalde y está enfermo; que el otro criado de confianza, Domingo de Ocina, va y le informará de todo. Que con haber el licenciado Estévez tomado residencia a Juanes de Avila, se la torna a tomar Chávez y muy estrecha, que no podrá salir bien.

Con el nuevo gobernador no ha conservado su autoridad doña Guiomar, pues no la deja de puta vieja y otras palabras feas. Triste tierra, como tierra tiranizada y de señorío. Que [Chávez] es mal medido en sus palabras, aunque algo le ha moderado una carta del licenciado Cerrato. (Colección Muñoz, t. XCII, fol. 131 vto.).

El pueblo cubano tiene sus fábulas

Miguel Barnet

El pueblo cubano tiene sus fábulas.

Es decir, sus versiones acerca de la creación del mundo, de la vida animal y vegetal y de todos los sucesos que la animan.

Sus versiones y conclusiones.

Estas fábulas, algunas de origen africano, otras de Canarias o Andalucía, han recibido la influencia de nuestro medio, transformándose.

En el campo, en la ciudad de La Habana, en los pueblos chiquitos, he recogido algunas historias que creo debieron ser argumento de viejas y hermosas fábulas, bien africanas o españolas.

Las he recreado literariamente, respetando giros y sintaxis propios de la manera cubana de contar.

Los elementos de teatro, la inclusión de cantos o refranes, corresponden a la esencia misma de este género. Así como la sencillez y el lenguaje fluido y cortante.

CHANGÓ Y LA JICOTEA

Reinaba Changó. Cuarto rey de la tierra Oyó.

Reinaba solo, hasta un día.

Ahora reinaba con su mujer, la dueña del río.

Como dueña iba todos los días a la corriente y le traía piedras a su futuro esposo. Piedras y raíces de mangle, que a él le gustaba mucho comer.

Fueron sus bodas en la tierra Oyó.

Todos los animales asistieron, trayendo regalos.

Changó y su mujer se sentaron en el trono y fueron, la esposa Ochún y el esposo Changó. Marido y Mujer.

El pavo real se quiso poner en el medio para que el Rey y la nueva Reina le vieran la cola; verdiazul, rojiblanca.

Changó al verlo tan vanidoso lo mandó a salir.

Ochún le pregunta:

—Ven acá mi marido, ¿por qué sacaste al pavo real?

—Por dos razones. Primera porque el Rey aquí se llama *Changó Kawo sile* y soy yo. Y segunda porque no me dejaba ver con su telón de fondo a la jicotea, que me sospecho no ha venido.

Diciendo esto llama a un mensajero y la manda a buscar.

Jicotea viene como siempre es ella, lenta y perezosa, y le dice a su Rey:

—Changó, a mí me gusta estar siempre en mi casa.

Donde Changó le contesta:

—Pues no vas a salir más nunca de tu casa.

Y la castigó, porque ahora la muy tonta, por hablar más de la cuenta, tiene que cargar con el carapacho a dondequiera que va.

Y el carapacho de Jicotea pesa, pesa.

AL CAMALEÓN LE SALE LA ENVIDIA

El camaleón era un animal feo y triste. De un solo color: cenizo.

No tenía adornos en la piel, ni manchas, ni collar. Como era así le nació una envidia muy grande.

El perro pasaba con collar y manchas y arreo, y el camaleón lo miraba de reojo, desde arriba de la ceiba, muy alto.

Un día que el perro pasaba le pregunta:

—Oye, compadre, ¿cómo te las arreglas tú para lucir tan figurín?

El perro sigue de largo y no le contesta.

Al otro día el camaleón vestido de verde se va a visitar a Orula.

—Orula, yo quiero que tú me hagas igual al perro, igual al gato, igual al caballo, igual al pato, igual al pavo real, igual al tocoloro.

Orula le dio un golpe en la cabeza con su rama de guayabo y le dijo:

—Alagguema, tú eres envidioso y la envidia mata a los hombres, (Alagguema es el nombre propio del camaleón).

—Yo quiero ser como te dije y no así como la ceniza.

—Alagguema, te voy a complacer, toma...

Nadie supo qué fue lo que le dio Orula, pero al otro día el camaleón andaba de saltimbanqui por el monte exhibiendo una bandera que le había salido en la piel.

Retozaba y brincaba de rama en rama y así, en ese retozo, iba cambiando de colores.

Verde, azul, rojo, amarillo, blanco...

EL BUEY Y EL RABO DEL MONO

Este era un buey. Sí, éste era un buey.

Un buey que miraba el horizonte como si se mirara en un espejo.

El horizonte hacía vacas y castillos y eran las nubes, y el buey miraba, rascándose las pulgas.

Pasó un mono y el buey le dijo:

—Mono, sácame las pulgas.

El mono, que es muy maldito, empezó a sacarle las pulgas al buey. Le sacaba las pulgas y lo rascaba con sus uñas afiladas.

Los bueyes padecen de un sueño muy crepuscular, y éste se quedó embobado y se durmió.

Lo que el buey no sospechaba era que el mono llevaba una soga y que lo iba a amarrar.

Después de largas caricias, el mono amarró al buey por el rabo.

Lo amarró de una mata de aguacate.

Al despertar y verse amarrado, el buey empieza a embestir, pero la sogá no cede y al pobre no le queda otra alternativa que seguir durmiendo amarrado.

Por fin, se despierta.

—Mono, te voy a comer, te haré añicos, sinvergüenza.

Pasa la jicotea y ve el espectáculo, pero sigue. Cuando iba llegando al batey oye al buey que la llama suplicante.

—Jicotea, záfame la cola. Jicotea, Jicotea...

Se puso de pie para que la voz le saliera de abajo, y de gritar se le doblaron las rodillas.

La jicotea, que peca de cobarde, regresó y le zafó la cola al buey.

El buey zafado se volvió buey y ni le dio las gracias a la comadre.

Cojió una madera de cedro y la pulió para hacer una tribuna.

Clavó una bandera en un poste de jiquí y mandó a buscar la orquesta del monte y a todos los animales.

Se paró en la plataforma de cedro y dijo tal y más cual cosa acerca del mono:

—Mono atrevido, mono zurrupio, mono paluchero...

—Y ahora, insistió, díganle al muy mal intencionado que yo me he muerto y vayan a mi entierro y llévenlo.

Así fue. El mono hizo el papel de acongojado, lloró y se vistió de negro.

Había que verlo llegar al entierro del buey con un ramo de siempre-vivas.

Había que verlo colocarlas en la tumba. Y llorar después oyendo la marcha fúnebre.

—¡ Ah, mi pobre amigo Buey! ¡ Tan bueno! ¡ Ah!

Pero, ¡qué iba a sospechar el mono que el buey se había puesto en tratos con el chivo!

—Chivo, cuando el mono llegue, usted se pone a su lado y cuando yo diga *beee*, usted lo agarra fuerte y me lo deja.

El chivo, en medio de las honras, se le tira al pescuezo al mono y el buey aprovecha y lo embiste, agarrándolo por la cola. El mono, rechiflando, pataleando y el buey halando el rabo sin soltar.

Por eso, por el estirón, es que el mono tiene ese rabo largo y fino, y por eso también, vive en los palos del monte.

EL MULO Y LA YUNTA DE BUEYES

Un guajiro ve una luz y se le tira. Remueve la tierra con los dedos y encuentra un tesoro en una botijuela de barro.

Empieza a chiflar de alegría y luego se calla, para cruzar por el pueblo con el tesoro. Cruza y nadie lo ve.

Al rato pasa por una finca, abre la talanquera y saluda a los dueños.

—Buen día, vengo a hacer una compra.

Por la tarde sale el guajiro con un mulo y una yunta de bueyes, con bueyes y todo.

Al mulo lo manda al potrero y le da un jamacazo con bejuco ubí.

A los bueyes los pone a trabajar. Trabajaban en exceso.

Rompían la tierra, la rastreaban, la surcaban, la cruzaban y hasta halaban vagones y pipas de agua con cadenas gruesas, a eso de las cinco cuando sonaba el pito del ingenio. Los bueyes, en resumen, lo hacían todo.

—¡Qué cansado estoy!

—Y yo más que tú, vago.

Y así se insultaban para soltar la pesadumbre que tenían por el trabajo de la tierra. Como estaban pegados hablaban bajito y el guajiro no los oía.

Una tarde, al ponerse el sol, fueron a pastar yerba. Y ahí se encontraron al mulo comiendo con un apetito voraz.

El mulo les dijo (el mulo se llamaba Práctico):

—Bueyes, ustedes trabajan como mulos porque quieren. Mírenme a mí, vivo como un vaina, me alimento sin trabajar, me baño en el río, me seco, me pongo al sol, y ustedes removiendo la tierra y maldiciendo en voz baja, porque hasta le temen a su amo.

—¿Y de qué te vales, Práctico?

Práctico se levantó y paró las orejas. Orgullosamente dijo:

—Muy sencillo (y quiso reírse pero no le salía la risa).

Cuando vienen a buscarme para tirar de la collera me finjo enfermo y no me llevan. Me hago el cojo y ya.

Los bueyes quisieron imitar al mulo y le pidieron que hiciera una demostración.

¡Qué manera de cojear el sabiducho mulo!

—Pues ahora que ya saben cómo se cojea, háganlo.

A los bueyes, que están gordos como barriles, les costó trabajo cojear.

—Cuando vengan a buscarlos mañana, pónganse duros y cojeen.

Los bueyes dijeron que sí con las yuntas. Y el mulo se retiró a su plácida yerba.

Al amanecer llega el dueño con el látigo en la mano.

—¡Ojinegro, Primavera, jalen pa'riba!

Los bueyes preparados ya para fingir. Fingen que cojean y hasta les sale bien esa mañana. El guajiro se larga apenado y va a buscar a Práctico para que haga el trabajo por los bueyes. Práctico no sospechaba un alpiste de esto.

Práctico, vamos a laborar.

—¡Ay, caramba, me cogió desprevenido!

Y es que Práctico al oír el grito del amo se levantó asustado y salió caminando con un trote liviano y sin cojera.

Trabajó el pícaro de Práctico como tres o cuatro días. Ya se le salía la lengua y echaba candela por los cascotes. Al mediodía pasaba por el potrero y veía a los bueyes durmiendo como lirones: un ronquido a dúo que tenía encantada a la población del batey.

Talmente parecía que los bueyes decían para sus adentros:

“Amigo Mulo, compadre, qué bien estamos gracias a ti.”

Al quinto y decisivo día, el mulo furioso y con la lengua saliéndose de la boca despierta a los placenteros bueyes y los amenaza con un mensaje que lee de arriba abajo sin parar.

MENSAJE DIRIGIDO A LOS BUEYES OJINEGRO Y PRIMAVERA

Por orden de la administración de esta finca y en nombre de su amo y señor el respetable Don Mariano Peña y de la Oz, encomendamos al mulo de primera Práctico de la Peña comunicar a los bueyes Ojinegro y Primavera que si en un breve lapso de tiempo no se reintegran a sus habituales tareas agrícolas serán guindados en la casilla de la muerte para disfrute de sus carnes y sus pieles.

Don Mariano Peña y de la Oz

Este mensaje, naturalmente, no les cayó nada bien al par de cojos. El mulo, que lo había inventado todo, la cojera y el mensaje, añadió:

—Más vale, mis queridos compadres, que vuelvan a su trabajo si no quieren verse colgados de los ganchos de la casilla. Es preferible trabajar que morir.

Y los bueyes salieron a trabajar después de cinco días de asueto y el mulo se volvió a tirar en la yerba, roncando y soñando con lo que sueña un mulo: “un campo inmenso sembrado de romerillo y dos yeguas azules a los lejos cantando ópera”.

Los bueyes habían escrito unos versos y los habían mandado a imprimir, reclamando la ayuda del mulo.

La décima decía:

*Práctico, amigo sincero,
no dejes que me maltraten
porque aunque a palos me maten
ya no doy más, compañero.*

y firmaba OJINEGRO

*Debes buscarme potrero
con pastos y agua sabrosa
porque si sigue la cosa,
Práctico, como hasta hoy,
te juro que pronto soy
almuerzo de una tiñosa.*

y firmaba PRIMAVERA

Pero el mulo, como si con él no fuera, lee la décima, rebuzna semi-dormido y se echa de nuevo en su catre de lona.

Esa es la historia del mulo y la yunta de bueyes.

EL GATO Y LA JUTÍA

El gato presumía de sus habilidades calisténicas.

Presumía de su pelo, de sus ojos de tigre enano, de sus cautelosas patas, de sus movimientos suaves y arrogantes. El gato caminaba como sobre las nubes.

Presumía de lo que más podía presumir, de su gordura.

Y de la manera en que podía moverse y brincar siendo tan gordo.

¡Cómo no iba a estar gordo el gato, si era el único animal del pueblo que podía cazar aves y comérselas! Pollos, guanajos, guineas eran sus favoritos. A pesar de sus libras el gato era ágil en la caza. Saltaba muros, cercas de piña, trepaba árboles hincosos sin dañarse. En fin, que era un prodigio de gato. Y por prodigio tuvo que acceder a la petición de la famélica jutía.

—Señor Gato ¿cómo es que usted puede cazar tan hábilmente? Deme una lección.

El gato, como ya suponíamos, le da la lección y la jutía se pone a cazar pollos, guanajos, guineas...

Pero el gato, en su sagacidad, observaba a la comadre Jutía. La comadre había cogido el rábano por las hojas y mataba animales por tongas diariamente. Muchas veces sólo por el placer de cazar. El gato empezó a pensar, agazapado.

Pensó que la jutía había cogido un trillo equivocado y que él era responsable.

Le llamó la atención, de lo más decentemente:

—Comadre Jutía, no exagere. Haga como yo, mate sólo el animal que vaya a comer al día.

La jutía, como es de monte, medio cimarrona ella, no entiende nada y se pelea con el gato.

Pasan los años. El gato entristecido veía como iba creciendo la montaña de huesos de guanajo, guinea, pollos, que la jutía amontonaba para gloria y orgullo de su especie.

El gato entristecido miraba con dolor hacia el cementerio.

—¡Qué infame la jutía!, maullaba.

La jutía se paraba arriba de los huesos y se dejaba fotografiar por los visitantes: “Click” y la jutía sonreía, “clack” y levantaba las patitas, “click-clack” y enseñaba los afilados dientes.

El gato doblemente acongojado.

Pero un día ya la jutía no tenía a quien matar. Se moría de hambre. Se enfurecía. Se estiraba fieramente.

Entonces, asaltada por los demonios, se le ocurre ir a buscar al gato para comérselo. ¡Se oye cada cosa! ¡Ir a comerse al gato después de haberle suplicado ayuda!

Pues va y lo coge durmiendo. Pero el gato la presiente y se levanta velozmente para conversar con ella.

—¿Qué hay, Jutía?

—Lo único que hay es que me lo vengo a comer a usted, compadre.

El gato aparenta que le teme y se acurruca en una mata de mangos.

La jutía se acerca a él, pícaro también, le viene a la cabeza una idea, a la cabeza una solución.

—Jutía, comadre, ya que usted me va a comer empiece por los pies.

Y se para contra la mata de mangos. Cuando la jutía va a darle la primera mordida, el gato apoyándose en sus hombros le salta encima como un delfín y va a caer, suavemente, no olvidemos que el gato tiene siete vidas, a la copa de un almácigo.

La jutía tensa lo ve acomodado en la copa y le pregunta:

—Gato —¡ay, cómo chilla la jutía— ¿cómo fue que no me enseñaste ese truco, traidor?

Y el gato hecho un manojito de nervios, pero airoso, le responde:

—El último brinco no se le debe enseñar a nadie mucho menos a los que como usted traicionan.

La jutía se fue con esa frase zumbándole en los oídos:

“El último brinco”, “el último brinco”, “el últi . . .”



Confesiones a propósito de una poesía de confesiones

La liberal impetuosa entra en el café de la orilla izquierda e invade la mesa en que se aísla Caín Marchenoir.

—Quiero dormir con usted.

—Señora, yo no duermo nunca.

Pero durmió o veló acompañado el tiempo necesario para devorarlo a la piafante desenvuelta la risa y la razón.

Quién sabe si por las mismas fechas, el personaje de *Noches blancas*, junto a unos puentes sobre el Neva, es “sacado a patadas del sueño”, del último que restaba por pulverizar para perfección artesana, para dejarnos la acabada imagen de una soledad en que lo lastimoso, lo irrisorio es ahogado por lo atroz que se expande y nos contiene, por lo inmenso.

Me pregunto por qué, al comienzo de una introducción de mí mismo a la poesía de mi mesurado amigo Francisco de Oraá, tal como la rinde este libro definitivo y definitorio que es *Con figura de gente y en uso de razón* (Colección “Contemporáneos”, ediciones de la UNEAC, La Habana, 1969); me pregunto por qué, en tal absorbente trance, libre de cuidados por parangones y fuentes —que me aburrirían quizá tanto, creo, como al mismo poeta— y libre de curiosidades y metodologías que por psiquismo o biografía me impulsen, hago espontáneamente estas dos asociaciones, una con el “licántropo” de Bloy y otra con el misántropo de Dostoievski —que, por otra parte, se parecen poco entre sí.

Verifico lo espontáneo de la asociación, y me conforto de no andar en descamino. Porque, más allá de lo anecdótico, de lo individual divergente, las dentelladas de costalazo al absoluto del parisién desesperado y el barreno de la desolación que se ha buscado y resiste a pie firme, sin rehusarse en una sola fibra, el hipersensible petersburgués, ¿no enseñan, además de afines y sólitas grandezas de solitarios, una misma y especial crudeza, un vaho de sentimientos maltrechos, una densidad de añejas servidumbres, de pieza oscura con ropa tendida a secar, una obstinación, delirio y desmesura que toma y prosigue en relevo, sin que se entibien un grado, el personaje dramático —más máscara resonante, más comunicador, más real— que, como todo cabal poeta, se ha creado éste que nos habla ahora de

*“Un día más que ya es de noche. Un día más
para saber que estoy metido ya en la noche sin fondo”*

y luego, de

*“Un día más para saltar del sueño
tal como si te hubieran empujado a patadas de su sombra
y condenado a repetirte en todo el puñetero día
cómo caíste del amor, atragantado de asco
y quedándote más estúpido que un hueco”?*

Esto y mucho más: “puñado de nada” “grumo de soledad”, en fin, *botija verde* se dice y soporta este personaje de alta temperatura, a quien, para comodidad, identificaremos con su creador, y en cuyo rostro así unificado adivinamos la mayor naturalidad cuando el uso de la simpática locución, originada y habitual en Cuba y Colombia, según informan los textos codificadores del idioma. Pues más rica y sorprendente que cualquier provocado desorden de los sentidos por encima o por debajo de la realidad, es la lengua familiar, ésa que ha visto tanto en el correr del tiempo y en rincones provincianos sitúa su mayor esmero y risueño avizorar, la misma con quien tiene y usa intimidad de consanguíneo apacible y afectuoso Francisco de Oraá. De modo un mucho insólito entre la boga de cierto coloquialismo no sabemos por qué detonantemente emprobrecido, él, su poesía puede conversar sin racionar el idioma, gustándolo y queriéndolo en toda su anchura y en todos sus tonos y registros graves, medios y delicados. Ya en sus libros anteriores, sin proponérselo, nos hacía tal vez repasar los códigos dichos, en procura, por ejemplo, de “tomín”, de “sornar”, para recordarles o cono-

cerles tanto ancestro y sabor, después de habérmolos topado sin destaque, subrayado ni guiño alguno en medio de la abundancia de aquellos poemas.

En el nuevo libro, el legítimo celo de sinceridad e inmediatez que, por extramársele, era a no dudar el que frenaba la poda de los excesos verbales de antes, es traído a buen camino, y con el mejor ajuste entre experiencia y expresión, quedan perfectamente despejadas y rotundas la instintiva naturalidad del decir y la acusada y adusta autenticidad de lo dicho, a veces sangrante.

Desde el título mismo implantan y no cejan en su expresividad los giros familiares. Ya que no los sucesos de su vivir, y no del todo sus sentires, el poeta puede gobernar su hacienda de idioma, traídos a la cual aquellos rebeldes han de tascar cierto freno, puesto que, por lo menos, se les ha averiguado el nombre.

Se sabe en esta expresión poética reservar para la ocasión la energía impar del vocablo de café ibero y nuestro. Se sigue la norma de buena hombría de Vallejo, cuyos poemas de *España, aparta de mi este cáliz* son eso, una conversación entre hombres, en la cual, una vez que otra, cuando viene a punto, cae, definidor, único, el saludable taco. Ni en él ni en Oraá hay desperdicios estrenadores. Porque tal vez el carretonero ha sido difamado. Puede que un adolescente antillano en fase de autoafirmación lo sobrepase.

Sin hablar de barboteos y disfraces broncos agarrados por insuficiencia expresiva; sin hablar de otras muchas puerilidades y cojeras que en el mundo de las letras todavía nos cercan. Sin aludir siquiera a escenificaciones en que actores de notoria y perita escuela deforman por obediencia pronunciación y giros, según parece para que el pueblo entienda o esté a sus anchas, con lo cual ese pueblo, si es en realidad tan tosco, no progresará mucho en estas primeras gradas de la cultura, atrasándose como aquellos emigrados asiáticos de otra época, a los que nuestro usual comprador de verduras se dirigía, solícito y paternal, en una extraña jerga que él arbitraba tradujese la exótica y desconocida lengua: *Pasana, io kōmpla patí...*

Me he convencido de no tachar esta inocua y destemplada digresión, porque, a fin de cuentas, tiende a destacar, por contraste con los fraudes y descarríos con que batallaba, las cualidades que veo en la obra última

de Francisco de Oraá. Bastará señalar dos básicas: su madurez, que él debe saludar y le saludamos con la paráfrasis que hacía el viejo D'Ors:

*“Madurez, divino tesoro,
ya llegaste para quedar”;*

y la absoluta necesidad de su quehacer poético, de su escribir, por la que éste, nacido de concreta e irremplazable hondura humana y armado en la dilección de una lengua sin aspavientos sabida y disfrutada, gana por derecho propio, sin jadeo ni gestión, con su sola presencia y decoro, con la sempiterna novedad de la “obra bien hecha”, un cumplido rango de oportunidad entre tanta demasía grafómana.

Pero he aquí que por demasía de mi parte me demoro y dilato, cuando queda prácticamente todo por decir acerca de este libro. Del mismo modo que he rozado harto al pasar los dos libros anteriores de Oraá, significativamente titulados *Es necesario* y *Por nefas*. Sin embargo, vistos ellos desde la altura de *Con figura de gente y en uso de razón*, se muestran como etapas de una voz poética cuya fuerza no es la condición proteica, sino la avidez unitiva que crece definiendo y definiéndose desde un centro, el de la persona del poeta —o el del personaje de su creación que antes he aventurado, y que ahora caigo en que era reflejo de aquel “ese que hayamos querido ser” por el cual, según Unamuno, seremos juzgados.

El poeta de veras, ya se sabe, es siempre artista, aunque no sólo artista. La experiencia poética es locuaz, creativa, no tiene su término natural en el conocimiento sino en la obra, dotada de cuerpo y alma inseparables y sujeta a leyes, a un arte. Se sabe también que estas leyes son las del artista y no las de la retórica, y que la expresión más directa, la misma frase de todos los días que aquél usare, no es la misma de todos los días, porque está impalpable, indefiniblemente transfigurada. De otro modo no habría creación, y la nada del papel, tan blanca y propicia, soportaría lo anodino, una nada pesante, irredimible.

El poeta de veras mantiene la tensión simultánea hacia el que quiere ser y hacia lo que quiere hacer; promueve a la vez persona y obra, ésta es un gradual acendramiento de confesiones y un rigor creciente y delicado. Con el último libro de Francisco de Oraá, poeta de veras, se ve que los dos anteriores *eran necesarios*; se precisa el perfil de su personaje relator; al que de antiguo, como al de Vallejo, “le pegaban

todos sin que él les haga nada”, lo golpeaban *por nefas*; se sabe de una elaboración secreta, natural, refinadora, se sabe de sus tempranas raíces en el idioma, obra secular de tantos, inmejorable compañía para este solitario.

Una cronología lacónica —“(1958-1961)”— nos informa, al pie del índice, de una ordenación que prejuiciaríamos curiosidad, capricho en otro que no fuera este mesurado. Nada más lejos del *flash-back*, del “efecto” que esta simple, castellana, taciturna retrospección. Hay tres partes en el libro y una numeración de tres secciones en la primera y la última de aquéllas. Parece claro que el remonte, lo retrospectivo sea cosa de las partes y no de las secciones de éstas. De entre los poemas más recientes, pues, los primeros son aquéllos, severamente antológicos, en que el relator hace cruda exposición de sí mismo a luz desollada, enumerando objetivamente cómo y cuánto lo ponen de botija verde la vida, el tiempo vacío, la muerte. Es esta “la historia de quien halló sólo excrementos/ buscando no sabía si era el ojo absoluto/ en el podrido callejón de la infancia”; es la historia de la desolación en la entereza:

*“porque tú, Poema, callejón en el tiempo, no eres
esa fresca botija de donde salen los sueños
sino el parque vacío donde me siento bajo la llovizna;”*

y de la entereza en la desolación:

*—“arregla
bajo cuerda una broma con la vida
y da a entender que tratas con señorío a la muerte.”*

¿Podemos evitar que pase, en esto, raídamente ilustre, lastimosamente trágica, la sombra del hidalgo castellano —famélico no sólo de pan, es claro— que escondía ayunos y amarguras bajo capa terciada, paso altivo y mondadientes vano?

El aridecido tiene reminiscencias, atisbos, piensa aventuras, hace apuntes, pergueña breves prosas... Pero todo lo moteja de “ópera tonta”. Por más que no se trasluzca mucha mordacidad en especulaciones como ésta:

*Toda aventura es una búsqueda de Dios. Los rostros del amor,
los felices trabajos y las maneras de la muerte. ¡Oh astuto,
haces sufrir al hombre con la vana aventura! Hermoso juego:
¡haces pensar al hombre que no existes!*

Alguna vez lo vegetal que hay en nosotros es gratificado. Llegamos, en el libro, a cuando se han conocido —y agradecido— tres lluvias. Una fue delicada, restañadora:

*Han caído días rotos
hasta bajar esta primera lluvia de mayo;
días sin peso de palabras, noches
como hollejo de fruta ya exprimida,
hasta ahora subir húmedos ojos, imágenes, palomas.*

Otra fue sentida como epidermis, “como amante”. La tercera amadrinó una tregua:

*Piensas como mujer
—la noche oyendo pasar pájaros—
y a tu peso de sueño
hinchados ya los ojos
como si vieran a la muerte
—regado sueño, lluvia que no cesa—
y fueras tú su absorto vuelo:
con su rumor tapas mis ojos
para que te ame con silencio.*

El remonte empieza a mitad de la obra, y con él llegan gratas extrañezas. ¿Canciones hoy, y de un gusto antiguo? ¿Hoy, cuando la antipoesía, cuando un curiosísimo horror virtuoso a la degustación; cuando lo crudo que se expende no es exactamente lo verdadero, lo fuerte, sino lo falto de guiso? ¿Hoy, en medio de una especie de neo-romanticismo exasperado que se morbiliza con vellosidades, secreciones, excreciones y otros cumplimientos orgánicos, al revés del varón sano, que se los sabe y lleva alegremente, sin que por eso crea que haya que cantarlos? ¿Es temeridad de distraído o es indiferencia de sincero la de Oraá cuando escribe

*“Tan niña así en tu claro olvido
que el aire se hace delicado,
hay tanta luz en tu silencio
que el tiempo se hace delicado”?*

¿Y cuando se permite un soneto con todas las de la ley y “para pedir amor”? . . .

La canción atraviesa las épocas en manos de un gremio errabundo, con maestros que a la hora de la muerte transmiten el secreto al discípulo. Y el secreto es tan leve y sencillo que no lo siente el que lo transporta. Es como si sólo se le hubiera dicho: anda, ama, cuida. La canción es reverencia y frescor, la canción es fuerte y fina. No se esquivo ante el dolor, el tiempo, la muerte, el olvido; sabe batirse con gracia. Es tierna y también burlona. No padece ascetismos ríspidos: da el parabién a endecasílabos y eneasílabos, y sabe despedirlos y volverlos a tomar. La canción, como Picasso, no busca, encuentra. No ha estudiado metros; tiene buen oído. Puede salir con mágicas *nadas* como la que vimos y puede sostener tonos de bravura.

Detén el tiempo, Forma de los seres
Detén la muerte, Torre de los vuelos
Cubre mis ojos, Vientre de palomas
Quiebra el olvido, Piedra de sonrisas
Sostén la nada, Madre de hojas ciegas
Apaga el tiempo cada vez, ala en la noche.

y lo que sigue. La canción sabe asir sin quebrar. En su sitio y con señorío, como un árbol —o como centinela maravillado—, se deja ir con el soplo que llega cuando quiere:

Por la claridad de tus piernas y la noche en tu ceño
Por tu quijada de transparente dulzura
Por la humildad la dignidad de tu garganta
Por tu andar como el de la noche antiguo
Por tu constante ser reciente como el agua
Por tu locura de pájaros en la noche en la lluvia
Por tus ojos los únicos en el tiempo
Por tus ojos que son como la noche un agua sola

y todo lo que sigue y es fortaleza nocturna y ensalmo a la distancia “para saber quién eres.”

Francisco de Oraá, a la vez temerario, distraído, indiferente, sincero, no acota que estas canciones sean “de un gusto antiguo” como un tímido “¿se puede?” entre cortinas, antes como una absorta, sonreída, triste salutación a la canción perenne, cuyo secreto no siente que transporta.

Y voy ya escribiendo demasiado, como incitado por la fecundidad del poeta, que, él sí, recuerde o no el consejo de Rilke, sólo escribe —no me caben dudas— porque si no, sencillamente se muriera.

Pero no podemos parar cuando, retrocediendo, estamos ante el encuentro con el semejante, y con la blancura que puede lograrse entre todos, que sólo puede lograrse entre todos; increíble apoteosis, serenísimo deslumbramiento aparecido sobre el jadeo, el sudor y la sangre de tantos.

Este encuentro es un reencuentro. No le creamos todo a la etimología: el misántropo no aborrece. Recuerda más a quien fue lastimado temprano y no entendía, y buscaba sólo, el apartadizo, poner a resguardo la esperanza, el diálogo invisible con Milosz, la secreta solicitud de ambos cuando "nuestro hermano el obrero/ sale al encuentro de su día".

Desde pequeños conocíamos, calladamente, "con la atención metida en sueño", los profundos "padres del poema", la figura detrás de ciertas rudezas:

*"y pienso que los ojos del carpintero adquieren
el olor melancólico de la madera
.....
...los oídos del albañil toman prestado
el vuelo al agua, el meditado peso de las cosas gentiles,
y su pensar la absorta desnudez de la piedra.
Y sé que manos de albañil, manos de carpintero
son manos con gracia como
la mar nocturna de la madre;
tal como poeta es un modo de santidad"*

De paso anotaremos cómo el verso último confirma lo que decíamos a propósito del poeta de veras, en tensión a la par por su persona y por su obra, y más por la primera, a juzgar por la suprema exigencia que aquí se le hace.

Es así que la noble fibra no dejará de responder a ciertos signos, a ciertas voces tan inesperadas como inconfundibles. El huraño se conmueve, cree, se atreve. Milosz sale al encuentro de Martí:

*"Con el deseo del extraño,
la boca del aparte, ojos aparte que no tocan
la forma espesa, el hueso ojeante
de la verdad —la sed agónica del separado—,
se aproximó mi tiempo
a la cordura que vuela en tus ojos,
a la justa sencillez
de tus manos, compañero..."*

Con nueva, prístina gravedad, con amistad explícitamente martiana se acercará desde ahora al verso: "Verso, casi persona, / cuajo de sueño, amor / sin descanso..." Se querrá que sea la misma, la propia voz: "Quiero limpiarme de palabras / que no me pertenecen..."

Resonará el adusto con los nombres, nuevos y los mismos, de las calles de la ciudad; presenciará en silencio justiciero las transformaciones, los cauterios, la cura de los abcesos de la ciudad; proyectará, desde los arquitrabes a los sueños, la construcción de la otra abocada ciudad.

Entre tanto que citar, escojamos lo que anticipa el reposo, ese rumor de ofrendas que sube de la ciudad acabada:

*El sueño alumbra la ciudad. Y, a la tarde,
una columna indica el sueño al hombre,
un techo bendice el cansancio del hombre,
y nuestra silla contempla un parque con silenciosa sombra para velar
el amor,
y el santo olor de los establos como anciano medita con el humo, con
el humo señorea la tarde*

Deja el libro para el final la participación, la empresa, la obra que estuvieron al comienzo. Podría pensarse de ello que fuera añoranza aliviante; es, de seguro, fidelidad.

Conocemos a la hermana vida, conocemos al hermano hombre, nos conocemos. ¿Se dejará alguna vez de ser el vulnerable, el últimamente incolmado? Martí, bajo cuya advocación, dicha o tácita, se pone toda esta parte del libro; Martí, desolado siempre y siempre entero, reconocía: "Dos patrias tengo yo, Cuba y la noche." En vertiginoso golpe de tiempo, otro afinado guerrero surge y dice: "No me podrán quitar el dolorido / sentir..." No se lo podrán quitar tampoco al azoriniano hombre del balcón, ejemplo del melodioso augurio, que, mano en mejilla y ojos velados, mira cómo bravas cabalgatas son borradas por coches ingeniosos, y éstos por más ingeniosos trenes... Permítase, pues, a Francisco de Oráa que le confíe a su verso: "yo sé que he comer angustia / siempre..."; y también: "con permiso del prójimo / y más hondo permiso / del compañero, / me aparto a la noche donde / me pregunto la noche / y al verso le pregunto..."

Bien está el “uso de razón”, que sobriamente ajusticia mirajes y sobriamente aprueba, en cambio, la tierra arada y olorosa. Pero es otro —menos sobrio— el centro que nos mueve. Francisco de Oráa lo ha dicho un poco antes, en esta misma parte razonable de su libro:

*Y con las herramientas
del corazón
salimos al encuentro
de nuestra eternidad,
de nuestro abierto amor.*

Cosa cordial es la entereza, por la cual el sangrante está en su puesto y da la mano en todo.

Cierro este libro cuando ya apenas recuerdo algunas resistencias que al principio le opuse. Creo, sin embargo, que no eran más que dos. Me parecía haber, a veces, una desatención, una sofocación de la estructura formal, un exceso. Me chocaba, también, la reiteración y, por lo mismo, imprecisión de ciertos símbolos: paloma, noche, etc. ¿Por qué el artista de las “Canciones de un gusto antiguo” no era siempre igualmente riguroso? ¿por qué, dada su intimidad con el idioma, no le exigía en todo tiempo servicio exhaustivo? Polemicé conmigo. ¿Hasta cuándo, me dije, va a durar esa impaciencia con el misterio, tan absurda en ti? ¿se te olvida que con él lo atinado y preciso es la alusión, el rodeo, la vaguedad? El lenguaje, me dije, puede decir mucho, bastante, pero no todo. Bien, me repliqué, pero que se le respete como una de las herramientas más nobles y finas entre todas las del hombre... Sobraba, y no hubo, contrarréplica, y volví a este libro respetuoso y libre a un tiempo.

Libro que asume las contrapartidas inesquivables. Espontaneidad, autenticidad, necesidad portan como revés su aspereza, su ascética, su necesidad. No duerme el artista en este libro de confesiones: vela porque las confesiones sean desnudamente las del poeta —o del personaje que perfecciona sus intuiciones. Tampoco renuncia a sus derechos esenciales. El verso, por ejemplo, salvo en contados casos, es aquí siempre verso, y no corte arbitrario, intercambiable, pues el verso libérrimo de hoy, cuando verso es, tiene una medida sutil que sólo un buen oído desentraña. Toca raíces vitales, naturalidades, respiratorias, rítmicas del discurso. Sólo desde esas raíces se le gobierna.

Libro que no busca los primores que por añadidura se le dan. El deja oír lo que le importaba: una voz. No hay en él nada perfecto, y todo está logrado.

Sé que volveré muchas veces al libro de Oraá. Habiendo escrito sobre él, las incursiones no me serán cómodas. No faltarán reproches que hacerme por lo dicho y por lo dejado de decir. Es lo que sucede siempre. Siempre que se pretende explicar y explicarse que alguien es un verdadero poeta y un poeta veraz.

OCTAVIO SMITH

Di Muerte, do lo escondes/ y los pones?

*Y aunque la vida murió
Nos dexó harto consuelo
Su memoria.*

JORGE MANRIQUE

Esto que traigo aquí, papeles de a suerte y verdad, los que les tocan a los hombres que saben llevarlos —decididos— hasta el final, quiero decir la muerte, son los poemas de Raúl Rivero.¹ Innumerables son nuestros muertos y *el que muere, si muere donde debe, sirve*² y sirven y el poeta los sabe levantar, darles, del lugar que llenan en la historia de los hombres, el lugar justo y delirante en la limpia poesía:

*Hombre:
detente en esta esquina
donde ahora la placa en la pared
y el recuerdo de un agradecido
desafían y rompen la memoria.*

Porque los textos de *Papel de hombre* están hechos, esencialmente, de ausencias que la memoria (los poemas) les permite andar con otra

¹ RIVERO, RAÚL. *Papel de hombre*. La Habana, Premio Poesía del Concurso David, 1969, UNEAC. (Colección David).

² MARTÍ, JOSÉ. *Obras completas*. t. 21, p. 37.

vida, la perdurable, la que transforma la presencia en huella. Desde el primer poema "Collín", se anuncia lo que en su totalidad nos va a entregar el libro y es la intensa situación patriótica que vive y trata de expresar el autor. Pues es el hecho social de la Revolución, su período formador, el de las experiencias más decisivas que le permiten la plena identificación con su época. Por lo tanto es capaz de trasponer los asuntos que están situados más allá de las fronteras legales de los pueblos (Viet Nam, Turcios Lima, la España republicana).

Ya el título *Papel de hombre*, que tiene por supuesto una connotación machista, es el documento, la prueba testimonial del hombre al que le ha tocado vivir bajo este pedazo de mundo y encierra una actitud viril —justo y valedera,— tan cara al cubano. Este papel lo desempeñan a cabalidad y profundidad los personajes que pueblan la última sección del libro.

Como índice significativo hay que señalar la austeridad en el verso —marcado interés de decir sólo lo esencial; escasos y bien seleccionados los recursos formales; estrecha síntesis— en contraste con la furia expuesta entre líneas —*rabioso en la venganza*—, que hace que los poemas se muevan dentro de un mundo muy evidente, dado. Y que el punto de vista del autor no sea difícil de reconocer.

En tres partes está dividido el libro. En la primera *Poemas y otros poemas* recoge una serie de asuntos generales. Parece inevitable que una amplia zona de los poetas cubanos traten sus relaciones más familiares (padres, abuelos) y se establezca en la práctica, por el uso y el abuso, como una credencial de nacionalidad en el ámbito de la poesía hispanoamericana. En la actualidad, ese fenómeno es debido a la transformación sustancial de las estructuras que sustentaba la sociedad y por tanto la familia misma. Hay que destacar, sin embargo, que los momentos más felices de esta parte del libro se encuentran precisamente dentro de esa relación autor-familia y son las composiciones "Cruz", "A mi madre", "La Ronda", pero también las menos logradas: "Carta", "Agua del tiempo".

El suceso más importante del día —la guerra en Indochina— no pasa inadvertida en este poemario. Es precisamente en "Poema" (p. 14) donde apunta una de las ideas orgánicas de estos textos: la afirmación de la lucha popular por la sobrevivencia, y la poesía en función de ésta:

*y digo que la vida
por pura
por blanca que parezca
se fabrica en Hanoi
a muerte
a tiro
a poesía limpia.*

En el otro "Poema" (p. 32) la misma idea resume:

*Escribo estas palabras
supero la hoja en blanco
como se dispara
una antiaérea*

.....

*Escribo
embosco
disparo estas palabras.*

En esa probable casa de las hormigas, el poema a la efímera rosa, existe un hilo que une en el tiempo —cientos de años hacia atrás— las últimas líneas: *Dónde/ en qué lugar va a envejecer/ a dispersar sus pétalos* con aquellos de las "Coplas a la muerte de su padre", de Jorge Manrique, que sirve de título a este trabajo. Son, sin duda alguna, medios similares, pero los sabemos conducidos a fines diferentes.

El resto es una serie de poemas de mediano alcance: al último burgués que patalea en el vacío de su última noche; a los alegóricos señores Solo, Difícil, Triste, parientes lejanos de aquéllos del medioevo; a los "nuevos conquitsadores"; a los amigos muertos etc., para continuar con la sección segunda donde, según Goethe, *el eterno femenino nos impulsa*.

Si la poesía amorosa tiene situaciones y modos de decir típicos, difíciles a la hora de romper con sus moldes tradicionales, sus *leys d'amors*, Raúl Rivero sale victorioso, con algunas heridas leves, de este campo de batalla. Aquí no se rinde tributo a las mujeres bien amadas. No se les idealiza. No las hace objeto de contemplación. No las compara otorgándoles propiedades dispares a su naturaleza. Tampoco existe en esta sección esa especie de narcicismo, de auto-compa-

sión, donde el poeta ve reflejado su rostro en la redonda luna del poema. Todas estas constantes, más o menos disfrazadas, de la amorosa poesía, que ha podido evitar con una visión contemporánea, modesta, de la unidad social más elemental: la pareja. Tenemos al poeta simplemente dentro del hecho y sus circunstancias y siempre desde una distancia que le permite defender y reconstruir el momento contra el olvido y el tiempo:

*Esta hermosa
tibia noche de Abril
no volverá.*

pero sabe que vuelve y resucita sobre el papel en blanco.

En esta sección existen dos niveles de logros. Es el caso de "Dice que es el otoño", singular poema envuelto en un manto secreto de poder sugerente, frente a "Mi primer amor", donde si bien hay cierta conmiseración de su parte, con un toque irónico que agudiza la trayectoria trágica del personaje, no logra trascender y donde la penúltima línea: *oh pobre triste abandonada* queda como un recurso tipográfico y nada más. Lo mismo sucede con el "Poema pedagógico", de ingeniosa fabulación, comparado con "Usted Marlene", cuyo título es en realidad el comienzo del poema y no se logra por o a pesar del esfuerzo sintético.

De todas formas estamos *porque dure el amor*.

El poemario finaliza con la sección que le da nombre y donde se encuentran las composiciones que sustentan al libro. Es una de las más logradas muestras de poesía en la Revolución, producida por uno de sus jóvenes escritores. "Guevara", "Por la república", "El Delegado llega", "Turcios", "Guardafrontera", "Mago", "Me han matado cien hombres", y sobre todo estos dos últimos, se puede afirmar que son la promesa misma. No necesitamos esperar al próximo libro para situarlo entre los poetas significativos de su promoción.

Leyendo el credo a Guevara vemos cómo utiliza el recurso estilístico de reiterar la misma fórmula a comienzo de estrofa con el fin de ir sumando, paso a paso, la necesaria carga emotiva para finalizar en un por cuanto de ternura y estruendo. Este mismo procedimiento lo va a utilizar más de una vez dentro de la muestra que nos presenta, pero en especial en esta parte última del libro, dando un tono patético como resultado.

Debe haber sido muy duro para el adolescente provinciano —aún con las reminiscencias de la infancia campesina—, haber tenido que cambiar bruscamente el hogar cálido de amor y sol, la amplitud de espacio de la vida rural y el olor cercano de la tierra y los árboles, por un cuarto de la ciudad, frío, estrecho, sórdido, poblado de polvo y soledad; y por el asfalto de las calles y el cemento de las aceras; cambiar la pobreza sin hambre de los días rústicos por una miseria cotidiana, absoluta, sin más horizonte que el hambre. Como miles de jóvenes cubanos a quienes el sistema social cerraba el acceso al estudio y al trabajo, Fayad cayó bajo esa concreta realidad, pero para enseguida levantarse y luchar contra la adversidad. Pertenece a una nueva generación llena de ímpetus renovadores, de impulsos inestrenados.

Era preciso unirse y librar las batallas necesarias, cada cual en su trinchera respectiva, ya contra la corrupción política y administrativa, ya contra las limitaciones de la vida cultural, ya contra las causas de la estructura semicolonial y del subdesarrollo. Era la generación “del centenario de Martí” donde se gestaba el asalto al cuartel Moncada. Por su parte, los jóvenes creadores, estremecidos de iconoclastia, estaban conscientes de que eran una fuerza nueva en la cultura cubana que tenía que abrirse paso con sus propias armas: la creación. Una ardiente fiebre creadora distingue ese período de comienzo de la década de los años 50. Como artista plástico —hacía pintura y escultura—, Fayad Jamís formó parte del Grupo de los Once, de jóvenes pintores y escultores, que dejó su huella por el aliento de originalidad de sus obras, en distintas exposiciones.

Esa predominante proyección artística de la personalidad de Fayad Jamís quizá situara al poeta en un segundo plano, en su manifestación ostensible. Pero no porque el poeta permaneciese ocioso: su poesía iba creciendo en el silencio, impregnada de la realidad que le rodeaba y urgía, aunque sólo se mostrara a un reducido grupo de amigos y compañeros de infortunios y sueños. Uno de esos amigos, Roberto Fernández Retamar, en su prólogo a *Cuerpos*, recordaba aquellos días angustiosos de Fayad y la forma en que daba ámbito a su verso: en 1951, la revista *Orígenes* le publicó un poema (publicar allí, anota RFR, “era por entonces ambición de todo poeta joven”). “Ambos cerrábamos —agrega— aquella hermosa antología *Cincuenta años de poesía cubana* que realizó Cintio Vitier en 1952”.

No fue hasta mediados de 1954, que comenzó a circular el primer libro habanero de Fayad: *Los párpados y el polvo*. Se ha hecho notar la belleza tipográfica del libro: hasta materialmente, en efecto, es un libro extraño, y en ese diseño novedoso es perceptible la voluntad de originalidad del autor no sólo en su poesía y en su pintura. (En *Cuerpos*, antes de algunos poemas de ese libro, se incluyen poemas inéditos o no reunidos en libro, escritos a partir de 1950, mientras que los recogidos en *Los párpados y el polvo* datan de 1951-54. Corresponden todos, pues, a una misma época y cierran una etapa de la vida y la obra del poeta).

Es una poesía en la que se perciben muchas sombras maestras, en la que aún se advierte el eco profundo de voces líricas mayores, que es lo normal en todo poeta bisoño. Sin embargo, cuando se es poeta genuino, cuando el impulso lírico arranca de la raíz, de la sangre, cuando es una función orgánica más, las naturales influencias magistrales pasan a un segundo término. Ya desde entonces puede advertirse una de las características de Fayad Jamís: su dominio de la palabra como instrumento de poesía, es decir, la seguridad de que cada vocablo responde a una necesidad interior, expresa una visión o un latido real, vivido, y no un juego verbal e ingenioso.

El polvo es el protagonista de la poesía de toda esa etapa: el polvo de su buhardilla habanera. No es una imagen de sombra y soledad y asfixia: es una realidad pesando en los días angustiosos de miseria y añoranza. Es curioso que el poema "Los párpados y el polvo" que dio título al libro, no fuera incluido en éste y sí en *Cuerpos* con los poemas inéditos: en medio del silencio, "los párpados pesados en el polvo que cae / obstinado, incesante" [...] "Aquí sólo persisten los días, los insectos / y esta soledad de arco tenso entre ruinas". En otros poemas: "...en el polvo de las desiertas escaleras / tu juventud ha puesto lanzas, piedras, sombras de vida sutil y divisoria" "Detrás de la extraña puerta / es el polvo la cosa que vibra y que girando hace preguntas". "Esto está oscuro, muerto, / Abriré la ventana primero para que el polvo se incendie". "...alguien desciende con estrépito, con llanto, / las viejas escaleras llenas de polvo muerto". "El polvo permanece inmóvil / como un castillo en ruinas". "Entre las lámparas y el polvo murmurante". "El polvo se levante / —un pequeño desierto mi recinto". "...todas las cosas viejas y sucias, revueltas bajo el polvo". "Caserón de fantasmas sin hijos, en que el polvo / hace nuevas ventanas, nuevos muebles y danzas". "Por estas escaleras se sube hasta lo negro".

Son poemas de amor y de angustia; las heridas hacen brotar la sangre del verso como en un delirio lúcido. Detrás de esas imágenes oscuras de su soledad urbana asoman las del pasado luminoso en el ambiente rural: "Entonces era mi corazón otro puño, otro pájaro, / otra mordida fruta de huir, de arder..." "Ahora junto a mi torso no se reúnen sino los pasos de la sombra, / los años de recorrer verdes potreros, ya lejos y sin crines". "Voy a hablar del camino terroso, blanco y largo, / del camino de llegar hasta el río / en aquel tiempo duro, envuelto ya / en las voraces aguas de la muerte. [...] La casa no era alegre, cierto, pero / mi hermano y yo jugábamos, y mi madre / nos cuidaba en la noche. Lo recuerdo; / todo lo estoy mirando como entonces: el patio, / la yegua colorada de ir al pueblo, Dikie con sus manchas. Todo lo estoy sintiendo aquí, / bajo el zumbido de mi sangre". "Era descalzo como caminaba tantas veces y como tantas veces hallaba finísimas hojas, piedras de raros destellos o pájaros desconocidos". "Viento, soledad; caballo, yegua. Este sitio es muy alto y los establos están lejos". "...oh melancólico, lento como esos bueyes enfermos que lamen la tierra bajo la llovizna taciturna".

Vale la pena el riesgo de la prolijidad en las citas, para mostrar la autenticidad de esta poesía, enraizada en la realidad. Ya lo advertía Retamar: "Su escritura [...] no se hacía (no se ha hecho nunca) a base de temas literarios, sino de realidades vividas. Esto hay que tenerlo presente para entender su desarrollo, su crecimiento. [...] Poniéndole espejo fiel a un tiempo oscuro, esta poesía nos muestra un rostro desolado, y es, por su belleza, como la salvación del dolor, padecido por una de las sensibilidades más puras con que contamos". Y así es, en verdad. En la alucinante "Ronda del desvelado", por ejemplo, se toca el desamparo del niño campesino en la ciudad: "En otro tiempo yo hubiera silbado y los perros habrían venido / y un sueño crecería en las lenguas lejanas de mis pies. / Pero hoy yo me pregunto ¿quién soy? ¿cómo me llamo? / ¿en dónde está mi río de piedras azules, mi zona tierna / delimitada por palomas y fuego y esperanza? / Ay, ando sin garganta, sin cuerpo, / entre estos túneles de jadeo y aullidos, ausencia y desventura".

En 1954, también escribió Fayad Jamís su cuaderno *La pedrada*. Son poemas en prosa, en una prosa limpia y fluida que entra victoriosa en el ámbito de la poesía. Ya en *Los párpados y el polvo*, Fayad había ofrecido muestras de esta forma breve y sugerente de prosa lírica, muy lejos, claro está, de la que cultivaron algunos poetas modernistas. El

género acunado por Aloysius Bertrand y caro a Baudelaire, en manos de Fayad Jamís cobra un resplandor peculiar, a fuerza de gracia y sobriedad.

La Pedrada —que no se publicó hasta 1962 en libro— viene a ser un rasgo de transición entre la etapa habanera que cerró *Los párpados y el polvo* y la que emprendería en 1955 con su viaje a París. Son pequeñas estampas de la vida rural cubana, en su mayoría, llenas de sabroso sabor criollo, pero sin *criollismo*. La vida propia de la sensibilidad del poeta, entrelazada a la tierra, a la naturaleza, como una raíz más, formando parte del paisaje, de la vida cotidiana elevada a jerarquía poética. Es la realidad encarnada en una pura atmósfera lírica.

A principios de 1955, Fayad Jamís se las arregló en medio de sus penurias para irse a París, y no en viaje de turista, precisamente. Pasaje de tercera, abrigo prestado, buhardilla parisiense, en 22 rue Delambre, de exacta fonética española, ajustada a la prolongación del hambre habanera, allá más feroz y desamparada, tanto por la tierra extraña como por el invierno con sus cuchillos. No olvido una visita que hice a aquella buhardilla en la primavera de 1955. En los poemas de su libro *Los puentes*, escritos entre 1956 y 1957, alienta en todo su sombrío dramatismo el París de los pobres. Este libro fue publicado en 1962, y del mismo ya se había adelantado en 1959, en cuaderno, uno de sus más bellos poemas, "Vagabundo del alba". Quien desee conocer en todo su tamaño impresionante el dolor del abandono y la soledad —no en sentido personal, sino social, porque encierra la tragedia diaria de miles de hombres—, que lea esos poemas desgarrados, de una belleza patética, obsesionante. Se piensa en Vallejo, pero no porque se advierta similitud con los *Poemas humanos* o algún tipo de influencia, sino porque se toca una semejante intensidad de vida y poesía, de realidad que golpea y de sueño que resiste y canta. Muy certeramente cita Retamar unos versos clave, del poeta profeta:

"Mañana todos tendremos el mismo rostro de bronce y hablaremos la misma lengua / mañana aunque usted no lo quiera señor general señor comerciante señor de espejuelos de alambre y ceniza / pronto la nueva vida el hombre nuevo levantarán sus ciudades / encima de nuestros huesos y los míos encima del polvo de Notre-Dame."

(Hay en *Cuerpos* otra sección, con fragmentos de otro libro escrito en París en 1957: *Stella*, hasta entonces inédito. Uno de sus poemas

tiene estos versos: "Ahora mismo / en Cuba se encienden hogueras de esperanza / que llamean sobre el crimen". La realidad de la isla lejana se mezcla también al sueño, y las hogueras encendidas en la Sierra Maestra habrían de extenderse en incendio liberador hasta hacer estallar el *mañana*, en la mañana del primero de enero de 1959, y no precisamente sobre el polvo de Notre-Dame. En Cuba, a donde no demoró el regreso jubiloso, para contribuir a realizar la obra ciclópea emprendida por su generación: la obra de la Revolución).

El libro *Por esta libertad*, de poemas dictados por un pueblo en revolución durante 1960 y 1961, mereció el premio de poesía de 1962 del concurso Casa de las Américas. Bien dice Retamar en su prólogo a *Cuerpos*: "Considero una de las pruebas mayores del tamaño grande de la poesía de Fayad, el coraje con que, hecho a cantar el dolor, se ha propuesto aprender a cantar la alegría..." No faltan reservas en esas líneas y en otras de quienes llama el mismo prologuista "equivocos critiquitos de vario pelaje", sobre los valores de *Por esta libertad* en relación con la obra anterior de Fayad Jamís. Son los que se sientan cómodos a revisar con una lupa, la obra ajena, desvinculados de una fabulosa realidad en marcha hecha de heroísmo y sacrificio, y es imposible que puedan percibir la clamorosa poesía de esa realidad, que resplandece en la sangre del pueblo y salta al canto envuelta en tonos y matices que les son propios y específicos.

El poema que aporta el título del libro, expresa la actitud irreversible del pueblo impulsado, impulsando la marcha acelerada de la Revolución.

"Por esta libertad de canción bajo la lluvia / habrá que darlo todo. / Por esta libertad de estar estrechamente atados / a la firme y dulce entraña del pueblo / habrá que darlo todo. / Por esta libertad de girasol abierto en el alba de fábricas encendidas y escuelas iluminadas / y de tierra que cruje y niño que despierta / habrá que darlo todo."

Poemas como "La vida", "Los innombrables", "¡Atrás!", "Los barcos", "Consignas", o como "La victoria de Playa Girón (boceto para una cantata)", de gran aliento, expresan la poesía poderosa de la Revolución en instantes decisivos de su proceso transformador. La Revolución —ya se sabe— es borrón y cuenta nueva, mutación profunda del rostro de la sociedad y de sus entrañas, tabla rasa de lo establecido, destrucción de la sombra y renuevo de la luz. A una nueva realidad corresponden nuevas formas de verla y expresarla. En esta poesía de la Revolución,

se toca la misma intensidad lírica, el mismo pulso estremecido de la vida y de la sangre, que en la obra anterior de Fayad Jamís. Sólo que por esos versos grita y canta con su propia voz de estreno y de esperanzas y de combate, un pueblo en revolución, el pueblo del poeta, del que forma parte irrenunciable.

La obra posterior a *Por esta libertad*, no recogida en libro, muestra la misma plenitud poética que llevó a Fernández Retamar a afirmar que Fayad Jamís es “uno de los poetas más importantes de nuestra generación, en el continente”. Y en este caso, el adjetivo es sinónimo de autenticidad, de fidelidad profunda al impulso iluminado de la poesía en sus diversas vertientes, en su abarcadora búsqueda de tiempo y espacio. Como colofón, es preciso recordar que alguna vez, afirmó Fayad Jamís que su poesía, para él, “es mi revólver, mi arado, mi potro, mi radar, mi martillo, la llave de la desesperación y la llave del alba. Y creo que la obra de un poeta debe ser un testimonio profundo y abierto de su tierra y de su época”.

ANGEL AUGIER

Anuario Martiano

Cuando fue inaugurada la Sala Martí de la Biblioteca Nacional, el 28 de enero de 1968, el profesor Manuel Pedro González, que fue coautor de la iniciativa de su fundación, sugirió que era conveniente publicar un boletín anual que, según afirmaba “debiera incluir, entre otras cosas, la bibliografía martiana activa y pasiva aparecida durante el año; la producción en traducción castellana de los artículos de mayor relieve que en lenguas extranjeras se han publicado durante el período y una sección bibliográfica selecta de carácter crítico en la que en brevísimas notas se informe al lector extranjero de la valía de ciertos estudios, cualquiera que sea su carácter —tesis académicas, libros, folletos y artículos de alta calidad. Este boletín serviría como punto de enlace y fuente de información entre todos los martianos del mundo y principales bibliotecas universitarias y públicas”.

El primer número del ANUARIO MARTIANO aparecido el pasado año llenó con creces las indicaciones señaladas por el profesor González. Ahora, al aparecer el segundo número, correspondiente al año 1970, se

han superado visiblemente esas sugerencias. El trabajo que abre el grueso volumen (más de seiscientas páginas) está formado por los *Tres estudios estilísticos* sobre la prosa de José Martí del profesor Giovanni Meo Zilio que aparecieron en el libro del autor *De José Martí a Sabat Ercasty* editado en Montevideo, en 1967. Sobre la calidad del análisis estilístico realizado por Meo Zilio sobre la prosa martiana sólo diremos que constituye uno de los exámenes más penetrantes y profundos realizados sobre la creación literaria del Apóstol cubano empleando las más recientes normas analíticas.

Se incluyen, además, en este número "Algunas ponencias aprobadas en el Encuentro Provincial sobre el pensamiento de Martí" originales de Julio Le Riverend, José Antonio Portuondo, Salvador Morales, Hortensia Pichardo y Cintio Vitier. No menor importancia posee el extenso estudio de Hilario González, *Un orden para el caos*, que forma la segunda parte de *Martí sin Mármol* en donde quedó explicado "la aplicación del método por música aludido en ese tomo" y destinado al "proyecto de reedición de toda la poesía de José Martí, restaurada según ese método y luego de un minucioso cotejo de los resultados con la fuente simultánea de la prosa y con la realidad insustituible de los manuscritos".

Otros trabajos interpretativos incluidos en este segundo número del *Anuario Martiano* esclarecen aspectos diversos de su vida y de su obra, como podrá apreciar el lector: *El Primer partido revolucionario antimperialista de la Historia* por Armando O. Caballero; *Martí en Dos Ríos*, por Roberto Pérez de Acevedo, (con la inclusión de dos documentos sobre la muerte de Martí); *José Martí y la apreciación de las artes plásticas*, por Loló de la Torriente y *Martí, Valdés Domínguez y el 27 de noviembre de 1871* por Luis F. Le Roy y Gálvez. Se incluyen, asimismo, varios documentos de Martí: una carta inédita dirigida a Miguel Viondi, desde Santander (1879) que forma parte de seis, también manuscritas, donadas a la Sala Martí por la señorita Sofía Viondi, hija del gran amigo del Apóstol; además, la reproducción de un artículo desconocido de Martí, el primero con que colaboró en la *Revista Universal*, de México, firmado con el seudónimo "Anáhuac" y nunca incluido en las *Obras completas* del gran escritor y patriota cubano.

En la sección "Crítica de libros" aparecen dos extensos análisis de la obra *Martí revolucionario*, de Don Ezequiel Martínez Estrada, publicado por la Casa de las Américas en 1967. Manuel Pedro González llama

a esta magna obra (magna a pesar de deficiencias y errores) una verdadera "Radiografía espiritual de José Martí", mientras que A. Bernal del Riesgo titula su crítica "Afirmaciones erróneas en un gran libro biográfico". Esta sección se completa con dos notas críticas originales de Cintio Vitier y Salvador Bueno. "Noticias y comentarios" ofrece informaciones sobre investigaciones y estudios sobre Martí realizados en diversos países, así como actividades que tienen como objetivo la difusión del pensamiento y la obra total del Apóstol. Concluye este volumen con la "Bibliografía martiana" (correspondiente al período septiembre de 1968 a agosto de 1969) preparada por Araceli García-Carranza.

Como puede observarse a través de esta sucinta nota informativa, la actividad de la Sala Martí se hace más extensa y meritoria con la publicación de estos *Anuarios*. De esa manera se convierte en el núcleo de las investigaciones, estudios, análisis realizados por diversos especialistas martianos en distintas partes del mundo y divulga entre un público cada vez mayor estos esclarecimientos sobre los más diversos aspectos de la vida y la obra del eminente escritor y revolucionario cubano.

SALVADOR BUENO

Presentación de Ernesto Cardenal en la Biblioteca Nacional José Martí

Compañeros y amigos:

Es mucho el honor, mucha la alegría de esta noche. Recibir entre nosotros a Ernesto Cardenal significa tantas cosas, que podremos decirle palabras llenas de cariño y gratitud, pero no las palabras justas.

Descendiente por la cepa más honda de aquel magno poeta a quien Martí llamara en un conmovido abrazo "hijo", nuestro huésped trasciende esa filiación como revolucionario y como religioso en tal medida, que resulta imposible hablar de su obra literaria sin aludir simultáneamente a su beligerancia política juvenil, que no cesa después de haber sido ordenado sacerdote, y a la comunidad contemplativa (con escuela y cooperativa de campesinos y niños pescadores que pintan las paredes de la iglesia) por él fundada en una de las islas del archipiélago de Solentiname, en el Lago de Nicaragua. De estas islas dice José Coronel

Urtecho: "Dudo que haya en el mundo lugar más apropiado para ese objeto, ni islas que más recuerden las ínsulas extrañas de San Juan de la Cruz por «lo muy apartadas y ajenas de la comunicación de los hombres»": y algunas páginas después, en su prólogo manuscrito a *El estrecho dudoso*, añade: "La tentación de Solentiname, para el hombre inconforme con lo que llaman era nuclear, podría ser precisamente, la tentación de lo paradisiaco, que no es únicamente la de la vida fácil, sino más bien la tentación de no entrar en la historia, o de evadirse de ella".

A esa tentación ciertamente no ha cedido Ernesto Cardenal, uno de los mayores poetas políticos de nuestro tiempo, no sólo en *La hora 0* y en sus antológicos *Epigramas*, sino también en sus *Salmos*, versiones "a lo moderno" de los de David, y en sus poemas sobre el "american way of life" (de los cuales es ejemplo sumo la "Oración por Marilyn Monroe"), y en su vasta dilucidación del mito de *El estrecho dudoso*, y en sus cantos sobre los indígenas de norte, centro y suramérica, culminados por ahora en su *Homenaje a los indios americanos*. En todos estos libros se pone de manifiesto la entrañable y olvidada conexión, que era el centro mismo de la obra de los profetas bíblicos, entre política y religión, dos dimensiones que fueron enemistándose durante siglos y que sólo han vuelto a acercarse de un modo más o menos explícitos, con diversos planteamientos y signos, en figuras aisladas y desde luego proféticas como José Martí, Mahatma Ghandi, Camilo Torres y el propio Ernesto Cardenal. De un modo cada vez más consciente y más profundo, su vocación política, manifestada vitalmente en su lucha juvenil contra Somoza el viejo, se ha ido revelando inseparable de su vocación espiritual, iniciada bajo los auspicios de Thomas Merton en la Abadía de Gethsemaní en Kentucky, consagrada con su ordenación sacerdotal y su fundación de Nuestra Señora de Solentiname. Desde aquellas soledades contemplativas y también unitivas, como desde las suyas el combativo Merton antes de morir abrasado en Bangkok, sigue Cardenal apasionadamente la marcha del mundo y mantiene su toma de partido contra el imperialismo y pronuncia un sermón sobre la necesidad de construir letrinas y continúa atacando a la dictadura de su país tanto como a las lacras de su propia Iglesia y forma, en fin, parte viva de esa historia que no queda a las puertas de Solentiname sino que de allí recibe una preciosa iluminación espiritual. Se prueba así que la contemplación no es por esencia enemiga de la acción.

El signo de la dualidad, precisado por Pablo Antonio Cuadra como característica del alma nicaragüense desde las esculturas indígenas (doblas siempre con la figura de un animal) hasta el pagano-cristiano Rubén Darío, preside también la vida de Ernesto Cardenal, poeta y sacerdote, sacerdote y revolucionario, revolucionario y contemplativo. Pero ese signo a su vez se da dentro de otros dos: la simplicidad, patente ya en el traje típico del campesino nicaragüense, que es el que suele usar nuestro poeta, y el espíritu de éxodo, que está en la raíz de Nicaragua, no descubierta ni colonizada por la búsqueda del oro sino del Estrecho que fuera la salida al otro mar y por lo tanto, en la imaginación de los conquistadores, hacia Catay y la Provincia de Mango y la Ciudad del Cielo. He aquí, pues, que aquella dualidad se resuelve en una simplicidad evangélica, traducida poéticamente en una expresión despojada de todo narcisismo, enteramente volcada, por amor, hacia las cosas exteriores, constituyendo lo que pudiéramos llamar una nueva épica de la caridad; pero el impulso que la arrastra no termina en las cosas exteriores, no se agota en el mundo asumido hasta el tuétano, sino que va (y lo lleva) siempre más allá, en un perenne tránsito, sin regodearse en ningún punto, hacia el otro lado de la realidad, como el mito del Estrecho Dudoso, que con El Dorado constituyen los dos mitos fundamentales de la Conquista.

Yendo más atrás, hacia la América precolombina, hacia el futuro de los orígenes, desagrandando el desprecio de los siglos, Cardenal se sumerge en las culturas indígenas para encontrar en ellas, no vistas con ojos arqueológicos sino con ojos proféticos, las lecciones políticas y religiosas encerradas en sus ruinas. De esas lecciones se desprende un sentido del hombre y del mundo que tiene todavía mucho que hacer en las luchas de hoy. Mientras no se eche a andar al indio, dijo Martí, no se levantará América, y malamente podremos echarlo a andar desconociendo su lenguaje. Cardenal se adentra en ese lenguaje, lo descifra y lo traduce a los signos de hoy. Con ello está rindiendo un servicio incalculable, créo, a la revolución y al renacimiento de América, incluso la de su maestro Thomas Merton, que el 7 de diciembre de 1962 me escribía: "Tengo muchos amigos latinoamericanos, porque sólo así puede uno ser «Americano» de veras: es decir renunciando a ser únicamente «estadounidense», lo que sería un destino miserable". Y en su "Carta a Pablo Antonio Cuadra sobre gigantes", escribe a propósito de los indios americanos: "Las más profundas fuentes de vitalidad en estas razas fueron

poemas de *Los Oficios*. Para que un poema sea poéticamente eficaz, es indispensable que la palabra esté en función del tema, expresándolo en el espíritu y en la letra. Es evidente que en su última obra Martínez Matos ha trabajado sobre la base de la simplificación, sustituyendo la hermosura verbal, a que antes tendía, por palabras que designan con precisión los elementos (ideas, cosas, situaciones) que componen su mensaje y que, por esto mismo, responden mejor a la sensibilidad de nuestros tiempos, en el centro de cuyos problemas el barroquismo y la belleza de artificio son placeres marginales. Por este camino su verso (afortunadamente) ha perdido en lujo lo que ha ganado en eficacia, ha perdido en lirismo lo que ha ganado en intención y agresividad. Gracias a esta suerte de limpieza general, que puede entenderse como abandono de viejos modelos y acercamientos a lo mejor de la poesía latinoamericana de nuestra hora, Martínez Matos ha logrado poemas tan escuetos y sugestivos como "Pureza" o el magnífico "Romeo y Julieta", que vale la pena citar a manera de ejemplo:

*Ni balcón ni suspiro, ni la mirada
de Fray Lorenzo. Por la carretera
a cien kilómetros por hora,
Romeo, jacket, espejuelos negros,
pantalones apretados, Julieta,
dieciocho años, pelo rubio,
slack y pulovers y los últimos rayos
del sol cayendo sobre sus tersas colinas,
buscando en este verano de finales de siglo
un lugar de yerba fresca
donde amarse.*

La fuente principal que provee de temas a Martínez Matos es su propia vida. En un grado u otro, los poemas de *Los Oficios* (incluyendo los que se agrupan en la sección intitulada "Leyendas y Misterios") son vivencias o están impregnados de vivencias: recuerdos de la infancia, amoríos y amores, viajes, acontecimientos diversos, actividades de la Revolución en las cuales el poeta ha participado como miliciano o como trabajador agrícola, etc. En general, *Los Oficios* es una autobiografía en la que el autor se confiesa con sinceridad bastante para no reprimir ni siquiera sus resentimientos profesionales ni sus odios. Véanse, por ejemplo, el poema que escribió "Para un antipoeta?", y ese otro,

“La Hora”, tan bien hecho, que repudio por el rencor ciego, extemporáneo, que lo propicia; un rencor asombrosamente activo, al parecer condenado a la insatisfacción eterna, y que se resume en un verso maldiciente y cruel: “Ojalá viva muchos años para que acumule sufrimientos”. Aborrezco la crueldad y todo lo que se haga o se proclame sirviéndose de ella. Que yo sepa, la Revolución no la ha necesitado para vencer y hacer justicia. La crueldad sólo engendra odio bestial, y el odio sólo sirve para destruir.

Martínez Matos ha escrito un buen libro, en el que varios poemas (“La Siguapa”, “Danza por el dios Juracán”, “Versículos del hombre salvaje”, “Pureza”, “Romeo y Julieta”, “Explicaciones”, “Elegías y nacimiento del poeta”) se destacan con derecho a aparecer en cualquier antología de la poesía cubana contemporánea.

MANUEL DÍAZ MARTÍNEZ





Miscelánea

Por el 26 de Julio

Para celebrar el Día de la Rebeldía Nacional nuestra Biblioteca quiso dar una visión panorámica de la cultura cubana en los años de la Revolución.

En las vitrinas de exposición se desplegó una selección de los libros cubanos más importantes aparecidos durante estos años en todos los géneros. Espacio aparte tuvo el aporte editorial de nuestra propia institución. Y hubo una buena muestra de obras editadas en el extranjero referidas a Cuba o de autor cubano, señaladamente aquellos relacionados con la vida de Che Guevara.

Algunos de los más destacados pintores cubanos expusieron cuadros representativos de su actual etapa creadora. Al alcance de todos estuvieron las telas de Portocarrero, Milián, González Puig, Carmelo González, Vent Dumois, Corratgé, Adigio Benítez, Raúl Martínez, Fayad Jamís, Servando Cabrera, Humberto Peña. . .

En la sala del Departamento de Música tuvo sitio la exposición de partituras de conocidos compositores cubanos contemporáneos: Edgardo Martín, Harold Gramatges, Carlos Fariñas, Ardévol, Juan Blanco y otros.

El inquieto fotógrafo Chinolope presentaba, al mismo tiempo, en la sala contigua del Departamento de Arte, su exposición personal de fotografía artística bajo el título *Temporada en el Ingenio*, que fue muy celebrada.

Y para hablar de varios aspectos de la actividad cultural, fueron pasando sucesivamente por el salón de actos, Rine Leal, que recorrió el desarrollo de las artes dramáticas en Cuba en el último período; Carlos Fariñas, que abarcó un nervioso panorama de la actual música

cubana, ejemplificándola con un buen número de grabaciones; Manuel Moreno Fragnals, que se refirió a la historiografía y, finalmente, registrando el camino de nuestras artes visuales, pronunciaron una conferencia con proyecciones de vistas fijas, los arquitectos Roberto Segre y Fernando Salinas y el escritor Edmundo Desnoes.

Las experiencias de Sandú Darié

Mis búsquedas y el arte cinético es el título de la conferencia experimental presentada por el destacado artista Sandú Darié en el ciclo "Vida y Obra de los poetas cubanos" de la Biblioteca Nacional.

Con la colaboración de los jóvenes músicos Sergio Vitier, Eduardo Ramos, Pablo Menéndez, Emiliano Salvador, Leo Pimentel, todos del ICAIC, y las improvisaciones vocales de Rogelio Martínez Furé, el artista invitado procedió a la realización de diversas experiencias, sobre las que el mismo Sandú Darié proporciona detalles esclarecedores:

"Para una visión más directa, separado a una distancia de 2m, se encontraba el *Cosmo-Luz D 70* con su pantalla transparente de papel (55cm x 1m), un reflector (500w) con rotor y filtros girando colores cambiantes sobre el techo de la sala, los músicos ocupaban diversos lugares entre los espectadores. Con estos recursos se creó un ambiente lumino-cinético no convencional como ámbito de una conferencia experimental, por lo cual traté de comunicar mis búsquedas creativas y hacer participar a los asistentes e interesarlos en las posibilidades de una nueva visión de comunicación artística.

"Se proyectó primero la película *Cosmorama*, documental en colores, realizado por el ICAIC, 1964. Sobre el *Cosmorama* el crítico Frank Popper escribió en *Granta*, Cambridge, Inglaterra, 1964: «otro interesante logro es el *Cosmorama* de Sandú Darié, composición que sugiere al universo industrial desplegado en el espacio cósmico. Esto está siendo presentado actualmente al público de Cuba. Quizás la realización del *Cosmorama* de Darié, igual que el *Musiscope* de Schöefer, poseen dos de las más importantes cualidades del Arte Cinético: Primero, su facilidad de comunicación y segundo su postura para aumentar a un mayor grado la participación del espectador.»

”Se procede después a una segunda proyección del mismo documental, eliminándose esta vez la banda sonora registrada originalmente, para que los músicos improvisaran composiciones inspirándose en las imágenes. La proyección cinematográfica estaba acompañada esta vez por dos imágenes, diapositivas en color, momentos fijos del *Cosmorama* proyectadas en las pantallas laterales, formando así un conjunto visual-auditivo sorprendente.

”Después presenté el *Cosmo-Luz D 70* como demostración de cómo es posible comunicar composiciones cinéticas sin la necesidad de los acostumbrados equipos industriales (cámaras, proyectores, etc.). Su peso un total de 2½ kg, es fácilmente transportable y mide 30 x 30 x 24 cm. Es un objeto cinético, multifuncional, logrando proyectar en todas las direcciones y especialmente sobre una pantalla transparente de papel de 55 cm x 1 m, su fuente de luz: es un bombillo de 100 W, común, que ilumina dos filtros transparentes en movimiento rotativo continuo y simultáneo en direcciones opuestas. El movimiento es obtenido con un micromotor eléctrico. Metáforicamente son dos hojas de yagruma girando en el espacio iluminadas maravillosamente por el sol.

”La luz en movimiento atraviesa los cientos de puntos perforados y estructurados en una tarjeta en la cual está programada la composición en un ritmo cinético. Las ondas de luz atraviesan esa información creativa y proyectan una imagen abstracta en color de movimiento continuo. Los programas manipulados manualmente son cambiables y las variaciones infinitas. Así, con un mínimo de recursos, utilizando las leyes fundamentales físicas que desde siempre promovieran la mecanización de los ensueños del hombre, logré un instrumento que me permite expresar creaciones cinéticas espaciales, evocadoras de nuestra contemporaneidad.

”*Cosmo-Luz D 70* es un medio de comunicación de fácil alcance donde la imaginación sonriente no se detiene frente a ciertos, inalcanzables avances industriales.

”Los músicos improvisaron efectos cinéticos sonoros basados en las imágenes visualizadas. El público experimentó individualmente la emocionalidad de la correspondencia vibratoria entre las ondas sonoras y el viaje continuo de las ondas lumínicas. Así, mirando la composición cinética y golpeando ligeramente el metal de un platillo sonoro, que le cubría la cabeza como un gran sombrero chinesco, el espectador compro-

baba la posibilidad de un choque físico vibro audio electro color, como una nueva posibilidad para la conquista de una nueva dimensión.

”Los poetas Nancy Morejón y Eliseo Diego comprobaron esta experiencia. El compositor Juan Blanco al ritmo de las imágenes acarició las cuerdas, acercando la oreja a la caja de resonancia de una guitarra. Los asistentes debatieron sobre las posibles y múltiples aplicaciones del *Cosmo-Luz D 70* como medio de comunicación de carácter social en los medios subdesarrollados industrialmente.

”Continuaré buscando en el mirar apasionado de la luz.”

Presencia del Ballet de Cuba

Durante dos semanas en el vestíbulo de la Biblioteca Nacional estuvieron expuestos carteles, fotos, revistas, diplomas, medallas y otros trofeos y pruebas de la fructífera existencia del Ballet de Cuba, que fueron objeto de la atención de numeroso público.

La exposición se inauguró con un conversatorio para el que el Salón de Actos resultó pequeño. En las palabras de apertura el Director de la Biblioteca refirió que el Ballet Nacional constituye en Cuba y en el mundo una de las instituciones culturales cubanas de más raíz y de más brillo.

El diálogo se entabló rápidamente entre el público y los dirigentes de la compañía sentados a la mesa presidencial: Fernando y Alicia Alonso, las bailarinas Josefina Méndez, Aurora Bosch, Loipa Araujo y otras.

La cuestión que mereció mayor debate fue la relativa a la necesidad de educar en los espectadores una actitud más mesurada, destacándose el daño que el excesivo apasionamiento respecto de unos u otros intérpretes puede ocasionar a éstos, y a la posibilidad del goce y la comprensión íntegras de la labor artística.

Muchas voces se escucharon señalando la conveniencia de repetir cada cierto tiempo este intercambio entre nuestro celebrado ballet nacional y sus fieles espectadores. Y la Biblioteca Nacional continuará abriendo sus puertas a tales provechosas experiencias.

INDICE DE ILUSTRACIONES

<p>PLANO DEL INGENIO HYDE HALL. CORTE LONGITUDINAL (fragmento)</p> <p style="padding-left: 2em;">Litografía. 37 × 23 cm. Realizada por Santiago Lessieur en la Litografía de la Habana. En <i>Informe de Ramón de Arozarena y Pedro Banduy sobre el estado de la Agricultura y elaboración y beneficio de los frutos coloniales en la Isla de Jamayca</i> [sic] Habana, Impr. Fraternal, 1828</p>	43
<p>CORTE Y ELEVACION DE UN ALAMBIQUE PERPETUO (fragmento)</p> <p style="padding-left: 2em;">Litografía. 32 × 20 cm. <i>Ibidem.</i></p>	44
<p>JOSE MARIA AURRECOECHEA.</p> <p style="padding-left: 2em;"><i>Grabado de Caravia.</i> 18 × 12.3 cm. Archivo Nacional</p>	89
<p>FACSIMILE</p> <p style="padding-left: 2em;">Portada del libro <i>Los Ingenios.</i> 30 × 20 cm. EN CANTERO, JUSTO. <i>Los Ingenios.</i> La Habana, 1857</p>	133
<p>VISTA EXTERIOR DEL INGENIO TINGUARO DE FRANCISCO DIAGO</p> <p style="padding-left: 2em;">Dibujo y Litografía de Eduardo Laplante. 37 × 23½ cm. Iluminada por el artista. En <i>Op. Cit.</i></p>	134
<p>INTERIOR DEL INGENIO EL PROGRESO DEL MARQUES DE ARCOS</p> <p style="padding-left: 2em;"><i>Ibidem.</i></p>	135
<p>CASA DE CALDERAS DEL INGENIO ARMONIA DE MIGUEL ALDAMA Y JOSE LUIS ALFONSO</p> <p style="padding-left: 2em;"><i>Ibidem.</i></p>	137
<p>VISTA EXTERIOR DEL INGENIO MANACA DE LA SRA. HERNANDEZ DE IZUNZA</p> <p style="padding-left: 2em;"><i>Ibidem.</i></p>	138
<p>NOTA: Los grabados utilizados como viñetas aparecen en LAZIO, WOLFGANG. <i>De aliquot gentium migratio nibus fedibus fixis reliquiis, linguarúmque; initiis & immutationibus ac dialectis, Libri XII.</i> Basilae AE, Ex officina oporiniana, 1572.</p>	

*Este
título se
terminó de
imprimir en diciembre
de 1970
en la unidad
de Producción 04
"Urselia Díaz Báez"
del Instituto Cubano
del Libro*